

UAN

502 AD AUTÓNOMA DE NUEV  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

91

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091

2092

2093

2094

2095

2096

2097

2098

2099

2100

2101

2102

2103

2104

2105

2106

2107

2108

2109

2110

2111

2112

2113

2114

2115

2116

2117

2118

2119

2120

2121

2122

2123

2124

2125

2126

2127

2128

2129

2130

2131

2132

2133

2134

2135

2136

2137

2138

2139

2140

2141

2142

2143

2144

2145

2146

2147

2148

2149

2150

2151

2152

2153

2154

2155

2156

2157

2158

2159

2160

2161

2162

2163

2164

2165

2166

2167

2168

2169

2170

2171

2172

2173

2174

2175

2176

2177

2178

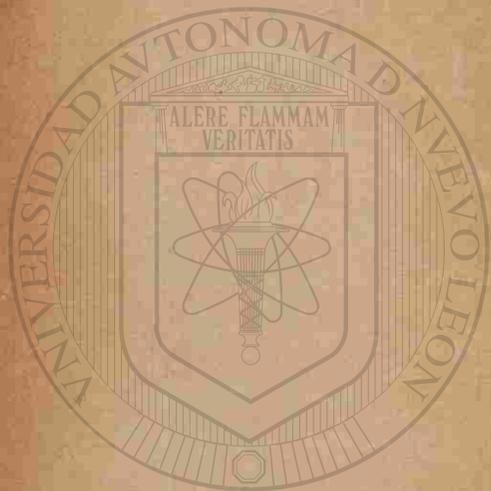
2179

2180

2



1080018987



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDICION DEL "COMICO"

EL NIÑO  
**DE LA BOLA**

NOVELA

POR

*D. Pedro N. de Alarcón*

VOLUMEN SEGUNDO



MEXICO

TIPOGRAFIA DE "EL MUNDO"  
Tiburcio No. 20.

1900

1900



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

PQ 6502  
N5  
V.2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

EDICIÓN DEL "CÓMICO"



EL NIÑO  
**DE LA BOLA**

NOVELA  
—POR—  
VALVERDE Y TELLEZ

D. Pedro Antonio de Alarcón

VOLUMEN SEGUNDO



MEXICO

TIPOGRAFIA DE "EL MUNDO"

TIBURCIO 20

1900



FONDO EMETERIO  
VÁLVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

012060

LIBRO IV

LA BATALLA.

I

EL CUARTEL GENERAL DE VITRIOLO. §

Amaneció al fin aquel memorable domingo en que había de tener comienzo la ruda batalla de treinta y seis horas que riefieron definitivamente el Bien y el Mal en torno de Manuel Venegas y dentro de su atormentado corazón:—batalla empedisima y desastrosa, en que tomaron parte más ó menos activa, directa y justificable, todos los habitantes de la Ciudad, ó sea todos los individuos del gran jurado que solemos llamar "el público."



FONDO EMETERIO  
VÁLVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

012060

LIBRO IV

LA BATALLA.

I

EL CUARTEL GENERAL DE VITRIOLO.

Amaneció al fin aquel memorable domingo en que había de tener comienzo la ruda batalla de treinta y seis horas que riefieron definitivamente el Bien y el Mal en torno de Manuel Venegas y dentro de su atormentado corazón:—batalla empedisima y desastrosa, en que tomaron parte más ó menos activa, directa y justificable, todos los habitantes de la Ciudad, ó sea todos los individuos del gran jurado que solemos llamar "el público."

Vitriolo había citado la noche anterior á su gente "para el toque de d'ana, en la puerta de la botica," y allí estaban, en efecto, desde el amanecer, los que más atrás denominamos "mozalvetes muy mal criados, bien que algo instruidos en materias asaz delicadas".... de que era apóstol y cabeza el pasante de farmacéutico.

También se encontraban en aquel centro ordinario de noticias (y excelente acaudero en tal mañana para seguir las operaciones de Manuel Venegas, cuyo domicilio distaba pocos pasos) otras muchas personas de distinta edad, clase y condición, todas ellas muy afanadas en averiguar ó referir lo último que se sabía relativamente á los pavorosos sucesos que se "veían llegar".... que "eran infalibles".... que hasta "se aguardaban con impaciencia"... y contra los cuales no dejaría de tronar todo el mundo ni de proceder activamente la Justicia, luego que se hubiesen consumado. Las mismas criadas que iban á la compra se acercaban á aquella gran tertulia al aire libre y metían su baza en la conversación, indicando lo que debía hacer cada personaje, "el tenía honor y vergüenza"....

Las más sisadoras y alegres de cascos eran las más implacables y terribles, y repetían punto por punto los juramentos y amenazas que el "Niño de la Bola" pronunció hacía ocho años, terminando toda su arenga con la frase sacramental de: "¡Ahora veremos si hay hombres!"—El propio Alcalde, persona muy digna, discurría allí con la mayor seriedad, sobre si Manuel mataría á Antonio aquella tarde, ó lo dejaría para el día siguiente en la Rifa, inclinándose á que sucedería lo primero.—Un Familiar del Obispo, todavía simple diácono, aunque ya iba para viejo, pero que comenzaba á tener fama de gran teólogo, habíase aproximado á la reunión, como por casualidad, y no perdía palabra de lo que en ello se decía, sin que aun hubiese desplegado los labios por su parte....—En fin, hasta nuestro antiguo amigo, aquel Capitán retirado que ofreció dos pagas á Manuel Venegas la tarde de la célebre Rifa, hallábase entre los curiosos, á pesar de sus setenta y ocho inviernos y gloriosísimos achaques....

El único que faltaba para completar la asamblea, era su presidente nato, el dueño de la casa, el insigne Vitriolo, en

cerrado hacía media hora en la trasbética con una especie de bruja, antigua deudora arruinada por Doña Elías Pérez, y actual paniguada de la casa de Soledad; la misma, según creemos, que la noche anterior fué allí por medicinas para la señora María Josefa.—Los sectarios del farmacéutico, presumiendo sin duda los importantísimos asuntos que podían tratarse en aquella encerrona, guardábanse muy bien de interrumpirla, y, por el contrario, explicaban á los demás concurrentes la ausencia de su maestro, diciéndoles que se hallaba confeccionando un medicamento de todos los demonios para un pueblecillo de las cercanías.—Habíase visto, sin embargo, á Vitriolo salir á la botica á tomar dinero del cajón, y, por cierto, que mientras esto hacía, todos creyeron notar que estaba más feo, más pajizo y más excitado que de costumbre....

En tanto, ya se habían dado y repetido, y comentado hasta la saciedad, muchas y muy interesantes noticias á la puerta del establecimiento.—Sabíase, por ejemplo, que Manuel Venegas entró al fin en su casa la noche anterior, cerca ya de la madrugada, con el caballo jadeando, destrozada la ropa y sin som-

brero, cual si volviese de un espantoso combate: que ese combate debió ser consigo mismo, pues muchos regadores lo habían visto galopar sin rumbo cierto por los sembrados de la vega y por remotos olivares y viñas, como si lo persiguieran invisibles fantasmas: que había hablado con algunos guardas de campo, y dádoles mucho dinero cuando se le quejaban de los destrozos que hacía, oyendo, en cambio, de boca de aquellas gentes, toda la historia de lo ocurrido en la ciudad durante su ausencia: que, tan luego como dejó el caballo, salió otra vez á la calle, á pie, embozado en una larga manta, y se dirigió al barrio de San C., donde el sereno lo vió pasearse delante de la cerrada vivienda de Antonio Arregul, y aun llamar á la puerta.... (¡qué horror!) sin que de adentro respondiesen á sus repetidos aldabonazos..... (¡qué ignominia!) hasta que, ya clareando la aurora, tomó la vuelta de su casa y penetró en ella; con lo que inmediatamente se cerraron sus puertas y balcones, como cerrados seguían en aquel momento....

Lo del "horror" y lo de la "ignominia" fueron exclamaciones involuntarias....

del Teólogo la primera y del Capitán la segunda....

En apoyo del concepto de éste, bien que desvirtuando su oportunidad, agregó entonces su padre de familias:

—¿De qué os asombráis, caballeros? ¡Antonio Arregui es un cobardón, que no se ha atrevido á pasar la última noche en su casa ni aun en el pueblo!.... ¡Antonio Arregui hiyó vergonzosamente ayer tarde, al tener noticias de que llegaba el "Niño de la Bola!"—Yo mismo lo ví salir á caballo, río arriba, á cosa de las cuatro y media, y por cierto que iba muy furioso....

—¡Pues añada usted (expuso una criada) que esta es la hora en que no ha regresado todavía!....—¡Yo vengo del mercado y no está en él, como todas las mañanas, haciendo la compra para sus operarios de la Sierra....

—Señores, ¡seamos justos!.... (exclamó un comerciante, de origen burgalés;) ¡Antonio Arregui es incapaz de huir!.... Si se marchó ayer tarde, fué porque recibió aviso de que.... se había roto por varios sitios la acequia que mueve los batanes de su fábrica.... Pero á aquella hora nadie sabía en el pueblo que ese

"Niño de la Bola" se hallaba tan cerca, ni tan siquiera que estuviese en el mundo.

—¡Lo sabía Don Trinidad Muley! ¡Lo sabía la señá María Josefa!—prorrumpieron varios vecinos.

—¡Pues no lo sabía él.... (replicó el comerciante.) Yo le ví al marchar, y sólo pensaba en sus destruidas acequias....

—En fin; apuesto doble contra sencillo á que, tan luego como se entere de lo que ocurre, lo tenemos de vuelta en la población, resuelto á no dejarse avasallar por nadie....—¡Yo conozco á los riojanos!

La conversación entraba en mal camino, y estimándolo así un viejo, de oficio bufolero, que tenía su puesto en la misma plaza, tocó muy oportunamente otro resorte, y contó que aquella misma mañana, antes de la salida del sol, había estado Don Trinidad Muley llamando más de media hora en casa de su antiguo pupilo, sin conseguir que le contestaran, cuál si Manuel, al recogerse pocos momentos antes, hubiese dado orden á Basilia, (la hermana de Polonia) de no abrir ni responder á persona alguna, aunque echasen la puerta abajo....

—¡Me alegro! (murmuró á este propó

sito un discípulo de Vitriolo, dirigiéndose á media voz á sus camaradas—; Así no habrá podido ese fanático de misa y ella acobardar con sus letanías al hijo de Don Rodrigo, como lo acobardó la famosa tarde de la Rifa! ¡Temiéndome estoy que el Niño Jesús de Santa María de la Cabeza represente demasiado papel en este caso de honra! Los curas no perdonan medio de acreditar á sus santos y de hacer negocio!

El ñuolero había seguido entre tanto, refiriendo que Don Trinidad Muley, cansado de llamar en balde, se retiró á su casa muy entristecido, no sin lamentarse con todos los transeuntes de que las grandes funciones que lo amarraban aquel día á su iglesia, le impidiesen "prevenir" cualquier mal paso de su querido Manuel, y diciendo con sentidas voces, que esperaba en Dios y en la Virgen, que las buenas almas de la ciudad suplirían su ausencia de algunas horas....

—“¡Prevenir!” (se aventuró á exponer en alta voz otro discípulo de Vitriolo;) ¡Eso es contrario á la libertad! ¡Reconozco el lenguaje apostólico, incompatible con la Constitución vigente, por más

que la previa censura sea muy del agrado del actual Ministerio!”

Todos los circunstantes soltaron la carcajada al oír aquella salida de tono, menos el Capitán, que refunfuñó despreciativamente una frase ininteligible, y menos el Familiar del Obispo, que juzgó ya indispensable sembrar allí algunas ideas morales y pacíficas, y lamentó lo mejor que pudo (era vizcaíno, como su Ilustrísima, y hablaba mal el castellano) la gravedad del lance que se le presentaba al señor Don Antonio Arregui, “cuando tan bien le iba en su matrimonio; cuando tan contento se hallaba con su fábrica, á donde se le veía ir frecuentemente, acompañado de su mujer, de su hijo y de su suegra; cuando la llamada “Dolorosa” daba muestras de quererle y respetarle tanto, y cuando algún Regidor importante, agradecido á las grandes ventajas que el rico industrial había proporcionado al pueblo, acababa de ofrecerle la vara de Alcalde para las próximas elecciones...”

En este momento apareció Vitriolo en la puerta de su botica.—La bruja se había escabullido por la puerta del patio.

Todos los mozalvetes rodearon al

"maestro," no en ademán de veneración ó cariño, sino de una cínica confianza que rayaba en burla, diciéndole sucesivamente:

- ¡Buenos días, Palodus!
- ¡Buenos días, Espátula!
- ¡Buenos días, Panacea!
- ¡Buenos días, Cerato Simple!
- ¡Buenos días, Papaveris-albis!

Tantos y otros muchos nombres tenía el ayudante de farmacéutico, bien que el público en general hubiese optado por darle el de "Vitriolo."

—¡Buenos días, morralla!—contestó el enemigo de Dios, regalando una repugnante risa de su fea y desaseada boca á los insolentes mozuolos.

Y ni saludó al resto del concurso, ni fué saludado por él.—No podía darse mayor franqueza ni más desprecio recíproco por parte de todos.

Vitriolo tenía veintiocho años; pero manifestaba cuarenta: tan marchita se hallaba su piel, tan calva su frente, tan arruinada su dentadura, tan encorvado su talle, tan turbio su mirar y tan mermada su vista. Sin rayar en monstruo (lo cual hubiera excitado compasión); sin carecer de hechura humana, ni faltarle ningún

remo ni sentido, era de lo más feo que Dios ha creado. Hacía daño á los nervios el extravío de sus ojos; ofendía su sonrisa, hasta cuando procuraba ser cariñosa; causaban náuseas su color de membrillo y su pelo de muerto, aun prescindiendo de su total descuido en cuanto á policía y limpieza. Tenía enormes pies y manos, las piernas un poco torcidas, hundido el tórax, desagradable la voz y apestoso el hálito. Dijérase además que le vestían sus enemigos, pues su ropa amarillenta y su corbata verde no podían ser menos adecuadas al color de su rostro, por más que estuviesen salpicadas de manchas de toda clase de pringues y unguentos.—Tal era el atrevido personaje que pretendió á la "Dolorosa" después que Manuel Venegas, y antes que Antonio Arregui: tal era el misionero de la incredulidad en aquella población de moros bautizados: tal era el inteligente "mancebo" de la mejor botica de la ciudad, cuyo titular y dueño residía casi siempre en el campo; tal era el "traidor" de nuestro drama.

No bien lo divisó el Familiar del señor Obispo, puso término á su pacífica elegía, y trató de marcharse; pero Vitriolo, que

lo advirtiera, exclamó con su acento burlesco y desapacible:

—Siga usted, señor Don Carmelo....

Por qué se calla al verme? ¡Estaba usted profetizado, como anoche, los milagros que haría esta tarde en la Procesión el "verdadero" Niño de la Bola?—Anoche no le respondí á usted, porque tenía dolor de estómago; pero hoy debo decirle que el "verdadero" Niño es más "supuesto" que el "falso," y, por consiguiente, menos capaz de hacer prodigios.—¡Figúrense ustedes que está esculpido en madera de roble, y que, una vez que le rompió la mano en que lleva el "mundo," se la remendó por una peseta el carpintero de aquí al lado!...

—¡Esto no se puede sufrir! (gruñó el Capitán, pidiendo una silla y sentándose en medio del corro). ¡Yo no sé por qué viene uno á donde se dicen tantas insolencias y majaderías!...

—Tiene usted razón... Yo me voy.... (dijo el Alcalde).—¡Estos diablejos lo comprometen á uno!—Vamos, Martín...

Y penetró en la casa de Ayuntamiento.

—¿Ves? (observó á Vitriolo el llamado Martín, discípulo suyo, muy de notar por lo flamante y moderno de su equi-

po): ¿Ves? ¡El señor Alcalde ha tenido que irse!—¡Dices cosas demasiado fuertes!

—¡Habló Judas! (gritó el farmacéutico).

—¡Camaradas! Ya os lo dije anoche.... ¡Martín nos abandona!—desde que lo han nombrado escribiente del Ayuntamiento se ha vuelto beato!...—¡Hay que expulsario de nuestra comunidad! ¡El mejor día lo vamos á ver dándose golpes de pecho en las iglesias!

—¡Yo no soy beato ni lo seré nunca! (respondió Martín muy amostazado). Lo que nos pasa á todos tus amigos, es que como somos menos feos que tú, no aborrecemos tanto á Dios, y se nos olvidan tus lecciones de impiedad! ¡Si tú no hubieras nacido tan deforme, ya habrías tenido novia, tal vez te hubieras casado con ella, y ¡quién sabe si á estas horas serías el padrazo más creyente, más optimista y más religioso de la ciudad!...—Pero, amigo, eres tan horrible, y te dolerá tanto no haber encontrado todavía una mujer que te escuche, que ¡vamos!... me explico que no estás agradecido al Criador....

—¡Al Criador! ¡Al Criador! (repuso Vitriolo con amarga ironía). ¡Es la prime-

ra vez que te oigo pronunciar esa palabra...—¡Muchachos! ¡os repite que nos vende desde que le han dado ese plato de lentejas!—Paco Antúnez.... Llegas oportunísimamente... ¡Tú, que eres mi discípulo mayor, mi brazo derecho, mi brazo fuerte, mi brazo secular, cerrarás la puerta del Templo (digo, de la trasbotica) á ese caballero escribiente que ya fuma tabaco propio!

—¡Nada me importa no volver por aquí! (replicó el maltratado discípulo): ¡Y ya verás cómo poco á poco se van yendo todos estos incautos á quienes pudres con tus doctrinas!—En cuanto á lo demás, sepan ustedes, señores, que, si "Vitriolo" aborrece tanto á la "Dolorosa," consiste en que estuvo enamorado de ella y recibió calabazas... ¡ó algo peor que calabazas!...

—¡Mentira! (gritó el boticario, hecho un veneno). ¡Fué muy al revés! ¡Yo no la quise, cuando Don Elías me la daba enterrada en onzas!....—Pero bien sabe todo el mundo que soy amigo de Don Antonio Arregui, y que su suegra manda aquí por todas las medicinas.—Por consiguiente, eso que has dicho es una infame calumnia....

—¡Aquel me lo ha contado esta mañana!...—respondió Martín señalando á nuestro Pepito, que asomó en tal momento por un lado de la Plaza.

—¡Aquel?—¡Y quién es aquel?—¡Ah! ¡Pepito! ¡Otro Júdas! ¡otro desertor como tú!—¡También venía él antes á nuestra reunión, y era de los más calientes contra el bando apostólico!—¡Verán ustedes cómo ahora pasa de largo, sin mirar siquiera hacia aquí!.... ¡Vendrá de adular al Obispo, á ver si lo hace sacristán!....—Señor Don Carmelo, dígame usted de mi parte á Su Ilustrísima.... ¡Dígale que Pepito no cree en Dios!....—¡Oiga! y ¡qué compuesto sale tan de mañana!...—¡Nada! ¡No nos saluda!—¡Habrá trasto como él!—¡Sin duda irá á pedirle un destino á la forastera del Afrancesado, á esa prima vigésima de un Marqués de mentirijillas, cuyo título no está en la "Güfa de Forasteros!"...

—¡Cálmate! (advirtió por lo bajo Paco Antúnez á Vitriolo) ¡Vas á disgustar á todo el mundo!

—¡No me calmo! ¡Estoy harto de padecer! ¡Miren cómo me ha puesto de frescas ese escribientillo, sólo porque dije que el Niño Jesús es de madera!—¡Pues

de madera es! ¡Y, si en lugar de una cruz de plata, hubiese puesto una púa de hierro en la "bola" que llevaba en la mano, tendríamos al "mundo" convertido en un trompo!

—¡No es mucho más grande que un trompo nuestro mezquino mundo, si se le compara con la inmensidad y con el poder de Dios! (exclamó gravemente el teólogo, creyendo que el sesgo del debate le favorecía para hacerse oír).—Si el mundo y el hombre no son de madera, son de barro... y están hechos de la nada," como dice la Sagrada Escritura.—La fuerza y santidad de ese "Niño de palo" y de la cruz que ostenta ese "trompo," consisten en la moral que simbolizan y en el Sacrificio, que recuerdan; consisten en que ayudan á desarmar la ira, á templar la concupiscencia, á hacer al hombre hombre....

—¡Y el que usted hable así consiste (interrumpió Vitriolo) en que es barbero del Señor Obispo, desde que Su Ilustrísima desempeñaba un curato en Vizcaya!....

—¡A mucho honra! (contestó el familiar, contentando con su noble actitud las risotadas de unos y el movimiento de indig-

nación y retirada de otros.) ¡Es muy verdad que sigo afeitando á mi señor y padre, el cual me sacó de la miseria cuando la guerra civil me dejó pidiendo limosna; pero eso no quita para que yo... yo... (que sería muy capaz de ahogar á usted entre mis manos, si no me lo impidieran mis deas religiosas) me complazca en pedir á Dios que tenga misericordia de su alma de usted!

—¡Bien dicho, señor Cura! (exclamó el Capitán). ¡Deme usted esos cinco!

—¡Palabras de carlista! ¡Estratagemas de apostólico! (replicó el boticario): ¡Por todas partes se va á Roma!

—Lo mismo diría y haría, (repuso el teólogo), si fuera judío, moro ó protestante. Yo no defiende aquí ahora ninguna "religión" determinada: defiende la religiosidad en abstracto, el temor de Dios, el amor al hombre...—En fin, lo perdono á usted, y me marchó...—¡Usted abrirá los ojos con el tiempo!

Vitriolo conoció que quedaba mal, y trató de detener al diácono, diciéndole á toda prisa:

—¡Defiende usted las tinieblas! ¡Defiende usted la Inquisición y el fanatismo! ¡Defiende usted la mentira, pro-

fesada como industria para tranzar y explotar á los hombres!—En cambio, nosotros los filósofos defendemos los fueros de la razón, la causa de la verdad, la despreocupación del entendimiento, la dignidad de la especie humana!—¡Nosotros no queremos que nadie viva engañado, ni sometido á los desigualdades de la suerte, en la esperanza de otra vida y de un Cielo, que no pueden existir, que no existen, que repugnan á la buena lógica, como lo demuestra el célebre dilema de Epicuro....

Pero el teólogo no oía ya al farmacéutico, pues se había marchado efectivamente, dejándolo con la palabra en la boca.

La mayoría del público, y con especialidad las personas graves, comenzaron á desfilar también, renunciando á las decantadas ventajas de convertirse al ateísmo, con lo que pronto la tertulia quedó en cuadro....

—Pero ¡hombre! (arguyó entonces el Capitán encarándose con Vitriolo): Suponiendo que todas esas infamias que usted dice sean ciertas, ¿qué adelanta con darnos tan malas noticias? ¿Qué pierde usted con que yo me consuele de mis

reumas, de mi retiro forzoso, del atraso de mis pagas, y del disgusto de conocer á muchos malvados como usted, esperando, como espero, ~~hacer~~ en otra parte una campaña mejor que la de esta pobre vida?—¿Me equivoco?—Pues déjeme usted en mi dulce engaño! ¡No haga usted el oficio de Satanás! Piense usted en sus ungüentos, y déjenos á nosotros con nuestros santos de madera, que también nos sirven de medicina!

¡Valiente modo de discurrir! (contestó el boticario).—¡Bien se conoce que no ama usted la "verdad" ni ha visto un libro por el forro!—¡Los militares fueron ustedes siempre oscurantistas, inquisitoriales, serviles!

—¡Vaya usted mucho enhoramala! (repuso el capitán, levantándose): ¡Yo no soy servil! ¡Yo soy más liberal que usted! ¡Yo me he batido contra Napoleón y contra Angulema! Yo he derramado mi sangre, defendiendo la Independencia y la libertad de mi patria, hasta que, por viejo y achacoso me dieron el retiro...—Pero todavía soy capaz...—En fin, no quiero incomodarme...—Repito que hago una tontería en venir por aquí...— ¡Todos sois unos impíos, unos luteranos,

unos mocosos, que debíais estar en la Cárcel...—Son las ocho, y voy á ver si me dan de almorzar.

Grandes carcajadas y burlas produjo en los mozalvetes el apóstrofe del veterano; y, como en pos de él se marchase la peca gente de viso que ya quedaba en el corral, penetraron aquéllos en la botica, donde el maestro, atendida la especialidad de las circunstancias, les dejó meter mano al cajón del "palo-dús," y hasta fingió no reparar en que algunos se empuñaban las botellas del jarabe simple, del jarabe de corteza de cidra y del jarabe de altea.

Terminado el refrigerio, todos se fueron á sus casas á continuar almorzando, menos Paco Antúñez, á quien había dicho Vitriolo:

—No se marche usted, señor Jefe de Estado Mayor.—Tenemos que hablar...

—¿Qué hay? (preguntó el mimado discípulo con cierto aire de valiente.) ¿Qué dice la "Volanta?"

Paco Antúñez, era, en efecto, según ya había indicado su "jefe espiritual," el mozo más temido y terne de aquel plantel de descreídos, así como el más calla-

do, el más fino y el de mejor figura: en resumen, era el más "guapo" en el triple sentido de la palabra.

Vitriolo le contestó con suma afabilidad:

—La "Volanta" está en muy buen terreno.—Tú sabes que fué una labradora muy acomodada, y que su afición al aguardiente la hizo caer en las garras de Don Elías, quien la dejó pidiendo limosna... Hoy le dan de comer á Soledad y á su madre, más bien por remordimiento que por caridad, de donde se deduce que ella las detesta con todo su corazón. En cambio como ve que yo soy el abogado consultor de los pobres; que no voy á misa, y que le hago de balde ciertos unguentos para sus oficios de curandera y de bruja, me quiere con toda su alma, ve en mí una especie de Vicario del Diablo, único Dios en que cree, y me cuenta todo lo que sucede en casa de la "Dolorosa."—Ahora bien: por ella he sabido que la seña María Josefa fué quien mandó anteanoche romper por varios puntos la gran acequia de la Fábrica, tan luego como se enteró de que llegaba Manuel Venegas, obligando así á marchar á allá á Antonio Arregui y ganando tiempo para entenderse con el

burlado amante.... La misma "Volanta" proporcionó el hombre que rompió dicha acequia, y ella también debía procurarme á mí hoy, según me ofreció anoche esta ú otra persona que fuese á la Fábrica, como por casualidad, y participase á Antonio Arregui el regreso del "Niño de la Bola,....—¡Seis reales le dí para ello!...

—Son tres leguas de ida y tres de vuelta....—¡No estuvo mal!—pronunció flemáticamente Paco Antúnez, encendiendo un buen trozo de lo que entonces se llamaba "tabaco negro."

—No estuvo mal... (repitió Vitriolo).—pero es el caso que todos los hombres á quienes ha propuesto el trato la "Volanta," recelan que se entere el "Niño de la Bola," y ninguno se atreve á ir á la Sierra...—¡Ya ves qué contrariedad!—Son las ocho de la mañana, y es menester que el marido de la "Dolorosa" se halle aquí antes de la hora de la Proce-sión....

—La Proce-sión es á las cuatro....—observó Antúnez, chupando aquel veneno que tenía en la boca.

—¿Te atreverías tú á ir?—preguntó Vitriolo, afectando gran indiferencia.

—¡Yo no!—respondió inmediatamente el discípulo, con una frialdad impropia de sus veintidós años.

—Puedes fingir una cacería... (insistió Vitriolo). Coges el caballo y la escopeta, y en dos horas estás allí.—Arregui no podrá maliciarse que vas expreso á darle la noticia.

—He dicho que no voy...—replicó Antúnez, mirando el humo de su cigarro.

—¿Temes que se lo cuenten á Manuel Venegas? ¿Te asustas tú también del "Niño de la Bola?..."

—No es eso, amigo Vitriolo.—Te temo á tí; me asusto de tu ferocidad.—Cualesquiera que sean mis ideas religiosas, ó, mejor dicho, aunque no me hayas dejado ninguna, yo no he nacido para matar con mano ajena.—Yo no soy, como tú, indiferente á la moral y á la política: yo amo el bien, aunque no crea en otra vida futura... Yo soy republicano.

—Ya lo sé... y haces muy mal... (respondió Vitriolo).—Lo mejor es no ser nada.

Antúnez replicó en el acto:

—Para hablar así, hay que principiar por donde tú principias, por aborrecer á la especie humana.—Ahora bien: yo no



luego y dijo con dolorosa mansedumbre:

—No te lo negaré yo á tí, que eres mi ojo derecho... No te negaré, mi querido Paco, que también procedo á impulsos de ese rencor inextinguible.... No te negaré que la felicidad de la "Dolorosa" me vuelve loco; que necesito verla llorar tanto como yo he llorado, y que la ocasión es ésta!—Pero no por eso dudes de que, al propio tiempo que vengarme, quiero defender la santa Filosofía, única gloria y consuelo de mi pobre existencia!—¡Si yo trato de evitar que los Curas hagan creer á los necios en un "milagro" de las ideas religiosas que nos ponga en ridículo á todos vosotros y á mí! ¡Yo quiero libraros y librarne de una silba de todo el pueblo!—Don Trinidad Muley, con sus limosnas, entremetimientos y gramática parda, es el levítico que más daño hace hoy en esta ciudad á la causa de la "razón."—¡Hay que presentarle una batalla campal! ¡Hay que destrozarle para siempre!

—En ese punto está repitiendo palabras más.... ya que por lo tocante á la persona de Don Trinidad (que es un buen hombre sin malicia ni talento), en lo que

respecta al verdadero bando apostólico....—Pero, entre combatir el error, y lo que ahora me pides; entre predicar uno sus ideas filosóficas, y traer al matadero á un hombre de bien, hay mucha, muchísima distancia.—Repito que no voy á la Sierra.

—¡Pues no vayas! (exclamó Vitriolo con sumo desprecio).—Yo me las compondré sin tí.

—¿Irás tú mismo á buscar á Arregul?—preguntó irónicamente Paco Antúnez.

—¡Así pudiera cerrar la botica!—Pero estoy solo, y no puedo moverme de aquí ni de día ni de noche.—Por lo demás, ten entendido que yo soy el único hombre de este pueblo que no le teme al "Niño de la Bola."

—Dos ó tres veces te he oído decir eso...

—¿Quieres explicarme'o?

—Tiene muy poco que explicar.—No le temo, porque soy cobarde.

Y, al hablar de este modo, Vitriolo se erguía con especial orgullo.

—¡Gran verdad has dicho! (exclamó Antúnez).—El mundo es de los que no pelean; ó, más bien, de los que no dan la cara....—No hay quien corra menos peligros que un cobarde....—El desprecio

de los valientes les sirve de escudo...—  
En fin.... ¡allá tú!—Yo me retiro, con  
tu licencia.

El boticario suspiró melancólicamente,  
y murmuró, como hablando consigo mis-  
mo:

—¡Hay pocas naturalezas cabales!...

—Pocas,—repitió Antúnez.

—Con todo, ¡por algo seré yo vuestro  
jefe!

—Ya lo creo... ¡y aun por algos!

—¿Estás pesaroso? (interrogó vivamen-  
te el farmacéutico). ¿Piensas tú también  
abandonarme?

—Sí; te abandono ahora, porque me voy  
á almorzar,—contestó el discípulo ma-  
yor, sonriéndose indefinidamente.

Y se marchó muy despacio, dejando su-  
mido á Vitriol en dolorosas meditacio-  
nes.

El resto de la mañana fué, cual si di-  
jéramos, una ampliación de la tertulia  
que hemos presentado en la puerta de  
la botica.—Tan luego como el vecindario  
acabó de almorzar, llenóse otra vez la pla-  
za de corrillos y de paseantes, cual si allí  
se celebrara la gran fiesta del día, y no  
en el barrio de Santa María de la Cabe-

za. Contra la inveterada costumbre, mu-  
chas personas principales del pueblo, y  
desde luego todos los hombres de armas  
tomar ó aficionados á ruidos y reyertas,  
dejaron de asistir á la solemne misa que  
en aquel instante se cantaba en la Pa-  
rroquia gobernada por Don Trinidad Mu-  
ley.—“¿A qué ir? (parecía decir la gente).  
cuando sabemos que Manuel Venegas es-  
tá encerrado en esa casa?”—No aparta-  
ban, pues, los ojos de aquellos mudos bal-  
cones ó de aquella inexorable puerta los  
grupos diseminados acá y allá, y hasta los  
mismos paseantes volvían la cabeza á ca-  
da momento, para ver si daba señales de  
vida el albergue del infeliz recién lle-  
gado.—Tenía aquello algo de la expectati-  
ba del público en una plaza de toros,  
cuando los aficionados bullen todavía en  
el circo, esperando á que se anuncie la  
salida de la fiera, para quitarse de en-  
medio y dejar á otros el cuidado de hacer-  
le frente...—O, más bien, era un caso  
igual al de los antiguos torneos... ¡Ma-  
nuel y Antonio veíanse como obligados á  
optar entre la pelea y la deshonra! “San-  
gre ó rechiffa!” parecía ser el estribillo del  
coro.

Llegó la hora de comer (las dos de la

tarde), sin que se hubiese movido ni una mosca en casa de Venegas (no obstante haber estado llamando dos veces al portón el ama de Don Trinidad Muley y otras dos, un acólito de la Parroquia de Santa María), y el público se retiró de la plaza....

Pero no habían transcurrido veinte minutos cuando ya se hallaban de vuelta algunas personas.... (¡Parcas fueron en el comer, ó poco abastecida estuvo su mesa!)—Otras regresaron algo más tarde: acudió, por añadidura, mucha gente que no había estado allí por la mañana, y, con todo ello, la plaza acabó por parecer un animadísimo campamento... ¡Baste decir que varios mozos, y hasta algunos sujetos muy formales, hablaban ya de su firme propósito de no ir á la Procesión, si veían que Manuel no concurría á ella, y de pasar allí el resto de la tarde!...

De pie á la puerta de su tienda el verdadero general de aquel ocioso ejército; quiero decir, de pie á la puerta de su botica el intrépido Vitriolo, se restregaba las manos, al ver que todos, por comisión ó por omisión, estaban secundando su plan de batalla, y daba instrucciones á sus oficiales de Estado Mayor, para que

sembrasen entre los corrillos las ideas más conducentes al triunfo de la ira sobre la paciencia, ó, como él decía, "al triunfo de la razón sobre las preocupaciones."

De pronto, cundió por toda la plaza una noticia que revolvió y barajó los grupos, formando otros nuevos y más numerosos, en que ingresaron hasta los paseantes...—¡Pepa la peinadora acababa de cruzar por allí, diciendo que venía de rizar el pelo á la señora de Arregui, en forma de tirabuzones iguales á los de la forastera, y que en aquel momento la dejaba vistiéndose de tiros largos para ir á la Procesión en compañía de su madre....

No habían empezado los comentarios acerca de este grave acontecimiento, cuando ocurrió otra novedad, que puso el colmo á la agitación de la muchedumbre...—¡La puerta de la casa de Manuel Venegas se acababa de abrir, y Basilia, su ama de gobierno, estaba en el portal, notificando al público que el hijo de Don Rodrigo Venegas había comenzado á arreglarse para ir á la Procesión del Niño de la Bola!

La alegría, el miedo y el entusiasmo de

la multitud no tuvieron límites... Hubo hasta aplausos de la gente baja, y silbidos y carreras de los pilluelos; advertido lo cual por el alcalde, temiendo un motín ó cosa parecida, aconsejó á todos, por honor de aquella Ciudad, antigua Colonia fenicia y romana, y posteriormente corte de no sé qué rey moro, que se trasladaran á la carrera de la Procesión (donde parecía más natural que estuviesen reunidas aquella tarde las personas decentes), y que allí esperasen con la debida compostura la llegada de su querido paisano Manuel Venegas,—quien no dejaría de alegrarse mucho de poder salir de su casa como un hombre serio y formal, y no entre aquella especie de rebullido....

Penetráronse de estas razones los agitados grupos, y casi todos se disolvieron, ó, mejor dicho, se encaminaron en masa hacia la Parroquia de Santa María, cuyas alegres campanas anunciaban ya con su primer repique que apenas faltaba una hora para la Procesión....

Sigamos nosotros el turbión de la gente, y trasladémonos también á aquel apartado barrio, donde nos aguardan muchas personas conocidas.

## II

## LA PROCESION

Era una hermosísima y apacible tarde, en que la Primavera, vestida de andaluza, llenaba el cielo de esplendores y sonrisas, de cálidos besos el sossegado ambiente y de fragantes rosas los huertos y balcones de la Ciudad, el lustroso peinado de las doncellas y las manos de sus felices ó desgraciados amadores.

Todavía faltaba media hora para la salida de la Procesión, y la calle de Santa María de la Cabeza, (á cuyo extremo inferior se halla situado el Templo del mismo nombre), estaba ya hecha un patio del Cielo, una antesala de la Gloria, un verdadero Empíreo... tal y como los nietos de Adán y Eva nos imaginamos y solemos representar semejantes excelsitudes desde nuestro confinamiento terrestre....

Quiero decir con esto, que todas las ven-

la multitud no tuvieron límites... Hubo hasta aplausos de la gente baja, y silbidos y carreras de los pilluelos; advertido lo cual por el alcalde, temiendo un motín ó cosa parecida, aconsejó á todos, por honor de aquella Ciudad, antigua Colonia fenicia y romana, y posteriormente corte de no sé qué rey moro, que se trasladaran á la carrera de la Procesión (donde parecía más natural que estuviesen reunidas aquella tarde las personas decentes), y que allí esperasen con la debida compostura la llegada de su querido paisano Manuel Venegas,—quien no dejaría de alegrarse mucho de poder salir de su casa como un hombre serio y formal, y no entre aquella especie de rebullido....

Penetráronse de estas razones los agitados grupos, y casi todos se disolvieron, ó, mejor dicho, se encaminaron en masa hacia la Parroquia de Santa María, cuyas alegres campanas anunciaban ya con su primer repique que apenas faltaba una hora para la Procesión....

Sigamos nosotros el turbión de la gente, y trasladémonos también á aquel apartado barrio, donde nos aguardan muchas personas conocidas.

## II

## LA PROCESION

Era una hermosísima y apacible tarde, en que la Primavera, vestida de andaluza, llenaba el cielo de esplendores y sonrisas, de cálidos besos el sossegado ambiente y de fragantes rosas los huertos y balcones de la Ciudad, el lustroso peinado de las doncellas y las manos de sus felices ó desgraciados amadores.

Todavía faltaba media hora para la salida de la Procesión, y la calle de Santa María de la Cabeza, (á cuyo extremo inferior se halla situado el Templo del mismo nombre), estaba ya hecha un patio del Cielo, una antesala de la Gloria, un verdadero Empíreo... tal y como los nietos de Adán y Eva nos imaginamos y solemos representar semejantes excelsitudes desde nuestro confinamiento terrestre....

Quiero decir con esto, que todas las ven-

tananas tenían grandes colgaduras de coco, de zaraza, de filipichin y hasta de damasco, en las cuales era fácil reconocer las colchas de novios de muchas generaciones, mientras que el suelo de la prolongada calle y de toda la carrera que había de llevar la Procesión, veíase alfombrado de verde junco, de amarilla gayomba, de olorosos mastranzos y de otras campesinas hierbas....—Las campanas de Santa María repicaban gozosamente por segunda vez, anunciando que ya se acercaba el momento solemne... Cohetes voladores reventaban á docenas en los aires, como notificando á los demás planetas lo que ocurría en el nuestro.... y el tambor de la Milicia Nacional daba "golpes" y redobles de "atención" y "llamada," que hacían subir de punto la general expectativa...

Todas las ventanas y azoteas, y aun los mismos oblicuos tejados, estaban llenos de gente, sobre todo, de mozas aderezadas y carilimpas, (muchas de ellas nada más que "cari"), habiéndose reservado los balcones para las señoras y señoritas del centro de la Ciudad, que ya ostentaban en ellos sendas mantillas ó tocas de Almagro, peinados á la france-

sa y demás distintivos de su elevada alcurnia.

En la calle no se podía echar un alfiler: tan atestada se veía de artesanos vestidos de "nuevo," de jornaleros vestidos de "limpio" y de caballeros vestidos de "moda." Hasta los regadores habían abandonado los campos y encontrábanse allí, apoyados en sus azadas, como dispuestos á volver á la interrumpida tarea en cuanto presenciaran el paseo triunfal del Niño Dios.—Algunos militares retirados, (entre los cuales descollaba nuestro Capitán), lucían su irreemplazado uniforme de la Guerra de la Independencia, y á fe que era grato verlos embutidos en sus casacas de altísimos cuellos, provistos de sudadero, que les rozaba la coronilla, con la ancha capena ó la larga charretera empinada sobre los hombros, con el inimitable corbatín de ballena, impidiéndoles toda comunicación con el género humano, y con su morrión de carrileras y descomunal campana, que no habría podido soportar el propio Dios Marte!...— Por último: los bulliciosos chichelos y los circunspectos milicianos, (ó sea "los nacionales," que era como se llamaban allí en-

tonces), se apiñaban en el atrio y gradas de la Iglesia, para servir, aquéllos de vanguardia y éstos de escolta, á la venerada Efigie del Niño Jesús,—en tanto que el sol, enfriando de nuevo la calle al bajar á Pontente, daba á todas aquellas cosas divinas, humanas y pueriles, un carácter glorioso, triunfante, santo, que si distaba muchísimo de la beatitud eterna, diferenciábase también algo de las cotidianas luchas de esta vida.

La forastera, con traje negro, mantilla blanca y muchas joyas de escaso valor, ocupaba el balcón principal de una de las mejores casas de aquel barrio; balcón enorme, con balaustres de madera color de chocolate, que podía contener quince ó veinte personas.—Hallábanse pues, también allí, Don Trajano, su esposa y todos sus tertulios, excepto nuestro amigo Popito, que se contoneaba en la calle, frente por frente de aquella casa, para que la madrileña lo viese navegar por el mundo como todo un hombre y admirar de lejos su frac de fijera, (refundición del único que había tenido su buen padre), su pantalón de color de avellana, su corbata celeste, su chaleco de mil flores y su colosal sombrero de copa....—El

pobre ingenio parecía un mico vestido de máscara!

A Don Trajano Mirabel le había dado aquella tarde por hablar de política, y traía mareado á otro señor de su edad, también moderado acérrimo, que solía formar parte de su tertulia; pero ni éste ni nadie tenían ya atención para otra cosa que para mirar á una hechicera mujer, también con mantilla blanca, que acababa de presentarse y tomar asiento en un balconcillo del entresuelo de la casa de enfrente.

—¡Es usted afortunada! (dijo Doña Tecla á la prima del Marqués.) ¡Toda la tarde vamos á estar viendo á la "Dolorosa"!—¡Ahí la tiene usted... con una mantilla como la suya!...—¡Jesús María! Y ¡cómo la mira la gente!...¡Ni que ella fuera la Procesión!

En efecto: Soledad estaba allí; donde menos se la esperaba; en una casa humilde; en aquel peligroso balcón, tan cercano al piso de la calle... ¡casi confundida con la multitud, cuando habría podido disponer de todas las casas y de todos los balcones del barrio!

—¡Qué temeridad! ¡Qué imprudencia! (decían algunos.) ¡Elegir ese sitio, estan-

do en el pueblo el "Niño de la Bola!" ¡Sabiendo que viene tan irritado!...

—¡Qué falta de consideración! ¡Qué descoco! (añadían algunas). ¡Andar de fiestas, estando ausente su marido! ¡constándole que "el otro" piensa venir aquí! ¡Confesemos que es muy valiente! (reponían los más tolerantes). ¡Ella misma se lanza á la cabeza del toro!—¡Mirad qué cara tan serena y tan hermosa! ¡Mirad qué sonrisa tan altanera! ¡Mirad qué ojos! ¡Ninguna inquietud se lee en ellos!—Y, sin embargo, bueno andará su corazón!

—¡Esa! ¡esa es la "Dolorosa!" (exclamaba al mismo tiempo Don Trajano, dirigiéndose á la prima del Marqués): ¡Este golpe la retrata de cuerpo entero! ¡Sabe usted á qué viene aquí? ¡A desarmar á Manuel con su presencia! ¡á hacerle aparecer una paz vergonzosa para Antonio Arregui! ¡á jugar el todo por el todo!—Ya dije á usted anoche que Soledad ama... hasta cierto punto al intrépido Venegas! —Yo soy viejo y conozco el pecado.....

—¡Es usted atroz!—contestó agriamente la cortesana, cual si el juriscónsul-to la hubiera sorprendido, recorriendo con la imaginación, por cuenta de Soledad,

aquel sendero pacífico, criminal y deleitoso.

Y luego añadió, quitándose los lentes:

—¡Pues, señor! declaro que esa mujer vale más de lo que yo me figuraba...— Aunque viste con mediano gusto y tiene una expresión hipócrita que dá miedo, es muy bonita, muy graciosa, y hasta muy interesante....

¡Que si lo era!...—Permítasenos describirla por última vez... Permítasenos decir á qué extremo de hermosura había llegado lo que conocimos inocente niña y púdica doncella, cuando la vemos ya convertida en mujer de veinticinco años esposa y madre.

Soledad no pertenecía á la raza de las estatuas griegas. Su belleza tenía más de gótica que de pagana, más de romántica que de clásica, más de las creaciones de Schiller y Walter-Scott, que de las de Homero y de Ovidio; más, en fin, de dama que de diosa.—Así y todo, su cuerpo era un primor de forma, cuyas suaves líneas vacilaban dulcemente entre la curva y el ángulo, dando mayor realce y gallardía á los femeniles contornos. Ni se admiraba sólo la forma en aquella ex-

quisita figura: la misma "materia," (cosa indiferente en la belleza gentilica), tenía en ella singular atractivo y hablaba por sí propia á la imaginación. Era, en resumen, una de esas mujeres finas y nerviosas (á quienes erróneamente se suele llamar "espirituales" ó "ideales,") cuyos encantos corpóreos no se limitan al dibujo, al "modelado" exterior, á la belleza plástica, como en las beldades olímpicas, sino que residen y se aprecian en la totalidad del ser físico, en su índole y naturaleza, en la calidad de la masa, en todo lo que de ellas puede ver el escultor y en todo lo que adivina el fisiólogo; mujeres verdaderamente "materiales" y "terrenas," mucho más "humanas" que esas macizas cariátides sin nervios en que parece que todo es arcilla: ¡elásticas serpientes, de piel dócil y suelta, de carnes precisas y delicadas, de huesos cálidos y endebles, de sangre rápida y fluida, que vienen y huelgan en el fuego, como se cuenta de las salamandras!

El rostro de la "Dolorosa" acrecía el profundo interés y la ardiente curiosidad que ya despertaba en el ánimo el aspecto general de su lánguida y voluptuosa contextura. Aquella palidez inalterable y

llena de vida; aquellos ojos amantes y altivos á un propio tiempo; aquellos labios sensuales y desdenosos; aquel sentimentalismo del conjunto de sus facciones, tan incompatible con la materialidad de la vida que llevaba pacíficamente la casual esposa de un hombre vulgar ó cuando menos prosaico; todas estas contradicciones de su sér y de su existencia, expresadas vagamente por su semblante, hacían que Soledad cautivase la imaginación y el deseo, como todo lo misterioso, como todo lo inexplicable, como una esfinge, guardadora de trágicos y peregrinos secretos.

Dicho se está que casi ninguna de estas sublimidades pasaba por las mentes á aquellos semi-africanos que devoraban con la vista á Soledad; mas no por ello se les oscurecía la sustancia de cuanto acabamos de exponer, ni envidiaban menos, en hipótesis, al feliz mortal que sacase de su forzosa, perdurable apatía, á la malograda heroína de amor;—lo cual equivale á decir que envidiaban en futuro contingente á nuestro amigo Manuel Venegas, presunto dueño de aquel corazón encarcelado.—Por lo que respecta á Luisa y al señor de Mirabel, estaban muy al tanto de todo, (á fuer de doctores

en materias de arte, vicio y sentimiento), y fueron aquella tarde mucho más allá que hoy mi tosca pluma en el análisis físico-poético-moral de la "Dolorosa."

De pronto, advirtiéndose en los grupos un gran movimiento, que muy luego se propagó á ventanas y balcones, como si ocurriese alguna extraordinaria novedad... —¿Qué motivaba aquel oleaje de la muchedumbre?—¿Iba á salir la Procesión? ¿Se había suspendido? ¿Acontecía alguna desgracia?

No: era que Manuel Venegas acababa de aparecer en lo alto de la prolongadísima calle de Santa María: era que avanzaba hacia la parte concurrida de ella, precedido de un escuadra de bullidores muchachos y escoltado á respetuosa distancia por media docena de valientes de segundo orden: era que llegaba el héroe del día.

Casi toda la gente se apartó de las inmediaciones de la Iglesia y fué extendiéndose calle arriba para gozar más pronto de la presencia del joven sin ventura,—el cual marchaba entretanto sosegadamente, sin mirar á nadie, con la cabeza un poco inclinada, y divirtiéndose al

parecer en agitar con el bastón las olorosas hierbas que alfombraban el suelo.

No podía decirse, sin embargo, que le fuera indiferente el público, cuando tanto se había acicalado y compuesto, en medio de sus penas, para presentarse dignamente á él.—Los moros son siempre vanidosos y artistas, y acuden á las batallas con sus mejores ropas y todo el posible boato, viendo tal vez una fiesta en el peligro....—La mencionada tarde, vestía Manuel como un novio, como un triunfador; no como un hombre que acaba de ser desarraigado de la vida y sólo espera ya marchitarse y morir...—Todo su traje era de rica seda negra sin brillo, con alamares del mismo color y muchos botones de plata mate; lucía un magnífico sombrero de jipijapa, de forma chamberga, al uso de ultramar: hermosos brillantes relumbraban en sus dedos y en la bordada pechera de su camisa, y pendía de su cuello una larga y muy gruesa cadena de oro, que iba á perderse debajo del ceñidor chinésco liado á su cintura, sirviendo indudablemente de sostén á un soberbio reloj, digno de tan fastuoso "indiano."

Con mayor evidencia hubiera podido asegurarse que nuestro joven (contra su antigua costumbre) llevaba consigo un arma, y que este arma era un puñal; pues, á muy poco que se observaba, veíase dibujarse su rígido bulto bajo la sarga de la chaqueta....—Por lo demás, si aquellos viajeros que veinticuatro horas antes lo saludaron en lo alto de la Sierra vecina, lo hubiesen visto en tal momento, habríanse espantado y hasta conlido del profundo cambio que se observaba en su noble rostro....—Una horrorosa contracción atirantaba todos sus músculos; despedían sus ojos una luz torva y rojiza, como los del león durante la cuartana, y la más lúgubre tristeza tendía su velo de muerte sobre aquellas varoniles facciones: ¡tristeza desesperada y terrible; no quejumbrosa y vehemente como la sed y el ansia de consuelo, sino fija, muda, petrificada, irremediable, muy más amenazadora en su serenidad que todos los arrebatos de la ira!

Las gentes de la calle no se atrevieron al principio más que á saludarlo á distancia, diciéndole un "adiós," Manuel!.... tan natural y corriente, como si no hubiesen pasado ocho años desde

la última vez que lo vieran;—á lo cual respondía el joven llevándose la mano al sombrero, sin pararse á ver quién lo saludaba...

Un poco más adelante, ya osaron algunos acercársele y detenerlo, alargándole la mano y preguntándole por la salud...—Eran, (decían) "antiguos amigos suyos... (y entre ellos reconoció á aquel matón á quien tuvo que romper el brazo derecho).—Otros se denominaban sus discípulos".... (¡cuando sabemos que nuestro héroe no había asistido á más escuela que al despacho de Don Trinidad Muley!)—Y hasta hubo alguien que se le presentó á título de "hermano de leche," ignorando sin duda que el joven fué amantado por su propia madre.

Manuel contestaba á todos en las menos palabras posibles, y seguía su interrumpida marcha; pero rara vez dejaba un grupo, para entrar en otro, sin preguntar antes al oído de la persona que le inspiraba mayor confianza:

—Dígame usted....—¿Cuál es Antonio Arregui?"

—No está aquí....—No ha venido....

—Dicen que se marchó ayer....—Se le aguardaba de un momento á otro....—

le habían respondido ya cuatro interrogados, con un aceleramiento y un temblor que denotaban complicidad mental con el pavoroso alcance de la pregunta.

A todo esto, penetraba ya nuestro protagonista en lo más concurrido de la calle, ó sea en el trozo de ella que había de recorrer la Procesión, (la cual se dirigiría luego por una calle transversal en busca de cierta antigua mezquita, á la sazón, "Ayuda de Parroquia," donde tendría término la fiesta)...

Las mujeres más presumidas echaban todo el cuerpo fuera del balcón para verlo pasar....—Pero él no había levantado la cabeza ni una sola vez....—Indudablemente no sabía, ni podía ocurrírsele, que Soledad hubiese ido á la procesión.... que estuviese á algunos pasos más allá.... ¡que pronto la vería, después de ocho años de ausencia, no separados ya sus corazones por las olas del Océano, sino por otro abismo más profundo!

El alrudo Venegas miró únicamente á la calle, á los hombres, buscando á aquel Antonio Arregui á quien no conocía, pero á quien juzgaba obligado á hacerle frente, á presentarse en aquella palestra, á concurrir al duelo solemne y público para

que había sido emplazado hacia ocho años antes en términos generales y colectivos, y cuya situación le fué notificada personalmente por todo el pueblo el día que se atrevió á casarse con la "Dolorosa."—Manuel iba allí como mantenedor de aquel desaffo.... ¡Caso de honra era para el amenazado consorte acudir á la demanda, no ocultarse, no obligar al provocador á ir á buscarlo en su escondite!

Entiéndase bien que nada de esto lo decimos nosotros: el público y el propio Manuel eran los que discurrían así aquella tarde.—Por lo demás, todos seguían parando y saludando al intrépido joven, sin atreverse á tocar las heridas de su corazón, pero aventurándose ya á dirigirle preguntas asaz impertinentes....

—¿Con que vienes tan rico?—habíale (por ejemplo) interrogado alguno.

Manuel sonrió desdeñosamente y no se dignó contestar.

Entonces le habló de "usted" la misma persona, preguntándole:

—¿Y viene usted por mucho tiempo?

—No sé!—contestó el desgraciado, volviéndole la espalda.

Algunas personas graves y de posición, incurrieron también en la debilidad de

acercársele, á curiosear en su dolor, en su desesperación y hasta en su bolsillo...

—Es menester que nos ayudes á gobernar la población (dijoie un concejal), y que para ello compres fincas que te den la cualidad de "elegible"... El Ayuntamiento necesita hombres como tú....

—¿Te atreverías en la cortijada del Morisco?—Cien mil duros piden por ella.

—Muchas gracias.... Veremos... respondió Manuel.

—¡Yo me comprometo á hacerlo alcalde!—exclamó otro regidor; el mismo, según noticias, que había ofrecido aquella "vara" á Antonio Arregui.

Manuel saludó con finura.

Pero antes.... (dijo un tercero, apuntándole ya al corazón) será preciso que te establezcas; que tomes estado; que elijas mujer....—Digo.... ¡porque supongo que no te has casado por esos mundos!...

Venegas lo miró de pies á cabeza (he-lándolo de terror), y le dijo melancólicamente:

—No sé quién es usted; pero le compadezco.

Y continuó bajando la calle.

A los pocos pasos vió el joven entre la multitud á nuestro amigo el Ca-

pitán, y acto continuo dirigióse hacia él (cosa que no había hecho con nadie), y le tendió respetuosamente la mano, mientras que con la otra se quitaba el sombrero.

El viejo agradeció mucho aquella significativa excepción, y sólo halló fuerzas para decirle con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Tienes buena memoria!

—Y buena voluntad....—le respondió Manuel afectuosísimamente, apretándole de nuevo la mano.

Y prosiguió su interrumpida marcha, muy cómplacido de aquel encuentro.

Pasó, en fin, por enfrente del balconcillo en que se hallaba Soledad; y, como si algún misterioso instinto ó fuerza superior lo determinara, paróse maquinalmente en aquel punto, eligiéndolo para ver desfilar la procesión.

El público lanzó un gran resoplido de contento... y de sobresalto.

Y muchas miradas se dirigieron á las bocacalles en demanda de Antonio Arregui, única persona que faltaba ya para que el drama fuese completo....

La forastera, debajo de cuyo balcón se había detenido el joven, seguía entre tanto el prolijo estudio que de su figura co-

menzaba á hacer desde que lo vió asomar, y decía á su colega Don Trajano, sin quitarse los lentes de los ojos:

—¡Hermoso hombre! ¡Es una estatua vestida de andaluz, bien que no de majo ni de torero!... Los perfiles americanos del traje poetizan mucho su persona...

—¡Qué torso! ¡qué cuello! ¡qué cara!... ¡Es un modelo de belleza masculina!...

—Para Apolo, es demasiado fuerte, y para Hércules, demasiado esbelto.....—Lo compararé, pues, con el "David" de Miguel Angel.....—¿Ha estado usted en Florencia?

—No, señora....—balbuceó Don Trajano, muy confundido, pensando quizá en sus largas piernas y peraltados hombros, que ni en la juventud fueron esculturas.

En el interín, la atención del público había dejado de fijarse en Venegas para acudir á Soledad.

Esta no semovía ni pestañeaba; parecía mirar al cielo ó á los tejados de enfrente, pero ¡demasiado sabía que Manuel se hallaba allí, delante de ella, á pocos pasos de distancia!... Los movimientos de la muchedumbre; las conversaciones de la calle, que subían hasta el

balcón; la madre tristísima, la pobre señora María Josefa, sentada á un lado como una mártir; sus propios ojos, en fin, dotados, según ya sabemos, del don de ver aun aquello que no miraban.... se lo habrían dicho desde el primer momento.—Mostrábase, sin embargo, enteramente tranquila, y hasta se la vió sonreír graciosamente en contestación á no sé qué cosa que su atribulada madre le dijo en ademán de súplica....—Era digna hija de aquel hombre que, sorprendido una tarde por el foribundo "Niño de la Bola," junto á cierta fuente del campo, no se movió, ni se dió por entendido de su presencia, ni hizo nada para evitar una muerte casi segura!.....

En esto, y cuando algunas personas estaban ya procurando mañosamente que Manuel alzase la vista y reparase en Soledad, comenzó el tercer repique de las campanas de Santa María; nuevos cohetes volaron y crujieron en el aire; sonó un largo redoble de tambor, seguido del acompasado toque de marcha, y vieronse salir de la iglesia, y formarse, y ponerse en ordenado movimiento banderas, luces, cófrades, monaguillos....—La Proceción estaba en la calle.

012060

Aquel jubiloso estrépito, aquel animado y solemne espectáculo, los cantos religiosos que principiaron luego; toda aquella reproducción de escenas de mejores días, impresionó bruscamente á Manuel, haciéndole erguir la cabeza y mirar á todos lados como buscando aire de vida y de salud para su corazón que se ahogaba, según lo demostró el hondo suspiro que lanzó al fin su oprimido pecho...

Y entonces fué cuando el desgraciado vió relucir en el balcón de enfrente, la impertérrita figura de Soledad...

¡Era ella!... No cabía duda.... ¡Era su cara de ángel!... ¡Eran sus ojos, que no le miraban á él, pero que seguían iluminando y embelleciendo el mundo!... —“Soledad!”... estuvo para gritar el infeliz, loco de dicha, en el primer arrebató de su pasión....

Peró ¡ay! no... ¡no era ella! ¡No era Soledad!—¡Era la mujer de otro hombre, la mujer de un desconocido, llamado Antonio Arregui!... ¡Era la impura renegada del amor! ¡Era la sacrilega que habia escupido en mitad del corazón al más fino y consecuente amante! ¡Era la traidora que le habia dado muerte por la espalda, en la ausencia, sobre seguro,

cuando más tranquilo y confiado batallaba en remotos climas por obtenerla, por llamarla su “esposa,” por alcanzar la dicha de ser su esclavo! ¡Era el execrable demonio de su vida! ¡Era la envenenadora de su alma!

Esto decia el rostro de Manuel.... Esto decia su corazón, asomándose á los espantados ojos, para ver si efectivamente Soledad se atrevía á estar en aquel balcón, vestida de gala, tomando parte en una fiesta, mostrándose á la luz del sol, “después de lo que habia hecho.”

Y lo veía, y no podía explicárselo.... —Y el creciente furor de su nunca domada soberbia, iba rayando en verdadera locura...

¿Cómo no temblaba la inicua? ¿Ignoraba que habia llegado su juez? ¿No se lo habia dicho su madre? ¿No sabia que él estaba allí, enfrente de ella, esperando al imbécil que se creía “su esposo,” para coserlo á puñaladas delante de todo el pueblo? ¿No sabia que ella misma, su antigua reina y señora; ella, que dignaba mirarlo y parecia desafiarlo con su tranquilidad é indiferencia; ella, que lo seguía insultando con aquella mundana mantilla blanca y con aquella vil

hermosura entregada á otro, se hallaba también en el caso de temblar por su propia vida?....

Ni ¿á qué tardar?—¡Un salto le bastaba para encaramarse al balcón!.... El puñal vibraba sediento de sangre á cada latido de su pecho!.... Ya lo había apretado con el brazo varias veces contra su corazón, como á un fiel amigo....—Además, "Antonio" (¡que era como le llamaba la pérdida!) estaba ausente.... había huído....—Todos acababan de asegurárselo....—Por lo tanto, no era ocasión de pensar en matarlo á él....—¡En quien había que pensar por de pronto era en ella, en la sierpe que seguía azotándole el alma, en aquella insolente y contumaz pecadora, tan solazada y divertida en ver avanzar la Procesión, que no se curaba de los oportunos ruegos de su madre ni de las señas con que el mismo público empezaba ya á decirle que corría peligro, que se retirase de la ventana, que Manuel iba á acometerle de un momento á otro!....—Y también había que pensar en aquel obsequioso público, pendiente de las acciones de él; en aquel amable gentío que no dejaba de mirarlo con anticipado asombro; en aquellas tres mil

personas esperanzadas en algo extraordinario, digno del hijo de Don Rodrigo Venegas, propio del antiguo "Niño de la Bola," adecuada á sus amenazas de otro tiempo, en consonancia con la general inquietud que hacía veinticuatro horas reinaba en la población....—¡No más vacilaciones! ¡La fatalidad lo había escrito! ¡Manuel Venegas tenía que matar á la "Dolorosa!"

Pero la Procesión había avanzado mientras tanto, y ya desilaba entre Soledad y Manuel incomunicándolos en cierto modo...

Tuvo, pues, el joven, que contenerse, sin que por ello cesara su furia...

Y, de esta manera, vió pasar ante sí, como fantásticas visiones que se movían de su amoroso delirio, los históricos estandartes del tiempo de la conquista, los ciriales de la Parroquia, los muñidores con sus pértigas de metal, las devotas que cumplían "promesa" yendo descalzas, los labriegos con sus capas de paño de Obanes, los cofrades con sus escapularios y veneras, los Nacionales con sus morriones colgados á la espalda, los músicos con sus piporros ó bajones, los chantres con sus papeles de música, los acó-

litos con sus incensarios...—El Niño de la Bola, el Niño Jesús, el Niño de Dulce Nombre debía hallarse muy cerca.... tan cerca, que ya sonaban las argentinas campanillas de sus andas; ya fulguraban sus cien luces; ya se respiraba el aroma de los pebeteros.

Manuel no había mirado todavía á la linda efigie que tanto amara en su niñez y en su adolescencia.... En cambio, Soledad no apartaba de ella la vista, pensando sin duda en que, durante muchos años, aquel trono de flores, de frutos y de blancas palomas vivas, en que iba de pie el lujoso Niño, debióse á la diligente devoción del hombre que tanto la había amado, que tanto la amaba, que tan infeliz era en aquel instante...—Ello es que, con gran asombro de todo el mundo, la hija de Don Elías empezó á desconcertarse, á conmoverse, á aturdirse, y que un ligero temblor agitaba sus ojos y sus entreabiertos labios, cual si estuviese á punto de llorar....—¡Entonces sí que todos la hallaron hermosa! ¡Entonces sí que parecía una Virgen de los Dolores!

La emoción general era también extraordinaria.... El público llegaba á uno de sus grandes y fugitivos momentos de

inspiración...—Debiórase á la Providencia ó el acaso, concurría allí tal cúmulo de circunstancias patéticas, que el gran poeta y artista llamado "Pueblo," había recobrado su majestad, mostrábase digno de su nombre, comenzaba á sentir noble y piadosamente.

Pasaron al fin las andas entre Soledad y Manuel... y, como ella las iba siguiendo con la vista, y él no separaba la suya del semblante de la beldad, aconteció que sus miradas se encontraron; que la una se quedó como enredada y presa en la otra; que se estableció entre ambas una corriente invencible y que el presunto matador y la presunta víctima no pudieron ya dejar de contempjarse desatinadamente....

Y entonces vió Manuel á un mismo tiempo, amalgamadas y confundidas, la imagen del Niño Jesús, de su ídolo de tantos años, y la imagen de su otro ídolo caído, de la atribulada "Dolorosa," que había comenzado á llorar desconsoladamente y que lo miraba al través de un río de lágrimas...

¡Llorar ella! Era cosa que jamás se había visto y que nunca se hubiera creído. —"¡Llorar ella!" se decía asombrado el

público...—“¡Llorar ella!” clamaban las entrañas del fanático amante, del noble y sensible Venegas, del hombre tierno y generoso que sólo era fuerte contra el obstáculo, que sólo era duro contra la rebelión...—¡Llorar su adorada! ¡llorar por él! ¡llorar en presencia de tantas gentes! ¡llorar, aunque sólo fuese de miedo! ¡llorar... acaso de cariño y pena, al verse ligada á otro hombre y aborrecida por el que siempre fué dueño de su alma! ¡Llorar su querida estando él en este mundo!

Un alarido de infinito amor, de piedad inmensa, brotó del corazón del hijo de Don Rodrigo, y abalanzóse hacia el balcón, sin saber lo que hacía, como para consolarla, como para que lo perdonase, como para defenderla contra sí mismo, como para arrebatársela al usurpador, llamado “esposo,” que daba origen á aquellas lágrimas....

Pero este cambio había sido tan repentino, que la Procesión se interponía aún entre los dos jóvenes....—Ya habían pasado las andas.... Mas en aquel momento pasaba el “palio”..

Debajo del palio penetró, pues, el misero, al dejarse llevar de aquel amoroso, irresistible impulso....

—“¡Que la mata!”—habían clamado entretanto mil personas, creyendo que el furor y la muerte iban con Manuel....

Y Manuel, que oyera este horrible grito, ya calumnioso; Manuel, que no quiso dejar ni un instante al público en aquel bárbaro error; Manuel, que vió todavía arrodillada mucha gente ante la santa efigie, arrodillóse también de pronto, en medio de su veloz carrera, fingiendo, con la rapidez y la astucia propia de los dementes, un tardío homenaje al Niño de la Bola.

Quedó, por lo tanto, guarecido bajo el sagrado toldo aquel pobre frenético, que á todos les pareció un pecador arrepentido...—Así lo decía el ufano semblante de los portadores del palio... Así lo decía la emoción religiosa del concurso....—Y, como á todo esto la procesión se había parado, contenida y revuelta por tan dramáticos accidentes, hubo tiempo de que la multitud, en renovadas olas, acudiese á contemplar el maravilloso espectáculo de aquel hombre salvaje y feroz, de aquel que poco antes fué calificado de “asesino,” de aquel furioso que traía asustada desde la víspera á toda la ciudad, postrado debajo de las

andas del Niño Jesús, humillada la frente, oculta la faz entre las manos, en la actitud de la más humilde penitencia...

En poco estuvo, sin embargo, que se desvaneciera la ilusión del público y se conociese que Manuel no era en aquel instante un pecador contrito, ni mucho menos...—Lo decimos, porque entonces ocurrió que la madre de la "Dolorosa" y la dueña de la casa trataron de quitar del balcón á la angustiada joven, próxima á perder el conocimiento. visto lo cual por Manuel (desde el suelo en que mañosamente estaba acechando la ocasión de proseguir su amoroso avance), irguióse, no del todo y con mucha cautela, y deslizó un pie en aquella dirección, como el tigre adelanta las manos para dar el salto....

—¡Detenedlo! ¡detenedlo!—exclamaron los que estaban más próximos echándose hacia atrás.

Manuel arrojó á los que tal decían una mirada y una sonrisa espantosas, y, sin acabar de erguirse, y volviendo la cara á un lado y otro, como para impedir que lo detuviesen, avanzó resueltamente hacia el balcón....

Pero entonces oyó tronar sobre su ca-

beza una voz terrible, que le decía con indignado acento:

—¿ Adónde vas, desagradecido? ¿Por qué no quieres verme? ¿qué daño te he hecho yo con amarte?

Y al mismo tiempo vió que una especie de montaña de oro le cerraba el camino, interponiéndose entre él y la casa que iba á asaltar.

Era el corpulento Don Trinidad Muley, el cura de Santa María, el Preste de la Procesión, revestido con su capa pluvial de tisú de oro y plata, hecha como de molde para lucir sobre su amplia y majestuosa figura.

Manuel, en medio de su delirio, lanzó un sollozo de amor y melancolía al encontrarse cara á cara con el digno sacerdote, con su antiguo protector, con su segundo padre, con el ser á quien más debía en el mundo, y le besó las manos y el rostro entre las exclamaciones de entusiasmo y tiernas lágrimas del genio.

—¡Déjame! ¡Aparta! (decía en tanto el experto Don Trinidad.) ¡La Procesión no puede detenerse!—Te repito que eres un ingrato! ¡Cerrarme la puerta de tu casa! ¡Desairarme delante de todo el pueblo!

A todo esto, Soledad había desaparecido.

—¡Perdón, señor Cura!—balbuceó Manuel, avergonzado de haber ofendido á su bienhechor.

—Déjame! ¡no quiero verte!—replicó Don Trinidad, fingiéndose cada vez más furioso.

—No me rechace usted, señor Cura.... (insistió el joven.) ¡Plense usted que soy muy desgraciado! ¡No aumente mi desesperación con sus desprecios!

—Pues entonces.... ¡agámate, y sígueme! (contestó su antiguo padrino.)—Pero cállate ahora.... Aquí no se puede hablar....—¡Señores! ¡adelante con la Procesión!

Y, al decir esto, el párroco alargaba á Manuel un pieo de su capa pluvial, de cuya fimbria se cogió maquinalmente aquel pobre enfermo tan necesitado de verdadero cariño.

Y la procesión se puso en marcha; y, en pos de ella, Don Trinidad Muley, cantando estentóreamente y mirando de reojo á Manuel para que no se soltase; y, en pos de Don Trinidad, el terrible joven, asido á la sacra vestidura; y, en pos de la "rescatada oveja" (frase de

Don Trajano,) un gentío inmenso que gritaba:

—¡Viva el Niño Jesús!

—¡Qué diablos es eso?—preguntaban en tanto muchas personas desde los balcones más distantes.

—¡Qué ha de ser? (respondían desde la calle algunas voces.)—¡Que Manuel Venegas iba á matar á la "Dolorosa," cuando de pronto ha caído de rodillas debajo de las andas del Niño Jesús, y luego ha echado á andar detrás de la Procesión!....—¡Mírenlo ustedes! ¡Allí va.... cogido de la capa de oro de Don Trinidad Muley!

—¡Mentira! ¡no ha pasado así! (exclamaban los discípulos de "Vitriolo" y los catecúmenos que ya tenían en aquel barrio.) Lo que ha sucedido es que la "Dolorosa" se ha echado á llorar al ver á su antiguo adorador; que el Padre Cura ha dicho á éste cuatro frescas, por no haberle querido recibir hoy, y que, de resultas de lo uno y de lo otro, nuestro perdonavidas se ha ido detrás de su antiguo amo, como un doctrino, como un borrego, como el último acólito de la Parroquia....—¡Estos son los valientes!

¡Mucho ruido, y luego.... la nada entre dos platos!

—¡Con que ha llorado la "Dolorosa!" (decía la parte neutra del "Coro:") ¡Mala señal para Antonio Arregui!—Los primeros amores son los que privan.—¡Veréis como todo eso concluye por donde debió empezar: por entenderse los enamorados y por irse Antonio Arregui á la Rioja! —¡Lástima de Fábrica! ¡Hacia un paño tan bueno y tan barato!

En tal momento, es decir, cuando la Procesión estaba ya en la calle de Santa Luparia, y Soledad y su madre se habían marchado por excusadas callejuelas, y todo parecía terminado por aquella tarde, notóse gran animación en lo hondo de la calle de Santa María.

—¡Antonio Arregui ha llegado! ¡Antonio Arregui viene! ¡Antonio Arregui está ahí...!—Miradlo.... ¡Aquel es! Y ¡qué cara trae!—decían en voz más ó menos baja muchas personas, señalando á un hombre de buena presencia, que avanzaba con prisa por en medio de la calle, con la faz descompuesta por la indignación, seguido de algunos pilluelos y fijos los ojos en la casa donde Soledad

y la seña María Josefa habían pasado la tarde.

Y entonces fué de ver la maestría con que el público se reparte los papeles y funciona en tales casos sin previo acuerdo.—Mientras que unos paraban al furioso riojano y le referían exactísimamente todo lo ocurrido, advirtiéndole que su mujer y su madre política se habían marchado ilesas, y rogándole con cierta sorna que fuera prudente y se encerrase en su casa.... otros echaban calle arriba, á fin de alcanzar á Manuel Venegas y ponerle al tanto de la novedad, con ánimo, sin duda, de acabar también pidiéndole que se dejase de trapisondas y evitara un desagradable encuentro con el irritadísimo esposo de su adorada prenda....

Dichosamente, no faltó un alma caritativa mejor aconsejada, que corriera más que estos últimos y dijese oportunamente cuatro palabras al oído de Don Trinidad Muley.

—¡Corred, muchachos! (gritó entonces el Cura á los portadores de las andas.) ¡Vamos! ¡vamos! que está obscureciendo....—¡Más de prisa aún, perezosos! —¡Basta por hoy de Procesión!—Y tú,

Manuel mío, no te sueltes....—¡Esta diantre de capa pesa mil arrobas, y tú estás ayudándome á llevarla!

Tomó, pues, la Procesión, un paso como de fuga. Los de las andas, arengados incesantemente por Don Trinidad, atropellaban por todo, sin respeto alguno al orden de la comitiva; los del palio corrían detrás de las andas, midiendo el suelo con las varas á grandes trancos, y sacerdotes, seises, bajonistas, cofrades, público y escolta formaban un barullo indescriptible.

—Pero ¿qué ocurre?—preguntaban los muñidores esgrimiendo sus pértigas...

—¡Nada! ¡nada! ¡adelante!—respondía Don Trinidad Muley, echando los bofes.

Y, no muy seguro aún de que bastase á su propósito aquella gloriosa huida, llamó al septuagenario capitán, que marchaba detrás de él representando al ejército; le refirió al oído lo que pasaba en la otra calle, y terminó diciéndole á media voz:

—¡En último extremo, tire usted de la espada!.... Pero no pegue usted más que de plano.

Por fortuna, Manuel iba tan ensimismado y abatido, que no reparaba en nin-

guna de aquellas cosas y se dejaba llevar por el Padre de almas como un ciego por el que ve.

—¿Saben ustedes la novedad?—exclamó en esto un discípulo de "Vitriolo," que llegaba á escape en aquel momento y había conseguido acercarse á Manuel Venegas.

—¡Calla, ó te estrangulo!—rugió sordamente el capitán, echándole mano al pescuezo y arrojándola de aquel sitio.

Y, pretextando luego que no podía andar tan de prisa, se cogió del brazo izquierdo de Manuel, sin perder de vista al feroz discípulo de "Vitriolo."

Quedó, pues, nuestro héroe incomunicado con el público; y, de este modo, llevado á remolque por el virtuosísimo Cura y remolcando él al honradísimo Capitán, penetró al fin en la capilla de Santa Luparíá, donde, por pronta evidencia, lo encerró Don Trinidad Muley con llave y cerrojo en un reducido despacho dependiente de la Sacristía...

Hízolo á tiempo.—Un minuto después llegaba Antonio Arregui, seguido de muchas personas, al pórtico de la Capilla, en demanda de Manuel Venegas...

Pero se encontró con el revestido sa-

cerdote, que ya aguardaba descuidado, y que le dijo majestuosamente:

—Alto, señor Don Antonio!—¡Mi hijo está en sagrado!...—Usted acaba de hacer, con venir aquí, todo lo que cumple á un hombre de honor y vergüenza.

—Márchese tranquilo á su casa, á donde yo iré á buscarle mañana, si Dios quiere

Y, volviéndose luego á la multitud, añadió con destemplado acento:

—Ustedes... ¡á sus negocios! ¡á cuidar de sus hijos, que harto lo necesitan; y dejen en paz á los desgraciados!

Antonio Arregui besó la mano al Cura sin contestar palabra, y se marchó tranquilamente.

Los grupos se retiraron también poco á poco, elogiando en voz alta á Don Trinidad Muley y pensando al propio tiempo en el Baile de Rifa de la siguiente tarde, como el jugador que ha perdido piensa en el desquite.

Y pronto no quedó más que el recuerdo de la inolvidable Procesión de aquel día, como del fulgente sol que había iluminado las engalanadas y ya entenebrecidas calles, sólo quedaba un vago crepúsculo en los remotos celajes de Po-  
niente.

## III

## ÚLTIMO VUELO DE UN PAR DE PERDICES

No pocos sudores costó á Don Trinidad Muley deshacerse de otras muchas personas que habían entrado en la Capilla y en la Sacristía en pos de ambos Niños de la Bola, y que aún permanecían allí las horas después de terminada la Procesión.

Por una parte, los socios de la Hermandad celebraban en la Sacristía la siempre borrascosa Junta en que anualmente eligen aquella noche y en aquel sitio, (tomando biscochos y unas copitas de rosolí), nuevo Mayordomo ó Hermano Mayor; y, por otro lado, centenares de valientes, algo bebidos por cuenta propia, se arremolinaban en la Iglesia, empeñados en hablar al hijo de Don Rodrigo á fin de ver qué efecto le producían las noticias (que deseaban darle), del regreso de Antonio Arregui y de su hombrada de haber avanzado hasta allí en busca de satisfacción y desagravio...

cerdote, que ya aguardaba descuidado, y que le dijo majestuosamente:

—Alto, señor Don Antonio!—¡Mi hijo está en sagrado!...—Usted acaba de hacer, con venir aquí, todo lo que cumple á un hombre de honor y vergüenza.

—Márchese tranquilo á su casa, á donde yo iré á buscarle mañana, si Dios quiere.

Y, volviéndose luego á la multitud, añadió con destemplado acento:

—Ustedes... ¡á sus negocios! ¡á cuidar de sus hijos, que harto lo necesitan; y dejen en paz á los desgraciados!

Antonio Arregui besó la mano al Cura sin contestar palabra, y se marchó tranquilamente.

Los grupos se retiraron también poco á poco, elogiando en voz alta á Don Trinidad Muley y pensando al propio tiempo en el Baile de Rifa de la siguiente tarde, como el jugador que ha perdido piensa en el desquite.

Y pronto no quedó más que el recuerdo de la inolvidable Procesión de aquel día, como del fulgente sol que había iluminado las engalanadas y ya entenebrecidas calles, sólo quedaba un vago crepúsculo en los remotos celajes de Poente.

## III

## ÚLTIMO VUELO DE UN PAR DE PERDICES

No pocos sudores costó á Don Trinidad Muley deshacerse de otras muchas personas que habían entrado en la Capilla y en la Sacristía en pos de ambos Niños de la Bola, y que aún permanecían allí las horas después de terminada la Procesión.

Por una parte, los socios de la Hermandad celebraban en la Sacristía la siempre borrascosa Junta en que anualmente eligen aquella noche y en aquel sitio, (tomando biscochos y unas copitas de rosolí), nuevo Mayordomo ó Hermano Mayor; y, por otro lado, centenares de valientes, algo bebidos por cuenta propia, se arremolinaban en la Iglesia, empeñados en hablar al hijo de Don Rodrigo á fin de ver qué efecto le producían las noticias (que deseaban darle), del regreso de Antonio Arregui y de su hombrada de haber avanzado hasta allí en busca de satisfacción y desagravio...

Pero el buen Padre de almas se movió de tal modo, fué y vino tanto de la de la Sacristía á la Iglesia, tuvo tan felices ocurrencias en la Junta, y suplicó en tan sentidos términos á la otra gente "que se apiadase, siquiera por aquella noche, del pobre Manuel Venegas, en vez de aumentar sus acerbos disgustos," que al cabo logró, cerca ya de las ocho, verse libre de los Cofrades y del último calamocano, bravucón y cócora...—Púsose entonces los hábitos de cable; dió al Sacristán, en voz muy baja, algunas órdenes que parecían importantísimas; apretó la cara cuanto pudo, como para tener alre de muy enfadado, y pasó á poner en libertad á su prisionero.

¡Cosa rara, ó que por lo menos no se aguardaba Don Trinidad!—Manuel estaba escribiendo pacíficamente en un bufetito que allí servía para apuntar nacimientos, desposorios y defunciones.—Hallábase muy tranquilo, (tal vez demasiado), y en aquel instante firmaba un largo papel que había escrito. Cerrólo con toda calma, sin darse por entendido de la entrada del Sacerdote, como quien hace una cosa tan buena que le

releva de vanas cortesías; guardóselo en el bolsillo, uniéndolo á otros que tenía en él, y entonces, y sólo entonces, fijó los ojos en el estupefacto y taciturno Don Trinidad.

Este apretó más y más el rostro, al ver que aquella mirada no expresaba arrepentimiento y mansedumbre, sino mero cariño, desnudo de alegría, y la calma de inasistibles resoluciones... Pero, como ni aun así consiguiese intimidar á Manuel, volvióle la espalda de un modo brusco, y se puso á examinar el techo, donde maldito lo que había que pudiera llamarle la atención.

El joven sonrió dulcemente, y se adelantó hacia su protector con los brazos abiertos.

—Déjame!—exclamó el voluminoso Cura, mudando de sitio.

Pero Manuel consiguió alcanzarlo; abrazóle por secciones, no sé si con filial ó con paternal confianza, y al fin le dijo, en son de blanda réplica, como siguiendo la conversación iniciada cuando se encontraron:

—También yo tenía deseo de hablar con usted, y, en prueba de ello, pensaba ir esta noche á su casa.

—¡A buena hora!—refunfuñó el Cura.

—Quería, entre otras cosas, (prosiguió el joven, con aquella apacible ingenuidad de niño que hacía olvidar sus arrebatos de fiera), entregarle á usted un papel que escribí hoy al mediodía y que ahora mismo acabo de reformar.—En el bolsillo lo llevaba esta tarde, y en él lo habría encontrado la Justicia, si mi destino hubiera sido morir en la calle de Santa María de la Cabeza.

—¡Morir! (contestó ásperamente Don Trinidad, sin dejar de mirar al techo). ¡Ya empiezas con tus palabrotas, á fin de aturdirme! ¡Mejor harías en explicarme por qué no me has recibido esta mañana! —¡Qué vergüenza! ¡Verme desairado por tí delante del público!—Pues, ¿y lo que has hecho con la pobre Polonia?— ¡Dos veces seguidas ha regresado á casa llorando tus desprecios!...

—Perdóneme usted, señor Cura... (respondió Manuel con suma tristeza). Hoy he estado mal... muy mal...— Desde anoche no he sido dueño de mí mismo.

—¿Y ya? ¿lo eres?—preguntó Don Trinidad, poniéndose de perfil y mirándole con un sólo ojo, como las aves.

Manuel inclinó la cabeza, y no respondió.

—¡Quedamos enterados! (repuso con amargura el Sacerdote). ¡Ea! ¡Vámonos á casa... suponiendo que quieras venir á saber si se ha hundido tu antiguo cuarto y á desenojar á Polonia!...

—¡Vamos, sí!...—respondió el joven afablemente.

—Saldremos por la puerta del cementerio, á fin de que no nos vea nadie,—dijo Don Trinidad, rompiendo la marcha.

Su antiguo pupilo lo siguió como un autómatas.

Y pronto se hallaron en una especie de corralón cubierto de altas hierbas, entre las cuales blanqueaban muchos huesos á la luz de la luna.

Manuel se quedó parado en mitad de aquel estercolero de la vida, tal vez comparándolo con el infierno de su alma, y cayó en una profunda meditación.

—¿No vienes?—le dijo el Cura desde la puerta que daba salida al campo.

El joven paseó una mirada por el suelo, como despidiéndose de aquella paz, ó eligiendo sitio para gozar de ella, y salió en pos del Sacerdote.

Mucho anduvieron, rodeando en torno de la Ciudad, en busca del portillo más cercano á la casa del Cura, sin que todo este tiempo volvieran á hablar palabra. Pero, al ir á penetrar ya en poblado, por un callejón que formaban las ruinosas tapias de dos huertos, acertó el paso Don Trinidad, para que se le incorporase el joven, y murmuró sordamente y más enojado que nunca:

—¡Lo mismo que el escándalo de esta tarde!—Me lo han contado todo! ¡Has querido matar á una pobre mujer!...

—¡Miente quien lo haya dicho!—exclamó Venegas, deteniéndose lleno de furia.

Y luego añadió, con otra clase de rabia:

—¡Ojalá me hubiera atrevido á hacerlo!

—¿Qué dices, hombre de Lucifer?

—Digo que yo no he tratado de matar á Soledad esta tarde...—Lo tenía pensado: pero no pude.... Me faltó valor...; me sobró cariño... ¡y esa es mi penal! ¡ese es mi espanto!—¡Sus lágrimas me han agujereado el corazón, como si fuera plomo derretido!...—Conozco que no

puedo con ella... Es superior á mí... ¡Está perdonada!

El Cura respiró; pero interrogó todavía!

—Pues entonces: ¿á qué ibas esta tarde á escalar su balcón?

—¡A qué! (respondió el joven con espantosa naturalidad). ¡A irme con ella!... ¡á recobrarla!... ¡á redimirla de su cautiverio!—¿No sabe usted que me quiere? ¿No sabe usted que lloraba al mirarme?

Don Trinidad se hizo á sí propio una especie de seña, como diciéndose: "Por este lado estamos bien: la vida de Soledad no corre peligro."

Y se embozó en el manteo con cierto aire de satisfacción, y exclamó en voz alta:

—¡Adelante con los faroles!—Polonia dice bien; á tí te falta un tornillo en la cabeza.

Y penetró en la Ciudad.

Manuel vaciló un punto entre seguir al Cura ó escaparse, como temiendo nuevos y más comprometidos interrogatorios; pero al fin se decidió por lo primero, y marchó en pos de él, aunque á tres ó cuatro pasos de distancia.

De este modo llegaron á la casa-curato, á cuya puerta aguardaba Polonia, llena de susto y curiosidad.

—¡Gracias á Dios! (exclamó al ver á su antigua "cria," y sin reparar en Manuel).

—¿Conque dime, niño, ¿qué hay? ¿Es verdad lo que se cuenta?

—¡Callate!... que ahí viene...—respondió el Cura.

—¿Quién?

—Míralo.

Polonia, que no había estado en la Procepción, tardó en reconocer al hijo de Don Rodrigo; pero, cuando cayó en la cuenta de que era él, avalanzóse á su cuello y le llenó el rostro de besos y lágrimas.

Manuel correspondió afectuosamente á aquellas caricias; pero no contestó casi nada á las innumerables preguntas de la buena mujer.

—Déjalo, Polonia... (dijo Don Trinidad): Nuestro ahijado no está bien de salud...—Pon luz en mi despacho, y cuida de que nadie nos interrumpa...

—Entiendo... entiendo... Quieren ustedes estar solos... (se fué rezando el ama de llaves).—¡Pues señor! ¡viene más loco que nunca!...—¡Qué lástima! ¡Un hombre tan guapo!...—Porque,

¡cuidado si está el chico que da gloria verlo!

Constituidos en el despacho Don Trinidad y el joven, principió aquel á pasearse en silencio, mientras que éste miraba con infinita melancolía los pobres enseres, para él tan conocidos, del virtuoso Párroco.

Nada faltaba ni nada nuevo había en aquella habitación: dijérase que los últimos años no habían pasado por ella. ¡Todo era igual y estaba en el mismo sitio que siempre, recordando el día tristísimo, y mucho más distante, en que entró allí por primera vez, cogido de la mano del caritativo sacerdote!...

¡Bendita igualdad la de aquel alma y bendito reposo el de aquella vida que no tenían más caudal que la virtud ni más goces que los del prójimo!—¡Envidiable suerte la de aquel hombre!

Don Trinidad, que en medio de todo era muy ladino, se puso al cabo de estos pensamientos de Manuel, y lo dejó empaparse bien en ellos, juzgando que no podrían menos de serle saludables; hasta que, transcurridos algunos minutos, le dijo aparentando indiferencia.

—¿Con que de todos modos pensabas venir por esta humilde casa?

—Sí, señor;—respondió el joven como despertando de un sueño.

—Y ¿se puede saber á qué?

—Ya se lo indiqué á usted hace poco: á entregarle unos papeles....—Y también á liquidar cuentas de cariño... A despedirme de usted y de Polonia...

—¿Despedirte?—¿Pues qué! ¿te marchas?—¿Harias perfectísimamente!

—Puede decirse que me he marchado ya.... (contestó Manuel con lúgubre acento.) Desde anoche no pertenezco al mundo. El huracán de la desventura me ha envuelto en sus alas, y, cuando salga por esas puertas, todo habrá concluido entre usted y yo....

—Comprendo.... comprendo....—murmuró Don Trinidad muy disgustado.

Y, cambiando en seguida de tono, lo cual era uno de los principales recursos de su oratoria, añadió familiarmente:

—A propósito de liquidaciones....—También yo tengo que arreglar contigo una cuentecilla, no de cariño, sino de dinero....—Se trata de algunos maravedises (cosa de veintemilreales) que me fuiste entregando cuando trabajabas en la

Sierra...—Míralos aquí... en esta alcancía, cuyo rótulo dice: "Dinero perteneciente á mi hijo adoptivo Manuel Venegas, que me lo dejó en depósito."

Y, mientras así hablaba, había sacado del cajón del bufete, y puesto sobre la mesa, una enorme hucha de barro encarnado.

Manuel apreció, en medio de su aturdimiento, todo el valor de aquel golpe, y exclamó sumamente conmovido:

—¡Ese dinero es de usted!—Yo no se lo di para que me lo guardara....

—Ya lo sé: me lo diste para que aumentase al culto del Niño Jesús y para que atendiese á tu manutención. Mas, como yo hice lo primero á mis expensas, aunque por cuenta de tu alma, y lo segundo no tenía hechura de ningún modo (pues era privarme del gusto de sostenerte de balde, á fuer de padre que sostiene á su hijo,) resulta que este dinero es tuyo, y tan tuyo, que te lo habrías llevado cuando te marchaste á América, si hubieras tenido la atención de despedirte de mí....

Manuel respondió noblemente:

—Y yo lo acepto hoy, mi querido padre, para que nunca diga usted que he querido escatimarle mi agradecimiento. En

cambio, (y pues de dinero hemos llegado á hablar, diré á usted ahora lo que pensaba decirle por medio del papel que escribí esta mañana y he reformado esta noche....—Aquí lo tiene usted.—Es, como si dijéramos, mi testamento, y en él lo instituyó á usted mi heredero fideicomisario, para que disponga libremente de mi caudal, así en provecho suyo como de los pobres, después de pagar un millón de reales á los herederos de Don Elías Pérez, y de entregar un legado de mil onzas á nuestro amigo el veterano Capitán, compañero de armas de mi buen padre.—Para todo ello, en esta cartera hallará usted letras á su favor contra las casas de banca de Málaga, en que tengo colocada mi fortuna.—También digo en mi testamento que, cuando yo muera, se entregue á usted cuanto quede en poder mío, así de dinero como de alhajas y otras cosas.—¡No dirá que soy desprecioso!....—Conque tome usted, y guarde esto, en lugar de esos benditos mil duros.

Don Trinidad lloraba en silencio desde que Manuel empezó á hablar de aquel modo; pero, cuando éste hubo termina-

do, exclamó con tanta furia como dolor:

—Está muy bien.... ¡Trae acá!..... ¡Celebro que tu cabeza se halle tan en caja!—Ya volveremos á tratar de este asunto en mejor ocasión....

Y se metió en el bolsillo el papel y la cartera que le alargaba el joven.

En seguida, tornó á sus paseos, limpiándose los ojos con el revés de la mano y tratando de recobrar la serenidad.

De pronto, se paró en medio del despacho, y dijo:

—Supongo que tú no eres de los que hacen la herejía de matarse....

—Supone usted bien.... (se apresuró á contestar el hijo de Don Rodrigo.)— ¡Nunca se me ha ocurrido semejante idea!

—¡Ya lo creo! ¡Eres tú demasiado hombre para hacer una cosa que va contra la naturaleza y contra Dios!—Ningún ser criado se suicida, fuera de algunas tristes excepciones de la especie humana, faltas de valor para sufrir y de religión para esperar....—Cuando el hombre no es la mejor de las criaturas, es la peor.—¡No hay término medio!

Dichas estas palabras, Don Trinidad

continuó paseándose, no sin hacerse otra seña á sí mismo, cual si se dijera: "Seguimos ganando terreno: tampoco hay nada que temer por este lado."

Reinó un minuto de insostenible silencio.

—Conque á despedirte... ¿eh? (rezó al fin el Cura, dando vueltas por la habitación y mirando al suelo.) ¡Y, sin embargo, no te marchas, ni te suicidas!.... Pues señor: ¡hay que desencantar este asunto!

Y plantóse delante de Manuel, con la cabeza caída sobre un hombro, los brazos á la espalda y el abdomen en completa exhibición; miróle de hito en hito con sus ojos de santón marroquí, llenos al par de valentía, de fanatismo y de paternal afecto, y, cimentando la pregunta, por vía de exordio en una barrigada cariñosa, que obligó al joven á dar un paso atrás, díjole nobilísimamente:

—Vamos claros, Manolo: ¿qué piensas hacer?—Aquí estamos dos hombres honrados y de vergüenza....—¿Dime la verdad, como siempre!

—Déjeme usted, señor Cura... (exclamó el pobre Venegas con verdadero espanto, y muy arrepentido de haber en-

trado allí.) ¡Yo no puedo responder á eso!....—Permítame que me vaya.... Tengo fiebre, necesito reposo....

—¡Malo! (replicó Don Trinidad muy ofendido.) Tú no me quieres.... ¡Tú me desprecias!—A tí se te ha olvidado la noche en que fui á sacarte de la alcoba en que murió tu padre.... Tú no te acuerdas tampoco de tu padre, de aquel hijodalgo, de aquel espejo de caballeros, incapaz de pensar en cosas que no pudiera decir....

—¡Que no lo quiero á usted! (prorrumpió el joven, herido también en su dignidad.) Pues ¿por qué estoy aquí, cuando el infierno me está llamando?—¿Que no me acuerdo de mi padre!....—¡Ojalá fuera cierto!—Pero yo soy como soy.... ¡Déjeme usted seguir mi aciaga estrella!

—¡Vamos á ver!.... Y ¿cómo eres? (¡Las cosas hay que decir las con sus nombres!) ¿Eres un criminal? ¿Eres un asesino? ¡Tú, el hijo de Don Rodrigo Venegas! ¡Tú, el ahijado de Don Trinidad Muley!—Respóndeme, hombre.... ¡Ten valor para decírmelo!

Manuel miró asombrado á Don Trinidad.

—¡No me respondes! (prosiguió éste.)

¡Luego no estás contento con tus planes! ¡Luego te condenas á tí mismo! ¡Luego te abrazas al mal á sabiendas!.....

—Y ¿qué es el “mal?” ¿Qué quiere decir “malo?” ¿Qué quiere decir “bueno?” (gritó Manuel bruscamente.) ¡Hace tiempo que me lo preguntó!....

—¡Hola! (exclamó D. Trinidad con mucha gracia). ¡Tú también te metes en esas honduras!—Pues yo te contestaré.

Y, cual si para hacerlo hubiese tenido que penetrar en lo más sagrado del virtuoso corazón que le servía de Biblia, inclinó la frente y cruzó las manos con no sé qué seráfica reverencia, hasta que al fin destilaron sus labios estos dulcísimos conceptos:

—“Malo”.... es todo lo que se hace sin alegría en el fondo del alma. “Malo”.... es querer gozar ó lucrarse á costa de la dicha ajena. “Malo”.... es temerle al dolor hasta el punto de causárselo al prójimo. “Malo”..... es amarse uno á sí mismo más que á los que lloran demandando piedad. “Malo”..... es preferir vengarse á complacer á un sacerdote. “Malo”.... es lo que tú haces conmigo en este instante!—Y “bueno”.... es... lo bueno! La misma

palabra lo dice.—“Bueno”.... es, por ejemplo, padecer con gusto, para que los demás no padezcan; llorar de alegría, cuando se ha quitado uno el pan de la boca para dárselo á otro; sacrificarse generosamente; perdonar... vencerse, huir, morir para que otros vivan...—En fin, yo me entiendo, y tú me entiendes.— ¡Sobre todo, Manuel, lo que es muy “malo,” lo que es detestable, es bajar los ojos, como tú los bajas, huyendo avergonzado de tu propia presencia, que se asoma á ellos á darme la razón!....— ¡Y, si no, mírame cara á cara, con tu antigua valentía de león inocente y noble, no con la torva ferocidad de tigre carnice-ro... á ver si tienes entrañas para decirme que hay algo en el mundo que tú me puedas negar, empezando por la vida; á mí, que te quiero como un padre; á mí, que te daría mi sangre entera, si la necesitas; á mí, que te pido perdón con estas lágrimas; perdón para otros hijos míos, perdón para tus prójimos, perdón en nombre de Jesús Crucificado!

—¡Señor Cura! (respondió Manuel con varonil emoción). Mi vida es de usted.— Yo se la doy con gusto...—Pero máteme ahora mismo.

—Es que yo no te pido la vida... Yo te pido más y menos: yo te pido el sacrificio de tu amor propio, el sacrificio de tu terquedad y de tu soberbia... En una palabra yo no quiero tu sangre: yo quiero que mates en ella tu amor á Soledad y tu ira contra Antonio Arregui...

—¡Y que viva después!—¡Imposible!—Piénselo usted bien, señor Cura, y verá cómo eso es imposible.

—¿Imposible sacrificarse y vivir?—  
 ¿Qué sabes tú! (replicó Don Trinidad con una sonrisa verdaderamente santa).—  
 ¿Entonces es cuando se vive!—Ni ¿dónde estaría el sacrificio, si no se siguiera viviendo?—¿Creeme, hijo mío: es una gran vida la del que ha padecido y padece en provecho de otros! ¿Dios centuplica este provecho y lo derrama como un bálsamo celestial sobre el corazón del sacrificado!—¿Te sonríes con tristeza! ¿Crees que te hablo de memoria? ¿Crees que yo no soy hombre? Crees que soy de cal y canto? ¿Crees que no he batallado con mis pasiones?—Pues escucha.—Tenía yo veintidós años... Había en el mundo una mujer á quien amaba tanto como tú á Soledad, y que me pagaba con igual cariño... Pensábamos casarnos, y mis

padres entraban gustosos en ello.—Pero mi padre murió de pronto, llevándome la llave de la despensa, y mi pobre madre enfermó de tanto trabajar por sacarnos adelante...—De ocho hermanos que nos juntábamos, yo era el mayor..... Luego seguían cuatro hermanas... Luego tres hermanos pequeños...—Aunque yo trabajaba de día y de noche en una alfarería, en mi casa llegó á faltar el pan; pues mis fuerzas no daban abasto para todos...—“¡Para todos!” (repara bien en esto); que lo que es para mí, y para poder casarme, ganaba ya lo suficiente hacía tiempo!—El Prelado de entonces se compadeció de nuestros apuros, y, vista mi devoción á la Santísima Virgen, ofreció darme un buen curato, si me ordenaba, y desde luego una buena cóngrua.—Mi madre, que veía perecer á sus hijos, pero que conocía también el estado de mi corazón, lloraba al proponerme aquella idea...—Y ¿qué dirás que le respondí?—¿Pues respondí “Amén,” abrazándola y consolándola, cuando yo era quien necesitaba consuelo!...—Y renuncié á mi Soledad, que era tan hermosa como la tuya... Y me despedí de ella para siempre... llorando los días; pero los

dos muy contentos en medio de todo, porque no teníamos nada de qué avergonzarnos y sí mucho de qué enorgullecernos... Y canté misa.... ¡Y Dios me ayudó! ¡Y aquí me tienes!—¿Crees que no he padecido después? ¿Crees que no me costó trabajo al principio volver la cara al otro lado cuando me encontraba á mi antigua novia? ¿Crees que no he llorado lágrimas de sangre?—Pero, ¡cuán dichoso en mi dolor!—Mi madre murió bendiciéndome, al ver á todos sus hijos en la abundancia, gracias á mi protección y ayuda. Mis hermanas se casaron ventajosamente. Mi hermano Andrés es Sacristán de San Gil. A Francisco lo libré de quintas, y hoy es maestro de escuela. Tomás tiene ya una galera y dos carros, y se está haciendo rico traficando con los pueblos de Levante.—Mi misma novia se casó y ha tenido hijos... ¡Y yo, Manuel, yo, el que soñaba con tenerlos también, el antiguo enamorado, el que nació para mandar un Regimiento y para todo lo que hacen los hombres, he vivido vistiéndome por la cabeza como las mujeres, he tragado saliva, he castigado mi carne como á una bestia mala y rebelde, y aquí me tienes, digo, lleno de orgu-

llo y de alegría más feliz que todos mis hermanos, más gozoso que si hubiera hecho mi gusto casándome con aquella mujer, más feliz que todos los Reyes y Emperadores de la tierra, al poderte decir, en presencia de Dios, que he triunfado de mí mismo; que no recuerdo ni un pensamiento mundano de que abocharnarme; que he cumplido todos mis votos; que pueden enterrarme con palma como á las monjas!—¿Me repetirás todavía que no es posible sacrificarse y vivir?

Manuel miró profundamente á aquella especie de coloso africano que tales cosas decía á los cuarenta y ocho años de edad, y no pudo menos de tributarle el homenaje de su admiración.

—No soy yo tan grande... (repuso luego), ó mi cariño á Soledad es mayor que el que tuvo usted á aquella mujer.—¡Yo no puedo vencerlo!... Yo conozco que no lo venceré nunca.

—Porque no quieres....

—¡Sí quiero! Es decir, quiero querer...

—Pero no puedo.

—¡Sí puedes! Aunque rarísimas circunstancias han hecho de tí una especie de fiera, tu corazón es de hombre, y el corazón del hombre, cuando sigue el ejem-

plo de Cristo, tiene más bríos que todos los leones y elefantes del universo.—El valor de disminuirse, de vencerse, de renunciar así mismos es el verdadero valor.—Y tú no debes de carecer de él.... En medio de todo, tú eres bueno; tú lo eras cuando muchacho; tú te pareces mucho á tu padre... á tu padre, que murió voluntariamente por su honra!

—¡Por mi honra quiero morir yo! (replicó Manuel con viveza). Hace ocho años contraje un compromiso de honor delante de todo el pueblo: hace ocho años juré matar al que se casase con mi adorada.... Ha habido quien se atreva á recoger un guante; la ciudad entera tiene los ojos fijos en mí... ¿Qué puedo hacer? ¿qué debo hacer para no quedar en ridículo, para que no se rían de mí todos los que siempre han temblado en mi presencia?

—¡Es muy sencillo!—Arrepentirte del mal propósito: renegar de tu juramento.

—¡Yo te relevo de él!

—No me basta.

—Soy Sacerdote....

—¡No me basta! Lo engañaría á usted si le dijese lo contrario.—Yo necesito ir mañana á la Rifa, á sostener mi empla-

zamiento. Si Soledad y su marido no están allí; si no acuden á la cita pública que les haré oportunamente, ofreceré oro, mucho oro, todo el oro que he traído conmigo, por bailar con la señora de Arregui.—La Cofradía no podrá entonces menos de ir á buscarla...—Si la lleva sola, no se la devolveré á su marido: si su marido va con ella, lo mataré; y, si no se presenta ninguno, iré á buscarlos á su casa!

—¡Jesús! ¡qué horror! (exclamó Don Trinidad).—¿Y Dios? ¿y las leyes? ¿y la Justicia? ¿Crees tú que no hay autoridades en este pueblo? ¿Crees que sigues entre salvajes?

—La Justicia llega siempre después. ¡Ese es cuidado mío! Yo haré que cuando acuda, esté ya bien muerto Antonio Arregui.—En cuanto á las leyes, Soledad puede infringirlas como tantas otras mujeres enamoradas, yéndose conmigo al fin del mundo.—Y por lo que toca á Dios, en su mano tiene el matarme ahora mismo.... ¡En su mano tuvo no hacerme tan desventurado!

—¡Es abominable todo lo que piensas; todo lo que dices!... (replicó Don Trinidad con imponente acento). ¡Me horro-

rizo de haberte criado! ¡Con que nada soy para tí! ¡Conque desprecias mis lágrimas!—¿Quieres, tal vez, que me ponga de rodillas?

—No, señor Cura.—Lo que quiero es que usted, tomándose como quien soy, y no pidiéndome milagros de santidad, me diga qué puedo hacer en el estado en que se halla mi corazón y después de las palabras empeñadas...—¿Quiere vd. que me mate? ¿Quiere usted que me vuelva loco?

—¡Loco estás ya! (repuso el Cura). Si no lo estuvieses, comprenderías que lo que debes de hacer es írte del pueblo...

—¿A dónde? ¿A qué?—preguntó el joven con infinita angustia.

—¿A dónde? ¿A donde has estado ocho años!—¿A qué?—¿A servir á Dios y no al demonio! ¿A ser hombre de bien, á ayudar á tus semejantes, á convertir en flores todas las espinas que atraviesan tu corazón!

—¿Usted es el que sueña, Don Trinidad! ¿Me dice usted que ha amado, y luego me propone eso!—¿Usted no ha amado nunca, ni sabe lo que es amor!—¿A dónde iría yo con la sombra de mi sér, dejándome aquí el alma de mi al-

ma? ¿Para qué viviría? ¿Ocho años me he mantenido de la esperanza de encontrar á Soledad! ¿De qué me mantendría ahora?—¿Acaba usted de hablarme de Dios!... Pues oiga usted una sentencia dictada por Dios el día que me echó al mundo: "Para Manuel Venegas no habrá más mujer, ni más dicha, ni más cielo que Soledad"...—Yo he dado por dos veces la vuelta á la Tierra: he visto mujeres, muchas mujeres, algunas tenidas por divinidades, en Circasia, en Grecia, en Cuba, en el Perú...—Para mí no eran ni divinidades ni mujeres: no eran nada: eran á lo sumo la ausencia de Soledad, ¡cosa para mí tristísima y abominable!—Así es que apartaba los ojos de ellas y seguían mi peregrinación.—Es decir, padre Cura, que yo he ido más allá que vd.—Yo, ni antes de consagrar mi alma á Soledad (y se la consagré á los trece años), ni después de aquel día, ni en esta Ciudad, ni en la ausencia, le he faltado ni con el pensamiento...—También he sido yo fiel á mi "religión"! ¿También he sabido cumplir mis votos!

—¿Y la pícara te ha pagado bien!—profririó el clérigo, tocando otro registro, para ver de desengañar á aquel idólatra.

Este se llevó una mano al corazón, como si acabase de recibir en él una puñalada; pero luego se repuso, y exclamó valerosamente, mirando á su segundo padre con la impavidez del fanatismo:

—No me ha pagado bien: ¡pero la quiero más que nunca!

D. Trinidad retrocedió Meno de asombro.—Dijérase que el último golpe con que pretendió anonadar á su antagonista, le había herido á él de rechazo, quitándole muchas ilusiones.—Manuel estaba todavía entero... ¡Aquella larga conversación había sido inútil!

Pero el esforzado Sacerdote no se abatió. Antes pareció recogerse en sí mismo, como para cambiar su plan de batalla. Derrotado en la primera línea de operaciones, conocióse que se replegaba y fortificaba en la segunda, apelando á los recursos supremos, ó sea á las fuerzas de "reserva," que oportunamente había preparado antes de salir de la capilla de Santa Luparia.—Todo esto se dedujo, por lo menos, de sus palabras y determinaciones, á partir del instante en que Manuel articuló aquella formidable respuesta.

—Pues, señor... ¡Noche toledana! (di-

jo, dándose en el cuerpo algunas palmatas, como quien se compadece así propio).—¡Polonia! ¡Polonia! traeme el manto de abrigo!—¡Vaya con el hombre! ¡Vaya un pago que me guardaba para la vejez!—¡No concederme nada! ¡Dejarme hablar y hablar, y luego negarse á todo! ¡Decirme á mí que el homicidio y el adulterio son indispensables!—¡Y para esto lo crié! ¡Para esto lo he querido tanto!

Así hablaba Don Trinidad, sin mirar á su antiguo pupilo, el cual oía aquellas palabras con más emoción y sobresaltado que todos los anteriores discursos. Conoció también que éstos, aunque tan briosamente contradichos, seguían resonando en su alma; y, por resultas de todo ello, se adelantó hacia el sacerdote y le dijo con amorosa reverencia:

—¿Qué va usted á hacer? ¿Para qué pide el manto? ¿Va usted á salir?

—¡Sí, señor!—respondió Don Trinidad muy desabridamente.

—Pero, ¿á dónde va usted?

—¿A dónde he de ir? A donde me llama mi obligación de cristiano! ¡A impedir esos delitos que, (según me anuncias), van á cometerse! ¡A no dejarte ni á sol

ni á sombra; á seguirte á todas partes; á pasar contigo el resto de mi vida, aunque me arrojes de tu lado á puntapiés, aunque me reduzcas á pasar las noches sentado á la puerta de tu casa!...—¡De este modo, tendrás que saltar sobre mi cadáver para hacer las valentías que me has dicho, y será más completa tu obra!..

Manuel retrocedió espantado.

Al mismo tiempo entró Polonia en el despácho, llevando el manteo de abrigo de Don Trinidad, y diciendo muy asustada:

—¡Va usted á la calle á estas horas?

—¡Sí, hija, sí! ¡á la calle! ¡y al infierno, si es menester!—No me esperes esta noche.

—Pero, señor Cura... ¡Eso es tirarse á matar! (exclamó la antigua nodriza).—Anoche se recogió usted á las tantas, muerto de fatiga, después de haber corrido por el campo muchas horas...

—¡Buscándole!...—entrerreglonó Don Trinidad, dando un codazo á Manuel, y sin mirarlo.

—Y esta mañana, (continuó Polonia), se levantó usted con estrellas, y desde entonces no ha parado un momento, con tantas funciones en la Parroquia, y tan-

tes jaleos como ha habido en la calle... por culpa de quien yo me sé...

—¡Qué quieres, hija! (pronunció el Cura, haciéndose el chiquito): ¡No hay más remedio que arrimar el hombro hasta que le toque á uno reventar y caer!... —Acuéstate tú, y descansa, que también has trabajado hoy mucho...—¡Pobrecita vieja! ¡Cuánto siento proporcionarte estos sinsabores!—Conque vamos, señor Don Manuel... ¡Usted dirá á dónde nos dirigimos primero: si á buscar á un hombre de bien para matarlo, ó á enamorar á una madre de familias!...

Manuel seguía en un ángulo de la habitación, vuelto de espaldas á Don Trinidad, fijos los ojos en el suelo, y estremeándose á cada recriminación que se desprendía contra él de aquellos discursos. Sobre todo, las últimas frases del Sacerdote, tan sarcásticas y sangrientas, le arrancaron una especie de gemido, cual si le hubiesen llegado al alma.

Polonia replicaba entretanto:

—¡Pero no se marchará usted sin cenar! Son las diez de la noche, y desde la una de la tarde está usted con el triste puchero, que apenas probó...

—Es muy verdad... Pero, ¿qué quieres? Las cosas vienen así...

—¡Acuérdese usted de que tiene dos perdices estofadas... que tanto le gustan!

—¡Ya las huelo... y, en medio de estos sinisabores, estaba soñando con ellas!...

—¡Perdóneme Dios; pero es mi único vicio: cenar bien los días clásicos!—Sin embargo, quiero demostrar con un ejemplo á este cobarde, que el hombre es dueño de sus pasiones, de sus apetitos, de su voluntad...—Dile á la criada que lleve ahora mismo ese par de perdices, y mi pan, y mi almibar de cabello de ángel; en fin, todo lo que ibas á darme de cenar esta noche, á la pobre tunda del albañil que se mató el otro día...—¡Así celebrará con sus hijos la fiesta del Niño Jesús, mientras que á mí me servirá de alimento el pensar en la alegría de esas infelices criaturas!

—Pero, niño... (observó el ama de llaves á media voz). ¡Repára en que te vas á caer muerto!—Lo de regalar las perdices está muy bien, y Dios te bendiga por esa idea... Pero toma otra cosa....

—¡Nada! ¡No como! ¡Ya está hecho el sacrificio! ¡Veré esta noche la Procesión

de las Animas... y Dios querrá premiar me, abriéndole el sentido á ese alma de cántaro!....

—¡Esto es demasiado! (gritó Manuel, extendiendo los brazos con desesperación y acercándose á Don Trinidad). ¡Usted se ha propuesto matarme, señor Cura! ¡Usted no tiene lástima de mí!...

—¡Pues entonces no sé quién la tiene!... (respondió fríamente el Sacerdote). ¿Será acaso el público, que piensa divertirse á tu costa, como si fuese al teatro á ver una tragedia?

—Lo que digo... (insistió el joven con ternura), es que cene usted y se acueste....

—En tu mano está el que lo haga...— ¡Quédate á cenar y á dormir conmigo!— Si no perdices, (porque ya no son nuestras), tomaríamos huevos frescos y jamón crudo; y, en cuanto á cama, por ahí debe de andar tu antiguo catre....

—¡Su cuarto está como lo dejé!...— añadió Polonia con indecible alegría.

—Señor Cura: yo tengo que irme á mi casa...—balbuceó Manuel implacablemente.

—¡Y yo contigo! (repuso Don Trinidad, fingiendo buen humor).—Tú mismo te lo

dices todo!...—Conque vamos andando...

—Adiós, Polonia, ¡hasta que Dios quiera!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de mí. Y gimió el pobre Venegas, resolviéndose á echar á andar. ¡Yo no contaba con este hombre!

—Espera un poco... (exclamó Don Trinidad, obstruyendo con su cuerpo la puerta del despacho). Tengo que dar algunos encargos á Polonia.

Manuel se dejó caer en una silla.

Don Trinidad salió con su ama al corredor, y le dijo rápidamente:

—Hay que buscar ahora mismo á la señora María Josefa, en su casa ó en la de su hija...

—¡Ahí la tienes esperándote hace media hora!...—respondió el ama.

—¡Ah! ¡el cielo me la envía!—Voy á hablarle.... Quédate tú aquí de centinela; y, si ves que mi prisionero piensa escapar, avísame...—¡Pero no le digas ni una palabra!

Pocos minutos después, el Cura había terminado su conferencia con la madre de Soledad, y estaba de vuelta en la puerta del despacho, diciendo al abatido joven:

—Cuando quieras, podemos irnos...—Estoy á tu disposición.

—¡Quédese usted, Don Trinidad!...—expuso Manuel, levantándose y en ademán de súplica.

—No hay Don Trinidad que valga...—Adonde tú vayas, voy: si á tu casa, á tu casa... (que es lo mejor que podemos hacer): y, si á correría, á correría!—¡Ah! se me olvidaba la alcanefa...

Así dijo el denodado Cura, y, cogiendo los antiguos ahorros del joven, salió resueltamente al corredor, y comenzó á bajar la escalera, no sin exclamar con grandes voces:

—Vamos... ven... y dame el brazo; que estoy rendido de fatiga...

Manuel inclinó la frente y salió en pos de Don Trinidad, el cual no tardó en aferrarse á su brazo derecho con tal fuerza, que hubiera sido muy difícil determinar quién era el robusto y quién el débil; quién el aprehensor y quién el aprehendido.

Por último, ya desde la puerta de la calle, Don Trinidad retrocedió hasta el ojo de patio, llevando y trayendo á Manuel como á un hombre ebrio, y gritó fortísimamente:

—¡Cuidado, Polonia! ¡Que no tardes en enviar las perdices á quien hemos dicho!.....

Añadiendo luego en voz baja:

—Y ¡qué buenas deben de estar las pújaras!—¡Esta Polonia guisa como un ángel.

## IV.

## LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS.

Poquísimas personas encontraron en las calles Don Trinidad y Manuel al trasladarse de una casa á otra, y todas ellas se arrimaron á las paredes, con no menos susto que respeto, para dejar pasar á aquellos dos maravillosos personajes de que tanto se estaba hablando en toda la Ciudad.

No sucedió, empero, lo mismo, cuando, llegados á la Plaza Mayor, tuvieron que cruzar por delante de la célebre botica...

Hallábase ésta á medio cerrar, y en la media puerta que aún dejaba paso á la luz de adentro, veíase á "Vitriolo," que despedía á sus últimos tertulios, dando-

les tal vez instrucciones para el día siguiente.

Tan luego como divisaron y reconciliaron á la claridad de la luna el interesante grupo que formaban el Cura y Manuel, comenzaron á reír y murmurar en voz baja, y aun los más jóvenes se atrevieron á seguirlos y á pasar casi rozando con ellos, á ver si les cogían alguna frase.

Quedó, sin embargo, defraudada su curiosidad; pues el párroco y su antiguo huésped no hablaron ni una palabra,—como tampoco la habían hablado en todo el camino;—y de este modo penetraron al fin en la antigua "casa del Chantre."

Profusamente alumbrada la tenía también esta noche la etiquetera Basilia, así como abierta de par en par y con toda la servidumbre en ejercicio, á fin de recibir "al señor" con los honores debidos á sus grandes riquezas y á la sangre real mahometana de que procedía.

El arriero malagueño, (alojado allí con sus tres mulas, y resuelto á no marcharse de la Ciudad hasta después de la Rifa que tanto le elogiara el mismo Venegas la tarde anterior), hallábase en el

—¡Cuidado, Polonia! ¡Que no tardes en enviar las perdices á quien hemos dicho!.....

Añadiendo luego en voz baja:

—Y ¡qué buenas deben de estar las picastras!—¡Esta Polonia guisa como un ángel.

## IV.

## LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS.

Poquísimas personas encontraron en las calles Don Trinidad y Manuel al trasladarse de una casa á otra, y todas ellas se arrimaron á las paredes, con no menos susto que respeto, para dejar pasar á aquellos dos maravillosos personajes de que tanto se estaba hablando en toda la Ciudad.

No sucedió, empero, lo mismo, cuando, llegados á la Plaza Mayor, tuvieron que cruzar por delante de la célebre botica...

Hallábase ésta á medio cerrar, y en la media puerta que aún dejaba paso á la luz de adentro, veíase á "Vitriolo," que despedía á sus últimos tertulios, dando-

les tal vez instrucciones para el día siguiente.

Tan luego como divisaron y reconciliaron á la claridad de la luna el interesante grupo que formaban el Cura y Manuel, comenzaron á reír y murmurar en voz baja, y aun los más jóvenes se atrevieron á seguirlos y á pasar casi rozando con ellos, á ver si les cogían alguna frase.

Quedó, sin embargo, defraudada su curiosidad; pues el párroco y su antiguo huésped no hablaron ni una palabra,—como tampoco la habían hablado en todo el camino;—y de este modo penetraron al fin en la antigua "casa del Chantre."

Profusamente alumbrada la tenía también esta noche la etiquetera Basilia, así como abierta de par en par y con toda la servidumbre en ejercicio, á fin de recibir "al señor" con los honores debidos á sus grandes riquezas y á la sangre real mahometana de que procedía.

El arriero malagueño, (alojado allí con sus tres mulas, y resuelto á no marcharse de la Ciudad hasta después de la Rifa que tanto le elogiara el mismo Venegas la tarde anterior), hallábase en el

patio, haciendo de portero, y saludó con una profunda reverencia al extraordinario personaje con quien había andado tres largas jornadas sin imaginar que llevaba consigo el terror y asombro de las gentes.

Al pié de la escalera estaba la pérfida "Volanta," que no sólo era amiga de "Vitriolo" y paniaguada de Soledad y de la señá María Josefa, sino también dueña familiar de Polonia y Basilia; lo cual quiere decir que discurría libremente y con salvo conducto por todos los campamentos, como los traidores y los espías.—Don Trinidad, hombre de clarísimo instinto, la miró con enojo; pero ella le besó la mano, y corrió á ocultarse en las tinieblas, como una garduña en su escondrijo.

Por último: en la primera meseta estaba la ceremoniosa ama de llaves, quien, después de hacer al hijo de Don Rodrigo los tres saludos de ordenanza, á estilo del reinado de Don Carlos III, en que empezó á servir, dijo respetuosamente:

—Permítame el señor darle la enhorabuena...—;En la sala tiene una gran visita aguardándole!

—¿Qué dice esta mujer? (preguntó agriamente el joven á Don Trinidad). Yo no quiero visitas... á no ser la de Don Antonio Arregui ó la de sus padrinos.

—¡Sube! ¡sube! (contestó Don Trinidad, sonriéndose). No negaré que el que está en la sala, ha venido como padrina; pero es como padrino tuyo!...—¡Ya verás, hombre; ya verás!

Manuel no pudo menos de apresurar el paso al oír aquellas misteriosas expresiones, con lo que muy luego penetró en la sala, seguido á duras penas por Don Trinidad Muley.

Un grito de asombro, de dolor y de cólera salió del pecho del infortunado joven, al ver quién era la anunciada "visita"... Y un profundo sollozo de pavor y desesperación lanzó el alma del digno Sacerdote, al observar la actitud airada, irreverente, impía de su antiguo ahijado en caso tan excepcional y solemne.....

¡Porque la visita era el Niño Jesús ó Niño de la Bola de la Iglesia de Santa María, al mismo que el joven adorara tantos años, el mismo que aquella tarde había salido en Procesión.

¡Allí estaba, en sus andas de plata y oro, sobre un altar improvisado en el

testero principal del aposento, vestido de riquísimo tisú, alumbrado por muchas velas, y guarnecido de hermosos ramos de flores naturales!—Servíale de dosel el estandarte de la Hermandad, colgado del techo, y, por último, en medio de la sala, sobre un velador, velase en una bandeja un papel arrollado á modo de diploma, atado con cintas de colores.

—¿Qué es esto?—¿Quién ha preparado tan irrisoria escena? (preguntó al fin Manuel, encarándose con Don Trinidad).—¿Se cree que todavía soy un niño? ¿Se cree que todavía soy un imbécil?

El dignísimo padre de almas estaba desolado. Halló, sin embargo, fuerza bastante para dominar su congoja, y, después de cerrar la puerta de la sala, dijo al blasfemo con austera frialdad de un juez:

—Esto no tiene nada de nuevo ni de extraordinario: esto significa que la *Cofradía del Niño Jesús*, de que eres individuo, te ha nombrado su *Mayordomo* para el año que viene, y que, siguiendo la antigua costumbre, que tú conoces mejor que nadie, te envía la *Santa Efigie*, á fin de que more un día en tu casa y le regales lo que sea tu voluntad, á título de

Hermano Mayor; regalo que lucirá mañana á la tarde en el *Balle de Rifa*.—Pero, aun suponiendo que nada de esto fuera así, ¿cómo no te engrías de ver en tu casa al Niño Jesús, al Hijo de Dios vivo? ¿Cómo no doblas la rodilla y le das las gracias por la altísima honra que te dispensa? ¿Acaso no eres tú su adorador más fervoroso, su más humilde siervo, su devot más entusiasta?

—No, señor,—respondió Manuel lúgubremente.

—¡Ah infame!—¡Y me lo dices á mí! (prorrumpió Don Trinidad con una furia tan grande como su pena). ¡Y me lo dices delante de El!

Manuel se cruzó de brazos y no contestó.

—¿Conque es eso lo que has aprendido en tus viajes! (prosiguió el Sacerdote, poniéndole las manos sobre los hombros). ¡Conque es eso lo que has adelantado al adquirir tantas riquezas!—¡Y querías dejármelas á mí! ¡Y querías que yo las repartiera entre los pobres!... ¡Ni los pobres ni yo queremos nada de un judío!

—Señor Cura... (baluceó Manuel.)

Baje usted la voz....—Yo no soy judío, moro ni cristiano.

—Pues ¿qué eres, hombre inicuo?

—Yo no soy nada.....—repuso el joven, cerrando los ojos y encogiendo los hombros como quien declara un delito de que no se cree responsable.

—¡Jesús! Jesús!— grito el Cura con indecible espanto.

Y, alejándose del que tal ofensa le había hecho, sentóse de medio lado en una silla, dándole la espalda, y comenzó á oír desconsoladamente.

Manuel añadió con grave acento:

—No he debido ocultarle á usted la verdad. Por eso acaba de oirme decir lo que hasta ahora no había dicho á nadie.—Yo no hago ostentaciones de esta desgracia mía, que debo á crueles enseñanzas del mundo, á lo que he visto en pueblos de diferentes religiones, á lo que he leído en obras que no debieron escribirse....—Respeto mucho, sin embargo, las creencias de los demás, y usted comprende que hubiera sido escarneérlas aceptar hipócritamente el cargo de Mayordomo de esta imagen, cuando mi corazón no le rinde ya más culto que el que solemos tributar á los muertos queridos.

—Y yo he criado á este hombre! (gimió Don Trinidad con mayor desconsuelo;) ¡Yo lo he llamado mi hijo! ¡Yo lo quería con toda mi alma!—¡Ahora me explico que esta noche haya despreciado todos mis consejos! ¡Ahora conozco que no hay remedio para él! ¿Quién gobierna un barco sin timón? ¿Quién dirige un caballo sin bridas?—¡Estoy vencido! ¡Su perdición es segura! ¡Ya vivirá á merced del viento de sus pasiones! “¡Ya será del último que llegue!” ¡Satanás ha triunfado!—¡Niño Jesús! Oye la súplica de este tu humilde siervo: ¡yo quiero morir! ¡yo no quiero vivir más en un mundo tan execrable! ¡mátame por favor! ¡lévame contigo! ¡tu Madre Santísima cuidará de Polonia, como Polonia ha cuidado de mí durante cuarenta y ocho años!—¡Qué diferencia entre unos seres y otros!.... Ella me crió de limosna, al ver que mi pobre madre estaba enferma y no podía costearme ama.... Ella me dió luego pan, cuando en mi casa no había bastante para todos.... Ella me colocó de aprendiz en la afaería.... Ella me ha asistido de balde, por caridad, desde que mi madre murió y me quedé solo.... Ella, en su-

ma, ha sido para mí lo que yo para este desalmado!...—¡Niño Jesús! ¡Virgen Purísima! ¡Disponed como queráis de dos pobres viejos, que nunca han renegado de vosotros; y, si algo bueno hemos hecho en este mundo, sirva de merecimiento para que toquéis al corazón infortunado de Manuel Venegas!

A fuer de historiadores veraces, debemos decir que esta humilde y mal perjeñada deprecación conmovió al joven descreído, no porque le dijese nada extraordinario, sino porque las piadosas lágrimas de los buenos tienen más fuerza que todos los raciocinios de la filosofía, máxime si caen en un corazón sensible y generoso.—Si Don Trinidad hubiese empleado argumentos teológicos, Manuel habría podido contestarle con argumentos racionalistas, como diariamente vemos en el mundo; pero contra el panegírico de Polonia, vg. no cabía ninguna objeción.

Así fué que Manuel se acercó á su padrino y le dijo, quitándole las manos de la cara y limpiándole los ojos con el pañuelo:

—¡Vaya, señor Cura! ¡no llore usted más, que sus lágrimas me están asesi-

nando! ¡Considere usted que llevo muchas horas de defenderme de su cariño, de su irresistible bondad, de la dulce miel de su palabra, y que fuera demasiado abusar del amor y del respeto que le tengo, seguir acometiéndome de ese modo!

Don Trinidad se apoderó de la mano con que el joven le enjugaba las lágrimas, y, contemplándolo, entre lloroso y risueño, como un niño mimado, exclamó zalameramente:

—Pero ¡hombre! Míralo siquiera..... ¡No lo desaires hasta el punto de volverle la espalda!.... ¡Piensa que es mi Dios, el Dios de tus padres, el Dios de tu patria, que ha venido á hacerte una visita! ¡Piensa que estará muy afligido de tus desprecios!...

Manuel, en quien, por lo visto, la superstición había sobrevivido á la fe (suponiendo que verdadera fe hubiese tenido nunca), intentó volver la cabeza hacia el Niño Jesús, y no se atrevió á ello. Antes dió un retemblido de pavor y bajó los ojos al suelo....

Pero estaba escrito que aquel día ocurriesen singularísimas coincidencias.....

—Decímoslo, porque Manuel y el Cura oyeron en tal instante, dentro de aquella misma habitación, los tiernos sollozos de un niño.....

Manuel miró aterrado á Don Trinidad creyendo que quien lloraba era el Niño Jesús.....

Don Trinidad sonrió tristemente, y señaló con el dedo la puerta de la sala, que acababa de abrirse, y en la cual estaba parada la seña María Josefa, con un hermoso niño en los brazos, y sin atreverse á pasar adelante....

—No sueñes con "milagros," ni verdaderos ni fingidos..... (dijo al mismo tiempo el Cura á Manuel.) Aquí no hay más "milagro" que el que tu buen corazón haga....—;Tienes en tu presencia al hijo de Soledad, que viene á pedirte perdón para sus padres!

—;Su hijo! (rugió Manuel, huyendo al fondo de la vasta sala.) ;Esto más! ;Ah, verdugos! ;Os habéis propuesto matarme! ;Os habéis propuesto volverme loco!

Y, hablando así, golpeaba la pared con los puños cerrados, como si quisiera hundirla y escapar de aquella gran emboscada en que habfa caído su corazón.

—;Manuel, repórtate! (dijo Don Trini-

dad, acercándosele dulcemente.) Yo no soy tu verdugo..... Tú eres el mío y el de esa pobre familia que te pide misericordia!....

—;Que se lleven á ese vil enjendro de la traición y la mentira!—gritó el insensato, sin volverse, ni apartarse de la pared.

El niño tornó á llorar.

—;Grande hazaña! (exclamó Don Trinidad Muley.) ;Injuriar á un pobre niño!..... ;Asustarlo!.... ;Despedirlo!

—;No quiero verlo (bramó el joven.)—;Si lo viera, lo mataría!

—Poco te falta para matarlo!.... Ya le has hecho ponerse enfermo! (dijo tristemente la abuela.) Su madre le ha dado á mamar veneno desde que supo que venías; y esta noche me lo llevo á mi casa, dolorido y hambriento, como si él tuviera la culpa de que tú no fueras dichoso!.....

—Pero ¿por qué no viene su padre en lugar de él? (replicó Venegas con desesperación.) ;Por qué no viene el cobarde que me burló la dicha? ;Por qué huye? ;Por qué se esconde?

Don Trinidad hizo una seña á la seña María para que callara, y apresuróse á

responder por sí mismo en estos términos

—Supongamos que ese hombre de bien te teme... ¿No le sobra razón para ello? ¿Ha de ser todo el mundo tan sanguinario como tú? ¿No hay más que matarse con el primer desesperado que nos provoca?—Porque, Manuel... (¡Vamos claros!) ¿qué derecho tienes tú sobre Soledad? ¿Qué palabra te empuñó nunca? ¿Qué puedes esperar hoy de ella? ¿La crees tan indigna que por tí se deshonre y deshonoré a su marido?

—¡Soledad es mía! ¡Soledad me ama!—exclamó Venegas fanáticamente, volviéndose hacia sus interlocutores en ademán de desafío.

—Contéstele usted, señora...—dijo Don Trinidad á la señá María Josefa.

—Manuel... (pronunció la madre, ocultando á su nieto mientras hablaba.) Mi hija te ha querido..... Pero es una mujer de bien; y, habiéndose casado con otro hombre, nada puedes ni debes esperar de ella.....

—¡Mentira! ¡Soledad no está casada! (gritó Manuel con desesperación.)—¡Su casamiento es nulo! ¡Soledad no ha dejado nunca de quererme! ¡Yo la conoz-

co desde que era niña! ¡Yo sé lo que me decían esta tarde sus divinas lágrimas!

—Te equivocas, Manuel... (prosiguió la madre.) Soledad es incapaz de faltar á sus deberes de esposa....—Tu presencia en este pueblo sólo puede dar lugar á desventuras para todos, y de manera alguna á felicidades para tí ni para ella...

—El único bien que puedes hacer á mi hija (y que le harás, supuesto que tanto la quieres), es ausentarse, dejarla en paz, no ser la perdición de su casa.... ¡Y eso venimos á pedirte este angelito y yo! ¡eso te suplicamos rendidamente!

—¡Que venga á decírmelo ella! (replicó Manuel con indescriptible amargura.)—¡Verán ustedes cómo no se atreve á pedirme que me vaya!—¡Yo la conozco! ¡Su corazón es mío!.... ¡nada más que mío! ¡mío desde la edad de ocho años!

—¡Esas son locuras, Manuel! (replicó la señá María.) ¿Cómo ha de venir á verte una mujer casada?—Pero ¡harto claro te decía esta tarde con lágrimas su óseco de que te marches, de que la perdones, de que nos perdones á todos!....

—Soledad no lloraba por lo que tú te figuras... —Soledad lloraba de miedo... como llora este pobre niño....

—¡De miedo! (repuso el joven en són de burla:) Esa es otra mentira...—Soledad no me teme.... y hace bien! ¡Soledad me conoce!—El miedo lo tiene su cobarde tirano..... El miedo lo tiene usted, que no estorbó su casamiento.... El miedo lo tiene ese que no debe llamarse hijo de Soledad, supuesto que no es hijo mío....—¡Y los tres hacéis muy bien en temblar!—¡Ah! ¡Mi primera idea es la segura!.... La muerte de Antonio Arregui lo resuelve todo.—¡Usted se quedará con ese expósito, hijo del crimen, y yo me marcharé con mi adorada!.... —¡Mataré, pues, á Antonio! ¡Lo mataré, aunque sea en medio de la Iglesia! ¡Lo mataré, aunque se oponga el mundo entero!

—¡Cómo se entiende! (prorrumpió al fin Don Trinidad, lleno de indignación y de ira:) ¡Eso es ya insultarme en mi propia cara! ¡No te abofeteo ahora mismo, porque está delante el Niño Jesús. Pero me marchó..... Te desprecio.... ¡te abandono!—¡Buen recibimiento me has hecho en tu casa, la primera vez que te venido á ella!

—Manuel..... ¡te lo pido de rodillas! (decía al mismo tiempo la anciana, pos-

trándose á los pies del hijo de Don Rodrigo.) ¡Te lo pide una madre, por la memoria de la que te llevó en sus entrañas! ¡Márchate del pueblo! ¡Ten compasión de este inocente!—Y, si es que has de dejarlo huérfano, ¡mátalo ahora mismo!.... ¡Yo te lo entrego!.... ¡Aquí lo tienes!

Y, así hablando, ponía el niño á las plantas del joven, con aquella inspirada generosidad que sólo cabe en almas femeniles y en corazones maternales.

—¡Vámonos, señora! ¡Dejemos á este monstruo! (añadía por su parte Don Trinidad.) Acudiremos á la Justicia... ¡Yo mismo haré que lo aprisionen!.....

—¡Adiós, hijo indigno de Don Rodrigo me negas! ¡Me voy, porque tus faltas de respeto me arrojan de tu casa! ¡Me voy, porque te creo capaz de ponerme la mano encima, si yo te castigara como mereces!—¡Adiós! nuestras relaciones han terminado..... ¡Me arrepiento de haber te conocido!

—Manuel... ¡no lo olgas!... ¡jáyeme á mí! (proseguía diciendo la madre de Soledad, arrastrándose á los pies del joven, el cual estaba como petrificado, con los cabellos de punta, y con los ce-

rrados puños sobre la frente.)—¡No lo creas, Manuel! ¡Don Trinidad te quiere más que á su vida! ¡Es tu segundo padre!—Y yo te quiero también....; y también te quiere este niño.... —¡Mira... ¡Mira cómo te sonríe!

—¡Basta! (gritó al fin Manuel con desgarrador acento, abriendo los brazos y tirando la cabeza atrás.) ¡Basta, crueles sayones, encargados de martirizarme! ¡Dejadme ya!..... ¡Idos!..... ¡Salid!—Os lo mando.... os lo aconsejo.... os lo suplico!—¡Dejadme solo, si no queréis que con vuestra sangre y la mía se forme un lago en este aposento!—¡Quitadme de delante al hijo del cobarde ladrón que me ha robado la felicidad!.....—Márchese usted, señora..... Márchese usted, señor Cura.... —¡Conozco que ya no soy dueño de mí mismo!..... ¡Conozco que puedo horrorizar al mundo!.....

Era tal la voz de Manuel al decir esto, que la señá María Josefa se levantó espantada, con su nieto debajo del brazo, y se deslizó en silencio hasta la puerta, andando hacia atrás y sin quitar la vista de aquel pavoroso semblante, más tronía de un tigre que de un hombre.

Hasta Don Trinidad tuvo miedo, no por sí, sino por el niño, por la anciana, y por el mismo joven, que estaba á punto de morir ó de volverse loco, á juzgar por la violenta agitación de su pecho, por la hinchazón de su frente, por el trastorno de su mirada....; y, conociendo, al propio tiempo, que ya no había más palabras que decirle, ni fuerzas en el desgraciado para soportarlas, retiróse también lentamente, mirándolo con profunda piedad y sin recuerdo siquiera del pasado enojo.

Así salió de la habitación, cuya puerta dejó entornada.....

Manuel quedó solo con el Niño Jesús.

## V

## EL ROCÍO DEL ALMA.

Las doce de la noche acababa de cantar el sereno cuando Don Trinidad y la señá María Josefa se retiraron de la sala, dejando en manos de la famosa Imagen del Niño de la Bola la solución de la suprema crisis á que había llegado el espíritu de Manuel Venegas.

rrados puños sobre la frente.)—¡No lo creas, Manuel! ¡Don Trinidad te quiere más que á su vida! ¡Es tu segundo padre!—Y yo te quiero también....; y también te quiere este niño.... —¡Mira... ¡Mira cómo te sonrío!

—¡Basta! (gritó al fin Manuel con desgarrador acento, abriendo los brazos y tirando la cabeza atrás.) ¡Basta, crueles sayones, encargados de martirizarme! ¡Dejadme ya!..... ¡Idos!..... ¡Salid!—Os lo mando.... os lo aconsejo.... os lo suplico!—¡Dejadme solo, si no queréis que con vuestra sangre y la mía se forme un lago en este aposento!—¡Quitadme de delante al hijo del cobarde ladrón que me ha robado la felicidad!.....—Márchese usted, señora..... Márchese usted, señor Cura.... —¡Conozco que ya no soy dueño de mí mismo!..... ¡Conozco que puedo horrorizar al mundo!.....

Era tal la voz de Manuel al decir esto, que la señá María Josefa se levantó espantada, con su nieto debajo del brazo, y se deslizó en silencio hasta la puerta, andando hacia atrás y sin quitar la vista de aquel pavoroso semblante, más tronco de un tigre que de un hombre.

Hasta Don Trinidad tuvo miedo, no por sí, sino por el niño, por la anciana, y por el mismo joven, que estaba á punto de morir ó de volverse loco, á juzgar por la violenta agitación de su pecho, por la hinchazón de su frente, por el trastorno de su mirada....; y, conociendo, al propio tiempo, que ya no había más palabras que decirle, ni fuerzas en el desgraciado para soportarlas, retiróse también lentamente, mirándolo con profunda piedad y sin recuerdo siquiera del pasado enojo.

Así salió de la habitación, cuya puerta dejó entornada.....

Manuel quedó solo con el Niño Jesús.

## V

## EL ROCÍO DEL ALMA.

Las doce de la noche acababa de cantar el sereno cuando Don Trinidad y la señá María Josefa se retiraron de la sala, dejando en manos de la famosa Imagen del Niño de la Bola la solución de la suprema crisis á que había llegado el espíritu de Manuel Venegas.

Reinó desde entonces en la casa un profundo silencio, interrumpido únicamente por los cautelosos pasos del vigilante Cura, que se acercaba de vez en cuando á la rendija de la puerta á observar á Manuel, y por los cuchicheos de las mujeres, acuarteladas en la cocina.

Polonia se encontraba entre ellas, por no haber podido dominar su inquietud y desasosiego, quedándose en la otra casa.—Dormía el hijo de Soledad en brazos de su abuela, después que Basilia lo hubo amansado con algunos bizcochos.—La "Volanta," á fuerza de llorar hipócritamente, había conseguido que D. Trinidad dejase de mirarla con prevención, y formaba también parte de aquella especie de tertulia de enfermeras, en que tan buenas cosas se estarían diciendo.—Y, por último, el arriero de Málaga roncaba en el patio, incómodamente sentado en una dura silla, como lo exigía la gravedad de las circunstancias.

Lo primero que hizo Manuel cuando se quedó solo, fué apagar todas las velas que alumbraban al Niño Jesús, con lo que el salón quedó enteramente á obscuras.....

Esto asió mucho á Don Trinidad,

que todavía cifraba algunas esperanzas en la antigua devoción de su pupilo á la preciosa Efigie en cuya compañía lo había dejado.....—Pero luego recapacité que el mismo hecho de apagar las luces podía significar, de parte del joven, una especie de miedo á aquel fantasma de su extinguida fe, y tan juiciosa reflexión no pudo menos de consolarle algo.

Manuel comenzó á pasearse en las tinieblas.....

De vez en cuando se paraba, é ininteligibles monosílabos, rugidos sordos ó sofocados lamentos salían de sus labios, como si dentro de él mantuviesen empeñada controversia dos seres distintos, el uno más feroz que el otro....

Indudablemente el joven repasaba todas sus emociones de aquel día; indudablemente le representaba su cerebro las provocativas alarmas del público; la calle de Santa María de la Cabeza; la inesperada aparición de Soledad, su impavidez, su hermosura, su mirada de amor, sus copiosas y amarguísimas lágrimas; el encuentro con Don Trinidad Muley; las cristianas aclamaciones que prorrumpió la muchedumbre; los santos discursos del bondadoso sacerdote, su

loro, sus caricias; la aparición del Niño Jesús; el alarde de impiedad con que él la había recibido; el dolor que esto había causado al buen Padre de almas; la aparición de la madre y del hijo de Soledad; el digno lenguaje de la anciana; el llanto y la sonrisa del aquel inocente niño, y los insultos y amenazas del ofendido Cura, de su generoso protector, del ser que más le amaba en el mundo....

Ahora bien: todas aquellas palabras de cariño, todos aquellos piadosos consejos, todas aquellas solemnes apariciones, todas aquellas tiernas súplicas, todas aquellas dulces lágrimas, todos aquellos paternales enojos no podían menos de haber ablandado el corazón de la fiera.. —Por eso, sin duda, gemía, en medio de su rabia, como el león herido: por eso batallaba tanto consigo propio: y por eso, y no por otra cosa, lo dejaba solo Don Trinidad Muley, viendo clarísimamente que ninguno de sus esfuerzos por vencerlo había sido inútil: que todos estaban obrando en el rebelde espíritu del joven, y que este espíritu vacilaba, temía, emprendía la fuga, tornaba á la pelea, retrocedía de nuevo, y podía acabar por rendirse de un momento á otro.....—

Pero ¡ay del bien! ¡ay de la paz! ¡ay de la caritativa empresa del digno Párroco, si el joven no se rendía en tan extrema lucha!—¡Entonces no habría ya esperanza de salvación!

Largo tiempo (¡son tan largas las horas de la agonía!) duró este combate entre la soberbia y la humildad, entre la ira y la paciencia, entre la pasión y la virtud, entre el amor propio y la abnegación, entre el egoísmo y la caridad, entre la bestia y el hombre.

A eso de las dos, Manuel no se paseaba ya, ni rugía, ni se quejaba....—Solamente lanzaba de tarde en tarde, hondos suspiros, que también cesaron al poco tiempo.....

Don Trinidad no podía ya distinguir en qué parte de la habitación estaba el joven, ni si se había sentado, ni si por acaso se había dormido....—El silencio que reinaba en aquellas tinieblas era absoluto, sepulcral, verdaderamente paucoso.—Parecía como que el enfermo se había muerto.....

Pero ¿no podía ser que sólo hubiese muerto su enfermedad? ¿No podía ser que Manuel Venegas acabase de revivir á la

razón, á la justicia, á la dignidad humana, á la vida de la conciencia?

En esta duda, el Sacerdote desistió de la idea (que tuvo un momento) de coger una luz y entrar en la sala.

Pronto se alegró de haber sabido esperar; pues no tardó en advertir una cosa que la pareció fausta, simbólica y de mucho alcance, en medio de su vulgarísima sencillez, por cuanto le trajo á la imaginación la humilde ceremonia con que se enciende "fuego nuevo" en la Iglesia la mañana del Sábado de Gloria.....

Fué el caso que Mannel dió repentinamente señales de estar vivo y despierto, poniéndose á encender luz por medio de eslabón, pedernal, yesca, y alcrebite, al uso de aquella época.

—"Lumen Chisti".....—murmuró D. Trinidad, santiguándose.

Obtenido que hubo nueva luz, el joven la aplicó á las velas que apagara antes, con lo que el Niño de la Bola tornó á verse profusamente alumbrado y tan clara como de día la espaciosa habitación.

Sentóse entonces nuestro héroe enfrente de la Imágen, y púsose á contemplarla con honda y pacífica tristeza.—La tempestad había pasado, dejando en la ya sose-

gada fisonomía de aquel hombre de hierro, profundas é indelebles señales.—Dijérase que había vivido diez años en dos horas. Sin ser viejo, ya no era joven. Sus facciones habían tomado aquella expresión permanente de ascética melancolía que marca la faz de los desengañados.

En cuanto á la triste mirada con que parecía acariciar la Efigie del Niño Jesús, no tenía tampoco la dulzura del consuelo. Era una mirada de tranquilo, incurable dolor, como la que, pasados muchos años de la cruel pérdida y del agudo padecer, posamos en el retrato de un hijo muerto, de los padres que nos dejaron en la orfandad ó de un antiguo amor que se llevó consigo las más bellas flores de nuestra alma....

—¡No reza! ¡no llora!—pensó amargamente don Trinidad, formulando á su modo las mismas ideas que acabamos de emitir.

Y se alejó de su acechadero con mucha más inquietud que alegría le causara al principio el ver que el joven contemplaba á su antiguo Patrono.

—¡No hacen la paces!—añadió luego, expresando en otra forma su disgusto.—

¡Y la verdad es que el pobre Manuel, está dando muestras clarísimas de querer hacerlas!—¡Misterios de Dios! ¡Qué trabajo le costaba ahora á ese Chiquito tender los brazos á mí ahijado, como se los tendió antiguamente á San Antonio de Padua?—¡Nada más que con esto saldríamos todos de apuros!

Y tornó á acercarse á la rendija de la puerta, y comenzó á rezar fervorosamente á la primorosa Efigie, como arengándola á realizar un milagro indudable.

—¡Nada! ¡No me hace caso! (se dijo, por último, viendo que el Niño Jesús no pestañeaba).—¡Sin duda no conviene! ¡Respetemos la voluntad de Dios!—Ni ¡quién soy yo, pecador miserable, para meterme á dar consejos á las Imágenes de mi Parroquia? ¡Si los sieguiesen, yo sería el Santo, que no ellas!—¡Haces bien, Niño mío! ¡Haces muy bien en desobedecerme!

Manuel se había puesto de pie entretanto.

La tristeza de su semblante era mayor que nunca. Un profundo suspiro salió de su pecho, y pasóse ambas manos por la frente, como para echar de su imaginación renovadas angustias.

Parecía un reo en capilla, la noche que precede al suplicio.—La conformidad de la desesperación iba envolviéndole en su fúnebre velo.....

En el fondo de la sala veíanse algunos de los grandes cofres que había traído de América... Manuel abrió el mayor de ellos, y sacó una preciosa caja de madera, que puso sobre el velador....

D. Trinidad temió que el joven fuese á suicidarse, y se apercibió á entrar en el aposento.....

Pero tranquilizóse en seguida, al observar que lo que de allí sacaba Manuel no eran pistolas, sino vistosísimas alhajas, collares, pendientes, brazaletes, sortijas, alfileres....;—un tesoro, en fin, de perlas, brillantes, esmeraldas y otras piedras preciosas.....

—¡Son las "donas" que pensaba ofrecer á Soledad el día que se casase con ella! ¡Son los regalos de boda que le trafa el desgraciado!.....—pensó el Sacerdote, lleno de conmiseración.

Manuel fué contemplando una por una aquellas galas póstumas, aquellas joyas sin destino, aquellos emblemas de su infortunio.....; y, ejecutando luego la idea que sin duda le había movido á tar

penosa operación, comenzó á ponerle las alhajas á la Sagrada Efigie de que era Mayordomo y á quien estaba obligado á agasajar....

D. Trinidad Muley no pudo contener su entusiasmo y su regocijo, y corrió de puntillas á llamar á las ancianas, para que contemplasen aquella piadosísima escena.

Imagínese, pues, el que leyere la emoción, los comentarios en voz baja y los dulces lloros que habría al otro lado de la puerta, en tanto que Manuel prendía á las ropas del Niño Jesús, ó colgaba de su cuello y de sus brazos, los restos del naufragio de sus esperanzas!....—Estas cosas se sienten ó no se sienten; pero no se explican.

Baste decir (como resumen de sus impresiones, palabras y pensamientos) que todos decían en voz baja, con religioso júbilo, y abrazándose cariñosamente:

—¡Se ha salvado! ¡Ha resuelto perdonar!—¡Dentro de pocas horas se habrá marchado para siempre!—¡Dios lo haga más venturoso que hasta ahora!

Mientras D. Trinidad y las tres venturosas ancianas hablaban así, la pérfida "Volanta" (que todo lo había visto y oído) deslizóse por la escalera abajo como una

esbandija, sin que nadie reparara en ello, marchóse á la calle, cuidando de no despertar al improvisado conserje...

Ni ¿cómo habían de advertir aquel sucesos los que arriba seguían con el alma las operaciones de Manuel, cuando éste acababa de ejecutar otro acto que ya no dejaba ni asomos de duda acerca de sus nobles y pacíficas intenciones?

Tal fué el sublime arranque de humildad con que, sacando del bolsillo el primoroso puñal indio que aquella tarde había llevado á la Procesión, lo desnudó, alzólo á la altura de su cara, contempló su luciente hoja y rica empuñadura, lo besó luego, y lo colocó á los pies del Niño Jesús....

Sin la fe ciega que D. Trinidad Muley tenía ya en la redención del joven, hubiera temblado por su vida, como temblaron las mujeres, al verlo levantar el puñal, y no habría estorbado, como estorbó, que se precipitasen en la sala.... Y también fué necesaria en seguida toda la autoridad del Sacerdote para impedir que estallasen en gritos de santo alborozo al contemplar aquella solemne abdicación de la mayor soberbia que jamás cuido en corazón humano.

—¡Callad! ¡callad!... (les decía al oído el autor de tan prodigiosa obra.) ¡Callad! ¡Dejadlo!.....—Dios está con él —No despertemos al demonio del orgullo, que ya duerme, y pronto habrá muerto, en el corazón de mi buen hijo!

Manuel consideró lo que había hecho, y su grave rostro expresó una reflexiva y triste complacencia; pero no en modo alguno aquella devoción activa, directa, personal, que suponían las buenas mujeres y cuyos resplandores de triunfo y de esperanza hubiera querido hallar en Trinidad Muley en los ojos del león vencido.....

—¡Eso no es "fe"! ¡Eso no es más que "caridad"! (dijo el indocto Padre de almas, dando crédito, como siempre, á su leal corazón.)—¡Mi obra puede quedar incompleta!—¡Malhaya los hombres que han secado las fuentes de la alegría en un espíritu tan bueno! ¡Mientras Manuel no crea, no tendrá dicha propia, y sólo gozará en ver que los demás son venturosos!

El hijo de D. Rodrigo sacó en esto el reloj y miró la hora.—Pero debió de hallarlo parado; pues en seguida abrió un balcón que daba á Oriente y dominaba toda

la vega, y consultó la posición de los astros.....

Corrió entonces á la puerta del salón, y, sin abrirla, dió dos palmadas, como llamando.....

—Dejadme á mí...—murmuró D. Trinidad, haciendo señas á las mujeres para que se alejasen.

Y penetró en el vasto aposento.

—¿Quieres algo?—preguntó dulcemente á Manuel.

Fuese modestia, fuese cansancio, fuese aquel pueril resentimiento que el amputado guarda algunas horas al operador que en realidad le ha salvado la vida, nuestro joven bajó los ojos, esquivando la mirada del Sacerdote, y dijo rápidamente:

—Que venga Basilia.

Don Trinidad se retiró sin enojo alguno.

Basilia entró á los pocos momentos.

—¿Está ahí el arriero de Málaga?—le preguntó Manuel con la sequedad de quien desea pronta y breve contestación.

—Abajo está....—respondió temblando el ama de gobierno.

—Pues dígame que cargue todo mi equipaje y ensille mi caballo.—Son las tres

y media... Partiré á las cinco.—Que entren por estos cofres.... Pero que no me hable nadie.—Ruegue usted á D. Trinidad de parte mía que tome algo y se acueste. —Necesito estar solo.

Y dicho esto, se salió al balcón que acababa de abrir, donde permaneció, vuelto de espaldas al aposento, mientras que Basilia y Polonia, llorando silenciosamente, sacaban los baúles, y mientras que D. Trinidad y la seña María Josefa lloraban en el próximo corredor y dirigían desde allí fervientes acciones de gracias y tiraban cariñosos besos á la Imagen del Niño Jesús.

Al cabo de una hora comenzó á clarear el día.....

Manuel se quitó entonces del balcón, y cogiendo una silla, sentóse en medio de la ya solitaria estancia, y siguió mirando al cielo, con la resignación expectativa del héroe condenado á muerte que ve nacer la última luz de su existencia.

Así estuvo mucho tiempo, sumido en un éxtasis de dulce dolor que iba hermosando cada vez más su noble rostro....—La fera había llegado á tener cara de hombre.... El hombre no tardó en tener cara de ángel.—Dijérase que su alma había en-

tablado un largo coloquio con lo infinito....

Ya era enteramente de día... Ya habían dado las cinco y las cinco y media.... —Ya estaban listas las cargas y ensillado el caballo...—¡Y nadie se atrevía á decirselo: nadie se atrevía á interrumpir aquel inefable arrobamiento en que el joven parecía gozar anticipadamente la recompensa de su abnegación, el premio de su sacrificio!

Salió, al fin, el sol, y su primer rayo penetró en la sala, bañando de fúgida luz la plácida figura de Manuel Venegas.

—“Soledad”....—gritó entonces el loro en el balcón, donde lo habían dejado olvidado.....

Manuel se estremeció convulsivamente al oír aquel nombre con que el pájaro americano saludaba todos los días, hacía muchos años, la salida del sol, y un mundo de recuerdos y de fallidas esperanzas, reapareció ante sus ojos, haciéndole volver del cielo á la tierra, de la eternidad al tiempo, del olvido á la realidad....—Pero, falto ya de soberbia para luchar con su enemiga suerte, una mortal congoja oprimió su corazón; un desfallecimiento nunca sentido aniquiló todo su sér; ex-

tendió los brazos como quien se ahoga (y aún pareció que efectivamente pedía auxilio,) hasta que, por último, estalló en amargos sollozos, seguidos de copiosísimo llanto....

Y, roto por primera vez en toda su vida el dique de las lágrimas, desbordáronse éstas con tal ímpetu, que pronto bañaban su faz, sus manos y su agitado pecho....  
—Al principio, fueron ardiente lava....; luego, benéfica sangría y salvador desahogo de su corazón..... y, al fin, blando rocío que bajaba del cielo á templar la la sed de su alma sin ventura....

D. Trinidad corrió á él y lo envolvió piadosamente en su manto, diciéndole:

—¡Llora, llora, hijo mío! ¡llora cuanto quieras ¡llora en los brazos de tu padre!

Manuel se colgó del cuello del Sacerdote y le llenó la cara de besos, diciéndole entre dulces gemidos:

—¡Perdón! ¡Perdón!.....

—¡Perdóname tú á mí!—sollozaba D. Trinidad.

Y las mujeres lloraban también desatadamente, comenzando á invadir la sala, y el mismo arriero (que había entrado

por el loro) se daba puñetazos en la cabeza, diciendo con profunda emoción:

—¡Qué lástima de hombre! ¡Maldita sea la primera mujer!

—¡Padre mío! ¡la adoro!—exclamaba entretanto Manuel, incomunicado con los espectadores por el manto de D. Trinidad.

—¡Y yo á tí!—le respondió el Párroco, besándolo reiteradas veces.—¿Quieres que me vaya contigo?

—No... no...—Me iré yo solo....

—Pues bien: sé muy bueno: haz muchas limosnas, y verás qué feliz eres....—Toma.... (añadió luego en voz más baja.) Aquí tienes esto..... Llévate tu caudal. En todas partes hay pobres....

—No.... no... le respondió Manuel al oído. Guarde usted eso..... Y haga lo que ya tenemos hablado... En esos papeles lo encontrará explicado todo....

—Está confesando....—dijeron las mujeres, retirándose al corredor.

—Pero tú vivirás.... Tú me escribirás esta vez.... (murmuró D. Trinidad.) ¿No es cierto?

—Sí señor... ¡Yo viviré cuanto me sea posible!—contestó el joven enjugándose las lágrimas.

Y, abrazando por última vez al Cura, se levantó y dijo:

—¡Vamos!

Entonces se le acercó Polonia, con las puntas del delantal sobre los ojos.

¡Perdón, Polonia!—exclamó el joven, abrazándola.

—Anda con Dios, hijo mío.... (respondió la anciana.) ¡Ya estás curado, y puedes ser dichoso!—¡Tu enfermedad consistía en no haber llorado nunca!

—Señor.... ¡Buen viaje!—le dijo Basilia, besándole la mano....

—¡Venga usted también, señá Josefa! (gritó al mismo tiempo Don Trinidad.)—Pero no suelte usted al niño....—¡Hoy hay perdón para todos!

—¡Oh!.... ¡no!—pronunció Manuel, retrocediendo.

—¡Manuel, castígate! (exclamó el Sacerdote.) ¡Cuánto más te humilles hoy, más dichoso serás mañana con el recuerdo de este día!—¡Arranca de tu corazón, ahora que están blandas, las raíces de tu soberbia, á fin de que nunca retoñen!—¡No te laves en la conciencia ningún veneno, hoy que la has lavado con tus lágrimas!

—¡Manuel! (dijo la señá María.) ¡Yo

hubiera sido muy dichosa en llamarme tu madre!—Harto lo sabe el señor Cura!

Manuel se quitó el reloj, y se lo entregó al niño, colgando de su cuello la larga cadena de oro de que pendía, y pronunció estas palabras:

—¡Perdono á tu madre!....—Dios te haga más feliz que á Manuel Venegas!

Y volvió la espalda y se apartó algunos pasos, como despidiendo á la madre y al hijo de Soledad.

La pobre abuela se alejó hecha un mar de lágrimas, mientras que el niño iba dando besos al reloj y sonriendo como un ángel.

Don Trinidad siguió á Manuel al promedio de la sala, y, señalándole al Niño Jesús, que refulgía á la luz del sol como un ascua de oro, con tanta rica presea como adornaba su graciosa figura, preguntóle en s6n de dulce ruego:

—¡Y á "Este?" ¿qué le dices por despedida?

—¡A Este le pediría que resucitase dentro de mi corazón, si tal milagro fuese posible!—contestó Manuel melancólicamente.

—¡Dios querrá! (dijo el Sacerdote, levantando los ojos al cielo.)—Las raíces

de tu antigua Fe están vivas, y ya ha comenzado á correr por ellas la savia de la regeneración.—Las máximas que tu padre y yo sembramos en tu corazón de niño han vuelto á germinar esta noche bajo los auspicios de esta Efigie del Redentor del mundo.....—Debes, pues; agradecimiento al Amigo de tu niñez, y, aunque hoy no veas en su dulce Imagen más que una sombra, un retrato, un recuerdo del cariño que le tuviste (y que El no ha dejado de tenerte); aunque todavía no haya penetrado en tu nublada razón la nueva luz que ya iluminaba las más altas cumbres de tu espíritu..... ¡bésalo, Manuel!... (¡Nada pierdes con besarlo!) ¡Bésalo, y verás cómo toda la soberbia que te queda en el cerebro se desbarata en lágrimas, del propio modo que se ha desbaratado la que tenías en el corazón! ¡Verás cómo, al poner tus labios en los descalzos pies del Niño en cuya divinidad creían tu padre y tu madre, conoces que estás haciendo una cosa muy santa, y vuelves á llorar de dicha! —¿Qué te cuesta probar? ¿Por qué no te atreves á ello?—¿No te dicen ese miedo y ese respeto, que el acto de sumisión que te propongo es de maravillosas conse-

uencias?—Ven.. mira... ¡Yo te daré el ejemplo, como cuando eras chico!.....—Yo lo besaré antes que tú.....—¡Así se hace!..... ¡así!—Y luego se dice (llorando, como lloro yo): “Bendito seas, Jesús crucificado! ¡Bendita sea tu Santísima Madre! Bendito sea tu Padre Celestial, que te envió á la tierra á redimirnos!”

Manuel cerró los ojos y cayó de rodillas como una torre que se desploma...

De rodillas estaban también las dos ancianas y el malagueño; y con fervientes oraciones daban gracias á Dios, al ver que el joven se abrazaba á los pies del Niño de la Bola y los cubría de besos y de lágrimas.....

De rodillas, en fin, estaba Don Trinidad Muley, á quien de seguro hubieran abrazado gustosos en aquel momento hasta los incrédulos más empedernidos.....; ¡porque la verdad es que en todo aquello no había nada malo para nadie ni para nada, y sí mucho bueno para todos y para todo, ó nosotros no sabemos lo que es bueno ni lo que es malo en esta miserable vida!

No intentaremos describir los últimos

minutos que Manuel Venegas permaneció todavía en su casa, ni los renovados, tristísimos adioses que allí se dieron aquellos seres de tan sencillo y tierno corazón. . . . —Temeríamos afligir demasiado á nuestros lectores, que, pues todavía no han soltado esta obra en que se rinde culto á la pobreza de espíritu, seguramente tienen la dicha de pensar y sentir como ellos.—Preferimos, pues, salir á la Plaza, y confundirnos con la generalidad del público, en cuya compañía podremos ver con más frescura la solemne marcha de Manuel Venegas y los dramáticos lances que acontecieron con este motivo.

## VI

## MARCHA TRIUNFAL

Hacia una mañana hermosísima, sobre todo para aquellos felices mortales que no tuvieran fijos sus ojos en la negrura del revuelto mar de las pasiones, sino que hubiesen preferido salir al campo á espaciar su vista y su alma por el subli-

me templo de la Naturaleza, por la pintada Tierra, llena de prodigios, por la rutilante bóveda del Cielo, y por el propio cielo de una conciencia suficientemente limpia para poder reflejar las misteriosas visiones de lo Infinito. . . .

No estaban de este humor aquel funesto lunes, 6 de Abril de 1840, las muchas personas que acudían á la Plaza Mayor de la Ciudad á enterarse de los adelantos que el dolor y la ira habían hecho durante la noche en el corazón de Manuel Venegas y Antonio Arregui. Ni hay que decir que el grupo en que más excitados estaban los ánimos, por cuenta ajena, era el formado, como de costumbre, á la puerta de la Bótica, ¡terrible aduana, por donde tenía que pasar el infortunado Niño de la Bola al marcharse del pueblo!

“Vitriolo” estaba más acerbo y feroz que nunca, sin poder callarse (aunque no dejaban de aconsejárselo sus discípulos), y, si por acaso interrumpía sus discursos, era para decir á los que iban á comprar medicinas:

—“¡No hay de eso!” . . . —ó—“¡Vuelva usted más tarde!”—ó—“¡Dígale al enfer-

minutos que Manuel Venegas permaneció todavía en su casa, ni los renovados, tristísimos adioses que allí se dieron aquellos seres de tan sencillo y tierno corazón. . . . —Temeríamos afligir demasiado á nuestros lectores, que, pues todavía no han soltado esta obra en que se rinde culto á la pobreza de espíritu, seguramente tienen la dicha de pensar y sentir como ellos.—Preferimos, pues, salir á la Plaza, y confundirnos con la generalidad del público, en cuya compañía podremos ver con más frescura la solemne marcha de Manuel Venegas y los dramáticos lances que acontecieron con este motivo.

## VI

## MARCHA TRIUNFAL

Hacia una mañana hermosísima, sobre todo para aquellos felices mortales que no tuvieran fijos sus ojos en la negrura del revuelto mar de las pasiones, sino que hubiesen preferido salir al campo á espaciar su vista y su alma por el subli-

me templo de la Naturaleza, por la pintada Tierra, llena de prodigios, por la rutilante bóveda del Cielo, y por el propio cielo de una conciencia suficientemente limpia para poder reflejar las misteriosas visiones de lo Infinito. . . .

No estaban de este humor aquel funesto lunes, 6 de Abril de 1840, las muchas personas que acudían á la Plaza Mayor de la Ciudad á enterarse de los adelantos que el dolor y la ira habían hecho durante la noche en el corazón de Manuel Venegas y Antonio Arregui. Ni hay que decir que el grupo en que más excitados estaban los ánimos, por cuenta ajena, era el formado, como de costumbre, á la puerta de la Bótica, ¡terrible aduana, por donde tenía que pasar el infortunado Niño de la Bola al marcharse del pueblo!

“Vitriolo” estaba más acerbo y feroz que nunca, sin poder callarse (aunque no dejaban de aconsejárselo sus discípulos), y, si por acaso interrumpía sus discursos, era para decir á los que iban á comprar medicinas:

—“¡No hay de eso!” . . . —ó—“¡Vuelva usted más tarde!”—ó—“¡Dígale al enfer-

mo que se muera; que esto que le han mandado no sirve para nada!"

Ello es que no se apartaba del mencionado grupo, donde ya había tronado largamente contra la imbecilidad de Manuel—"cuya casa, dijo, había llenado de Santos y de viejas el Cura de Santa María, á fin de separarlo del camino de la decencia y del honor y hacerle faltar á sus famosos juramentos."

Luego añadió:

—Según mis informes, á las tres de la madrugada lo llevaban ya de vencida, y el cuitado estaba rezando el "confiteor" á los pies del Niño Jesús, después de haberle regalado una porción de joyas, á ruegos de Don Trinidad, que es una hormiguita para su Iglesia....—¡Pobre Manuel! ¡Si su animoso padre levantase la cabeza!

El auditorio se miró, como dudando de la congruencia de aquella invocación, y "Vitriolo," que lo advirtiese, dobló la hoja y pasó á otro asunto.

—En cuanto al marido de Soledad (exclamó con enfático tono), hay que reconocer que es un valiente! ¡Ya vieron ustedes lo que hizo ayer! ¡Ir, sin quitarse las espuelas, á la Ermita de Santa Lupa-

ria, en busca del célebre matón, á quien Don Trinidad Muley había escondido en una especie de escaparate!—¡Yo no dudo de que cuando sepa (como ya lo sabrá á estas horas) que su madre política y su hijo han pasado la noche en casa del amante de su mujer, vendrá á pedir satisfacción á éste, y echará por tierra todas las artimañas del fanatismo y la cobardía!

Muchas personas se apartaron muy disgustadas de aquel energúmeno, y fuéronse en busca de otros corrillos donde se comentasen más piadosamente las maravillosas y ya públicas escenas ocurridas aquella noche en la antigua "Casa del Chantre"..... Pero "Vitriolo" no se desconcertó por ello, sino que se rió de los que le dejaban, y continuó hablando de esta manera:

—¡Por supuesto, que Antonio Arregui irá de todos modos esta tarde á la Rifa, á recoger el guante de su rival!—Así lo juró ayer, cuando se enteró de que el hijo de D. Rodrigo tuvo antenoche el atrevimiento de ir á Mamar á la puerta de su casa, estando él en la Sierra... —¡Lo sé de muy buena tinta!—¡Por consiguiente, si el "Niño de la Bola," el

de las amenazas de hace ocho años, se marcha del pueblo, sin acudir á la palestra, tanto peor para su honra y fama! ¡Verdad es que puede que todavía ignore nuestro pobre paisano (y se le haría un gran favor en contárselo) que Antonio Arregui fué ayer tarde á buscarle en son de desafío á la Capilla de Santa Luparia..... —¡Honor es de este pueblo que el asunto no se haga tablas de la manera indecorosa que se propone Don Trinidad Muley! ¿Qué dirían los riojanos, si el héroe de la Ciudad huyese de uno de ellos? ¿Dirían que los andaluces no tenemos sangre en las venas!—Y todo ¿por qué? ¿Porque los curas han sorbido los sesos á una especie de salvaje cargado de millones, á fin de sacarle el dinero!—¡Digo á ustedes que me abochorno de tan groseras supercherías!

—¡Y yo me abochorno de que usted vista el uniforme de persona humana! (exclamó el Capitán, que había llegado momentos antes.) ¡Usted es un bicho! "Vitriolo" se echó á reír.

—¡No se ría usted! (añadió el veterano, temblando de cólera.) ¡Mire que hoy vengo resuelto á aplastarlo, si no deja de

corromper el aire con sus viles calumnias!

—¡Amenazas y todo! (replicó el boticario despreciativamente.)—¿Lo han comprado también á usted? ¿Le ha tocado alguna joya de las regaladas al Niño de madera?—¡Pues me alegraré de que la disfrute!

Y le volvió la espalda, asustado de lo que acababa de decir.

—¡Lo que me ha tocado va usted á verlo ahora mismo! (rugió el Capitán.) ¡Tome usted! ¡en nombre del ejército!

Y arrimó al insolente materialista un soberano puntapié en la parte más vil de su materia propia.

El pobre ateo se llevó las manos á la parte contusa, y huyó diciendo:

—¡Ah! ¡lo de siempre! el militarismo! ¡el cesarismo! ¡la fuerza bruta! ¡el brazo secular de la tiranía!

—No ha habido tal "brazo," mi buen "Papaveris"... (dijole Paco Antúnez, negándole el auxilio que fué á pedirle.) ¡La caricia ha sido con el "pie," y de las buenas!

Y se alejó de él desdenosamente.

Este lance, que hizo reír mucho á cuantos lo presenciaron, fué como la se-

fial y comienzo de la gran derrota que había de sufrir "Vitriolo," aquella mañana á la vista de todos sus discípulos.

Decímoslo, porque en tal momento comenzaron á salir de casa de Manuel las famosas cargas de equipaje, precedidas del arriero de Málaga,—que estaba contentísimo, creyéndose ya, sin duda, camino de las Indias.

La emoción del público, al ver aquella prueba material de que Manuel se iba, de que D. Trinidad había triunfado, de que la fiera perdonaba... fué grandísima, al par que noble y jubilosa, con muy escasas excepciones.

—¡Manuel se va! (decían unos.) ¡D. Trinidad no tiene precio! ¡Eso es lo que se llama un buen cristiano!

—¡Manuel se va! (exclamaban otros.) ¡La verdad es que este desenlace tiene algo de prodigio!

—¡Los Venegas fueron siempre así! (expuso el viejo buñolero de la Plaza.) ¡Parece que poseen el don particular de entusiasmar al pueblo!—La mañana de hoy me recuerda aquella otra en que D. Rodrigo salvó los papeles de D. Elías, del incendio que nadie quería apagar... —¡Todos aplaudimos entonces sin saber

por qué... y ya está pasando ahora lo mismo!...—¡Miren ustedes!—La gente flora...; los chicos bailan de contento...; las mujeres se asoman á los balcones...—Voy á avisar á la uña...

—¡Lástima de dinero, que sale de la ciudad! (decían al mismo tiempo los de otro corrillo, aludiendo á las tres voluminosas cargas.) ¡Cuidado que ahí caben onzas!

En el interin, "Vitriolo," olvidado de su percance, como se olvida el General de sus heridas, hasta que concluye la batalla, acercábase desesperado y medio convulso al triunfante arriero, y le preguntaba con indecible angustia:

—¿A qué hora se marcha su amo de usted? ¿Tardará todavía algo? Habrá tiempo de hablarle?

—¡Qué ha de ser, hombre! (respondió el mallagueño, con voz descompasada.) ¡Lo que hay en este pueblo es un Cura que vale más que Dios!

Y, quitándose el calañés, y tremolándolo por alto, exclamó en medio de la Plaza, con un fervor y un gracejo indescriptibles:

—¡Caballeros! ¡Viva D. Trinidad Muley!

—¡Viva!—respondieron más de mil voces.

Y tampoco faltó quien convidara, en el acto, á aguardiente y buñuelos al señor Frascito Cataduras, en pago de la "justicia que acababa de hacer á un hijo de tan calumniada ciudad."

Desde aquel instante, la batalla estaba completamente perdida para "Vitriolo."—Todo el público era del Cura, aplaudía su obra, respiraba la grata atmósfera del bien, daba sanción á la pacífica retirada de Manuel Venegas.

Y tal fué el momento en que nuestro héroe apareció á caballo en la puerta de la que tan pocas horas había sido su casa.

Un murmullo de honda conmiseración lanzó la apiñada muchedumbre.

Manuel avanzaba rígido, cárdeno, silencioso, mirando al cielo, por no mirar al mundo, y acompañado de D. Trinidad Muley, que marchaba á pie á su derecha, y le dirigía de vez en cuando alguna palabra consoladora.

Era, exactísimamente, el luctuoso cuadro de un reo marchando al patíbulo.

El gentío empezó por saludarlo grupo á grupo, según que iban pasando por

delante de cada uno de ellos; pero al fin acabaron descubriéndose todos de golpe, como cuando se está en presencia de un rey.

Ocurrió entonces un incidente en que repararon muy pocos.—La célebre "Volanta" trató de acercarse á Manuel Venegas, por el lado opuesto al en que iba D. Trinidad, y aún se vió en sus manos un papel, que pudo suponerse una petición de limosna.

—Pero el sacerdote, que lo observara, pasóse con rapidez á aquel lado; y miró y habló á la indigna vieja con tal furia, que la hizo huir y esconderse entre la muchedumbre.

Manuel no advirtió nada, sino que prosiguió su marcha triunfal, mudo, inmóvil, indiferente, clavado en el caballo, como el cadáver del Cid, y ganando, como él, aquella batalla póstuma á que no asistía su espíritu.

De este modo pasaba ya por delante de la puerta de la botica, no sin profundo dolor de "Vitriolo," que iba á encerrarse en ella con su derrota cuando notóse gran agitación al otro lado de la Plaza, y vióse que Antonio Arregui, lirido de furor, corría primero hacia la

casa en que Venegas había vivido y luego en seguimiento de él,—indicado que le hubo alguien que aquel jinete era la persona á quien buscaba.

Pero D. Trinidad, estaba en todo; y, abandonando á Manuel, voló al encuentro del indignado Arregui, al cual (justo es decirlo,) detenían aquella vez muchas personas bien intencionadas, de cuyas manos iba deshaciéndose á duras penas.

Pocas palabras le habló D. Trinidad para explicarle satisfactoriamente cómo y por qué su suegra y su hijo habían pasado la noche en casa del "indiano," y pocas también para convencerle de lo extemporáneo y hasta sacrilego del paso que quería dar, provocando á un hombre arrepentido y valeroso, que huía del combate por creído injusto, y se marchaba para siempre de su patria.

Arregui quedó absorto, al hacerse cargo de aquellas inopinadas novedades; y, como tenía mucho y excelente corazón, y D. Trinidad era el grande hombre que ya conocemos, y el mudable público echaba aquel día su peso en el platillo del bien, ocurrió una cosa que de otro modo hubiera sido incomprensible.

Pero digamos qué le había pasado entretanto á Manuel Venegas.

Tan luego como D. Trinidad se apartó de él, corrió á reemplazarle "Vitriolo," el cual tuvo la audacia de coger la brida y parar el caballo, mientras que alargaba la otra mano al "Niño de la Bola" y le decía á media voz:

—¡Buen viaje, vecino!—¿No quería usted conocer á D. Antonio Arregui?—¡Pues ahí detrás lo tiene, luchando con el ceñor Cura, que no puede ya sujetarlo!

El aborrecible nombre del marido de Soledad despertó á Manuel de su estupor y le hizo oír las demás palabras de "Vitriolo."—Volvió, pues, rápidamente el caballo, y preguntó, echando fuego por los ojos:

—¿Cuál? ¿Cuál es?

Y se encontró con D. Trinidad Muley, que tornaba ya en su busca, diciéndole:

—Hijo mío: completa tu obra...—Aquí tienes á D. Antonio Arregui...—Te suplico que le pidas perdón...

Arregui estaba dos ó tres pasos más atrás, altivo, digno, dispuesto á todo, bien que no pudiendo menos de admirar aquella noble, hermosa y dolorida figura, que veía por primera vez, y acaso,

acaso compadeciendo tan inmerecido infortunio.

Manuel contempló amargamente al esposo de Soledad, y vaciló algunos instantes entre los dos abismos que volvía á presentarle la desventura.

Reinó, pues, en toda la Plaza un hondo silencio, preñado de horrores.—Los segundos parecían siglos.

—¡Piensa en mí! ¡Piensa en quién eres! ¡Piensa en D. Rodrigo Venegas! ¡Piensa en el niño Jesús!—murmuró D. Trinidad, levantando hacia el joven las abiertas manos, en ademán de plegaria.

Manuel tembló de pies á cabeza, como si, al renunciar á su última y suprema arrogancia, renunciase también á la vida, y, quitándose respetuosamente el sombrero, saludó al hombre á quien había jurado matar.

Arregui se descubrió casi al mismo tiempo, respondiendo hidalga y francamente á aquel saludo.

Una salva de aplausos estalló entonces entre el gentío, mientras que mil y mil voces ensordecían el aire gritando:

—¡Viva Manuel Venegas! ¡Viva Antonio Arregui! ¡Viva D. Trinidad Mulevi! ¡Viva el Niño Jesús!

Manuel había metido espuelas entre tanto, y desaparecido como una exhalación, sin que la "Volanta," que corrió detrás de él, consiguiera darle alcance, ni detenerlo con sus descompasados gritos.



JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS



## EPÍLOGO.

---

### I

#### LLEGADA DE DESAIX Á MARENGO.

De buena gana hubiéramos terminado esta obra con el capítulo anterior....— Nada habría perdido en ello la dignidad del género humano (en cuanto puedan representarla personajes tan imperfectos y oscuros como Manuel Venegas y la "Dolorosa,") y mucho nos lo hubiesen agradecido nuestros lectores predilectos..... que, si no son los más sabidos y leídos, tampoco son los de peor alma.

Pero hoy no tenemos la libertad discrecional del novelista: hoy somos unos esclavos de unos hechos desgraciadamente reales y positivos, y, por lo tanto, nos vemos en la dura obligación de referir aquí el trágico suceso que llenó de luto la Ciudad aquel inolvidable día, y que sobrepujo á los deseos del mismo "Vitriolo," y á las aficiones románticas de la forastera.

No creáis, sin embargo, que la indicada catástrofe contradijo en el fondo (ya que sí en la apariencia) el saludable concepto final, que, á nuestro juicio, se desprende de lo que llevamos narrado hasta ahora. Antes bien le sirvió de comprobación inmediata, demostrando cuán en lo cierto estuvo D. Trinidad Muley al decir á Manuel Venegas, luego que se enteró de que había perdido la "fe" religiosa (cuya restauración "por el sentimiento" apenas se había iniciado después en su pobre alma): —"Ya serás del último que llegue!..." esto es: ya no tendrá para tí más "autoridad" el Bien que el Mal: ya elegirás entre ellos según tus aficiones, ó según el estado de lucidez de tu conciencia: ya no regulará tus actos otra "Ley" que la que dicten tus propios afectos; ya no

servirá de límite á tu soberbio albedrío el angosto cauce de la "obediencia:" ya caerás en todos los abismos que te atraigan....

Pero dejémonos nosotros de estas filosofías ó teologías, cuyo esclarecimiento no nos incumbe; y, reduciéndonos al humilde oficio de narradores de hechos consumados, volvamos á aquella plaza de la ciudad moruna, de donde acababa de salir para su voluntario destierro nuestro inculto y apasionado protagonista.

Poquísima gente quedaba ya en ella. Antonio Arregul, cuya austeridad de carácter conocemos, no había tardado en alejarse de aquel sitio, rehuendo conversaciones ociosas ó dañinas. Don Trinidad Muley había hecho lo propio, anunciando que iba á meterse en la cama, pues con tantas fatigas y emociones, aumentadas por el dolor de ver partir para siempre á su adorado Manuel, sentíase muy mal y creía que estaba amenazado de un tabardillo. El septuagenario Capitán le dió el brazo y se marchó con él, jurando no volver más á la puerta de la Botica.... Y, con todo esto, se disolvió el concurso, y cada cual tornó á

sus quehaceres ordinarios, despidiéndose unos de otros "hasta la tarde, en la Rifa," no obstante el escaso interés que ya les ofrecía la fiesta.

En cuanto á "Vitriolo," cualquiera habría dicho que una especie de vértigo le dominaba, pues no hacía más que dar vueltas y vueltas en la trasebotica, mirando al suelo, como si invocase al infierno, mientras que sus labios proferían imprecaciones tan espantosas y repugnantes contra Soledad, contra Antonio, contra Manuel, contra el Capitán y contra el Cura, que, de todos sus discípulos, solamente uno le seguía fiel y le acompañaba.—Los demás se habían marchado en pos del ideólogo Paco Antúnez, proclamando que no querían servir de juguete á viles pasiones; que ellos eran incrédulos, pero no criminales, y que harto claro veían que el desalmado farmacéutico, más que adversario de la fe en Dios, era enemigo de la especie humana, y muy particularmente de aquellos individuos que se interponían entre él y la "Dolorosa," por la cual continuaba sintiendo todos los furores del amor, de la desesperación y de la impotencia.

Al único discípulo que permanecía fiel á "Vitriolo" lo conocemos ya moralmente, por un conato de fechoría que estorbó la tarde antes el Capitán retirado, echándole mano al pescuezo en la calle de Santa Luparíá.—"Filemón" se llamaba aquel celoso voluntario de la maldad, cuyo nombre ha conservado la Historia por el odioso papel que al cabo logró representar este otro día, no habiendo conservado también su apellido, como el de Drouet, por la sencillísima razón de que era expósito.

—¡Cállmate, "Vitriolo!" (decía Filemón á su maestro). ¡Yo no te abandonaré jamás, como esos traidores que se han ido con Paco Antúnez! ¡Yo tengo también en el alma mucha amargura que escupir al mundo, y te seré fiel hasta la muerte!

—¿Qué me importa? (chilló el miserable llorando.... no lágrimas, sino verdadero vitriolo.) ¿Crees que mi furor es porque esos necios me han abandonado? ¿De qué me estarían sirviendo ahora? ¿De qué puede servirme ya nadie? ¿De qué me sirve la vida?

En ese momento llamaron al mostrador.

Filemón se asomó á ver quién era, y dijo á "Vitriolo:"

—Sal á despachar.

—¡No despacho!—respondió el farmacéutico.

—¡Mira que es la "Volanta!.....

—¡Ah! ¡la "Volanta!" ¡Que entre! ¡Que entre!—¡Es el último recurso que me queda!

La bruja entró jadeante, sin aliento, bañada en sudor, y se dejó caer en una silla. En sus verdes ojos relucía tanta perversidad en acción, que "Vitriolo" columbró un rayo de esperanza.—Díole, pues, á falta de aguardiente, un poco de espíritu de vino con agua y jarabe, y le dijo, en són y estilo de cómitre:

—¡Vamos, pronto! ¡Desembucha!—;Tú tienes algo que contarme!

La "Volanta" miró á Filemón, como si le estorbaba su presencia.

—¡Descuida! (añadió "Vitriolo.") Este es de los buenos, y podrá ayudarnos, si hay algo que hacer.—Con que ¡habla!

—¡Deja que pueda respirar!... (resolvió al fin la vieja.)—Vengó reventada de correr detrás de ese demonio.... y es lo peor que no le conseguido que oiga ~~mis gritos.~~

—¿De quién se trata?

—¿De quién se ha de tratar?—¡Del niño de la Bola!

—¿Cómo! ¿Tú deseabas hablarle? ¿Tenías acaso algo que decirle? ¿De parte de quién?

—¡Con que no has observado nada! ¡Con que no me viste cuando me acerqué á él y se atravesó el Cura!.....— ¡Me alegro! ¡Así te cojo más de nuevas, y me pagarás mejor mi secreto!

—¿Qué secreto?—¡Dímelo pronto, ruin hechicera, ó te estrujo hasta sacártelo!

—¡Así me gusta á mí la gente! ¡Con entrañas!—Dame otro poco de esa bebida, que está buena.....—Pues, señor, recordarás que esta madrugada me fui de acá cerca de las cuatro (después de referirte lo que ocurría en casa de Manuel), á contárselo á Soledad, que me aguardaba para salir de dudas acerca de si se iba ó no se iba hoy del pueblo su antiguo amante y á enterar de camino á Antonio Arregui (por consejo tuyo) de que su suegra y su hijo estaban pasando la noche en casa de Manuel Venegas.....

—Bien ¿y qué?—¡No me desesperes!

—¡Vamos despacio; que no soy costal!

—Llegué á casa de la "Dolorosa," que lo tenía todo preparado para que me abrieran la puerta sin que lo notase su marido.... —(¡Una vez dentro, no había cuidado; pues, como duermo allí muchas noches, mi presencia en la casa no podía chocar á nadie!—El bueno de Antonio no se había desnudado, y estaba bañándose en su despacho, paseándose como un basilisco, á causa de haber recibido á prima noche contestaciones muy agrias de su mujer (que, como sabes, lo domina completamente) sobre si ésta había morado ó no había morado en la Procesión.....—Es decir, que, por medio de aquella pelea, había conseguido la muy pícara lo que deseaba, que era desterrar al pobre marido de la cama de matrimonio, á fin de esperarme sola...., —y, con este mismo objeto, había hecho que la madre se llevase á su casa el niño, diciéndole que aquel era el mejor modo de desterrarlo.....

—¡Acaba, con cinco mil demonios!

—¡Allá voy; hombre! ¡allá voy!—Pues, señor: encontré á Doña Dukinea metida en la cama, con muchos encajes y moños, como de costumbre (pues es presumida y orgullosa hasta cuando duer-

me), y con dos ojos abiertos como los de una lechuza, aguardando las noticias que yo debía darle sobre su adorado tormento.—¡Siempre te dije que la "Dolorosa" no había nacido para mujer de bien!—¡Es hija de "Caifás," y basta!—¡La triste comida que me da, en cambio de las fincas que me robó su padre, tengo que tragármela revuelta con mil bur-las é insultos por mi afición á beber una gota de lo blanco, y, desde que no vive con su madre, la mayor parte de los domingos se queda sin misa!.....

—¡Lo mismo haces tú, y las dos hacéis bien! (exclamó "Vitríolo.")—¡Vamos adelante; que estoy consumiéndome de impaciencia!

—Pues atiende, que ahora entra lo bueno.—"¡Ay, Lucía! ¡cuánto has tardado! (me dijo al verme.) ¡Se va el pobre Manuel? ¿Lo ha convencido el Cura?"

—Ahora mismo acaba de convencerlo... (se respondió), y creo que se marchará hoy por la mañana.—"¡Hoy por la mañana! (gritó, hecha una loca.) ¡Eso no puede ser!..... ¡Tú no sabes lo que te dices!... —Contéle entonces todo lo que había presenciado en casa del Chantre, y, según yo le iba hablando, ella se po-

nia unas veces muy afligida y otras muy furiosa, hasta que al fin se tiró de la cama, hecha un sol.... (¡porque lo que es á mujer, y á bonita no le gana nadie!) y me dijo, dándome un abrazo tan apretado como si yo hubiera sido "él?"

—"Lucía: ¿cuanto contigo? ¿puedo fiarme de tí? ¿puedo poner en tus manos mi vida y mi honra?"—;Figurate lo que te contestaría! ¡Ya la tenía agarrada para siempre!..... —Así es que no omití medio de tranquilizarla acerca de mi lealtad y de mi cariño.—Púsose entonces un vestido blanco; se calzó las chinelas, y comenzó á escribir como una desesperada.

—;Dame esa carta! (prorrumpió "Vitriolo.") ¡No tienes que decirme más! Adivino el resto....—La carta era para Manuel Venegas, y tú no has podido entregársela por más que has corrido....

—;Has hecho bien en traérmela! ¡Dámela ahora mismo!

—¿Qué significa eso de "dámela?" (replicó la bruja.) ¡Antes tenemos que ajustar cuentas!

—;Dámela en la carta!—bramó "Vitriolo," fuera de sí.

—;Cá! ¡no te la doy!—Si no se la he

entregado á Manuel, ha sido porque Soledad empezó y rompió tantos papелotes antes de decidirse á entregarme éste, que, cuando salí á la calle, después de hablar con Antonio, eran ya las cinco y media, y el Cura no me ha dejado después acercarme á su protegido....— Pero ¡entregártela á tí!..... ¡Qué disparate! —;Yo he venido únicamente á que me la leas!—No ves que con esta carta tengo un capital? ¡Figurate cuánto dinero me dará Soledad por recogerla! —Ahora: como no sé leer, necesito que tú me enteres de su contenido, para calcular hasta qué punto compromete á doña Zapaquilda.

—¿Quieres que se la arranquemos?—preguntó el expósito al boticario.

La vieja saltó como una víbora, y sacó una navajilla, diciendo:

—;Al que se acerque á mí, le abro en canal!—Vaya un amigo que te has echado, "Vitriolo!" ¿No sabes que es jugador con barajas compuestas? ¿No sabes que vive de robos como el que acaba de aconsejarte?

"Vitriolo" replicó secamente:

—;Te compro la carta!—Tengo ahorra-

do algún dinero de mi sueldo.....  
¿Cuánto quieres por ella?

—Esa es otra conversación.—¡No te la doy por menos de tres duros....!

—¡Aquí los tienes! (repuso el boticario, sacando del cajón del mostrador aquella cantidad.)—Venga el papel.

—¡Toma y dáca!—exclamó la vieja, riéndose y guardando la navajilla.

“Vitriolo” abrió el pliego (cuyo sobre no tenía nada escrito), y lo primero que hallaron sus ojos fué un retrato en miniatura, que representaba á un arrogante caballero de treinta ó treinta y cinco años.

—¿Quién es este hombre?—preguntó á la “Volanta.”—¡Se parece á Manuel Venegas!

—¡Toma! ¡Como que es su padre!

—¿Y quién se lo ha entregado á Soledad?

—¡Mira tú! ¡la Justicia!—¡No sabes que todas las fincas, muebles y efectos de Don Rodrigo fueron á poder de Don Elías?

—Es verdad.....—Leamos.

“Vitriolo” devoró con los ojos la carta de la “Dolorosa,” y una alegría satánica, mezclada á veces de un dolor in-

finito, fué pintándose en su lúgubre rostro, á medida que avanzaba en su lectura.—Acabóla, al fin; y, dando un alarido de feroz complacencia, exclamó, volviendo á sus vertiginosos paseos:

—¡Ni el demonio! ¡ni yo mismo! ¡nadie hubiera inventado arma tan espantosa ni tan eficaz!—Lo que ni el público, ni los celos, ni la llamada honra, ni la ira, ni las palabras empeñadas, lograron de Manuel Venegas, lo conseguirá este papel, lo conseguirá el amor.—¡Oh, cómo te quiere la malvada! ¡Y cómo lo precipita en el abismo!—¡Yo completaré la obra de esa imbécil, que toma al hijo de Don Rodrigo por un adúltero vulgar!....—¡Ahora mismo.... Lucía... ahora mismo!....—¡No hay tiempo que perder!....—Ve á casa del alquilador de caballos, y dile que ensille uno para Fillemón, quien irá á montar en seguida....

—Todo eso está muy bien....(observó la bruja). Pero ¿qué le digo á Soledad que he hecho con su carta?

—Tienes razón.... ¡hay que sostener su esperanza, para que no deje de ir á la Rifa!—Pues bien, dile que, no habiéndote sido posible acercarte á Manuel, se la has remitido (por ocurrencia tuya).

con un posta, el cual te ha jurado darle alcance y entregársela en el camino....  
—Corre, pues, corre.... ¡No tardes!—Dile al alquilador que el caballo sea fuerte y bueno.... Fillemón va detrás de tí....

La "Volanta" salió corriendo.

—Oye, amigo mío.... (prosiguió "Víttríolo," adoptando un tono muy solemne.) Oye esta carta, y verás cuán importante es el papel que te toca representar hoy.... ¡Hoy vas á eclipsar la gloria de aquel célebre Drouet, á quien siempre he envidiado, que llevó espontáneamente á Varennes la noticia de la fuga de Luis XVI!—Oye, y verás cómo podemos ganar esta tarde la batalla que perdimos esta mañana!—Yo estaba hace poco como Napoleón á las tres de la tarde en Marengo; perdido, derrotado, retirándome....; cuando he aquí que acaba de llegar en mi auxilio el General Desaix con sus divisiones de refresco, diciéndome que aún es posible revocar el fallo de la fortuna; que aun tengo tiempo de ganar una nueva batalla....  
—¡Eso es para mí esta carta de la "Dolorosa!"—¡Tiemble, pues, la Ciudad!

¡tiemble el universo! ¡El triunfo va á ser de "Víttríolo!"

—Pero léeme la carta....—dijo Fillemón, ganoso de graduar la importancia del daño que iba á hacer.

—¡Es verdad! Leamos otra vez "su carta".... (repuso ferozmente el maestro.) ¡Hay venenos que sirven de medicina, y eso me pasa á mí con éste!—¡Oye, y aprende á conocer los abismos que pueden ocultarse debajo de un rostro de "Dolorosa!"

La carta decía así:

"Manuel:

"No puedo ni debo callar más..... No quiero que te vayas maldiciendo mi nombre, ni que me recuerdes con odio el resto de tu vida, cuando Dios sabe que no merezco tu maldición ni tu aborrecimiento, sino que me tengas tanta lástima como yo á tí.

"Ayer tarde en la Ermita y esta noche en tu casa te habrá suplicado mucho mi madre que te alejes de mí para siempre y que me olvides, y aún puede ser que haya tomado mi nombre al rogártelo. Mi mayor gusto hubiera sido impedirle que te aconsejara semejante cosa.... Pero

¿cómo decir á mi madre lo que te voy á decir á tí?

“Por eso me he resuelto á escribirte esta carta, que no debes dudar es de mi puño y letra, pues ya ves que te incluyo, como señal, un objeto para tí muy conocido y que sólo yo podía poseer, cual es un retrato de tu padre que encontramos en uno de los muebles de su pertenencia, y que de todos modos tenía pensado devolvarte, con cuanto fué suyo, incluso las fincas, por haberlo así resuelto mi conciencia y mi voluntad, desde que, en mis primeros años, me enteré de ciertas desventuras....

“Manuel: no extrañes nada de lo que te llevo dicho, ni de lo que me resta que decirte. No extrañes tampoco que te hable de “tú.” Lo mismo me hablaste tú á mí la única vez que me has dirigido la palabra... Y, además, ¿para qué seguir ocultándolo? ¿para qué mentir ó callar, cuando mis ojos me han vendido siempre, como mis lágrimas me vendieron esta tarde?—¡Mi corazón es tuyo, Manuel. Mi corazón es tuyo desde que, á la edad de ocho años, me acostaron en el lujoso catre en que tú habías dormido tanto tiempo y de que acababas de ser

despojado... Yo pasé muchas noches en vela, pensando en que tú, huérfano y pobre, estarías maldiciéndome y despreciándome á aquella misma hora, recogido por caridad en un lecho ajeno.—Sí, Manuel mío: desde entonces es tuyo mi corazón; es decir, desde antes de conocerle, desde que supe que existías, desde que me contaron tus desgracias...—Después te ví... ¡y nada tengo que decirte que no te revelaran primero los ojos de la niña y luego los ojos de la mujer!....

“¿Es culpa mía que tu ausencia haya durado ocho años? ¿Sabes tú lo que yo he padecido durante ellos? ¿No conocías el alma de hierro de mi padre? ¿Ignoras que me ví encerrada en un convento y que ya vestía el hábito de novicia, cuando accedí á casarme, no sé con quién, con cualquiera, con el primero que me pretendió, á fin de evitar que cuando volviesses me encontraras separada de él por los muros de un claustro, que si tan siquiera nos habrían permitido verla, como nos veíamos antes de tu ~~mal-~~ dado viaje?

“Pero, aunque el infortunio ~~me~~ me obligó á casarme con otro hombre, ¿no me conoces, Manuel? ¿Has dejado de

leer en mi corazón con tanta claridad como cuando decías á todo el mundo: Yo sé que me quiere: yo sé que es mía?"—  
Y, si me conoces, ¿por qué te marchas? ¿Por qué te marchas, desdiciéndome, aborreciéndome, sin dignarte lidiar contra la nueva desdicha que nos separa en apariencia, y dejándome reducida á vivir y morir con este hombre que no conozco, que no me conoce, y que no quiero ni podré llegar á querer nunca? ¿Por qué me castigas tan duramente, entregándome al ludibrio de este pueblo, que siempre me había coronado con la diadema de tu amor?

"¡Ingrato! ¡cruel! ¡Pagarme con tanto desvío y tanta injusticia, cuando llevo diecisiete años de aguardarte! ¡Irte, primero por ocho años, y después para no volver jamás, sin comprender que, desde la primera hora de mi juventud, al verme tan separada de tí por el destino, te sacrificué mi recato, mi honra y mi vida!—¡Loco! ¡no buscarme nunca en secreto! ¡buscarme siempre en presencia del público! ¡Figurarte que era menester ir á América á conquistar un millón para llegar hasta mí, para enseñorearte de mi cariño! ¡Crear ahora que hay necesidad

de matar á nadie, que hay que estremecer el mundo, que hay que vencer ningunos obstáculos, para triunfar, al cabo, de los rigores de nuestra suerte y convertir en dulce realidad todos los sueños de nuestra vida! ¡Obligarme á decirte loca de amor, y llenar la cara de sonrojo, lo que á tí te tocaba pensar, decir y hacer descuidadamente, sabiendo, como sabes desde la primera vez que me viste, que eres el rey de mi alma y el dueño de todo mi sér!... ¡el único hombre que he amado y que podré amar! ¡el único que puede darme la vida ó la muerte!

"¿Lo ves, Manuel mío? ¿lo ves? ¡Tu pobre Soledad ha perdido la razón! ¡Tu Soledad, desesperada al saber que la abandonas para siempre, te escribe delirando, muerta de amor, sin orgullo, sin reserva, como la esposa al esposo de su vida...—¡Ah! no te vayas! ¡Ven! ¡perdóname! ¡compadéceme! ¡prestítuyeme tu corazón, aunque después termine nuestra existencia!

"SOLEDAD."

—¡Tremenda carta!—exclamó el expósito, lleno de espanto.

—¡Pavorosa! (respondió "Vitriolo.")

Obra maestra de dos formidables pasiones, ó sea del orgullo y de la sensualidad!

—¡La inicua se casó con Antonio Arregui para que no se dijese que yo era el único hombre que se había atrevido á desafiar las iras del "Niño de la Bola" con tal de poseerla, y hoy entrega á su esposo al puñal de Manuel, para que no se diga que éste se marcha despreciándola y sin otorgarle los honores de una lucha á muerte!—Hasta aquí el orgullo.

—En cuanto á la sensualidad, hay que leer la correspondencia de Mirabeau y Sofía para hallar tamaño desenfreno...

—¡Y pensar que todavía la adoro!

Flemón repuso:

—Si enviaras este papel á Antonio Arregui, mataría á su mujer en el acto, y tú saldrías de penas...

—Ya he pensado en eso. ¡Pero no me acomoda! (respondió "Vitríolo" con horrible fealdad.) Lo que yo necesito es que Antonio muera asesinado por Manuel y que á Manuel le de garrote el verdugo. De este modo, la execrable vida, sola y deshonrada, será tan infame como yo.—Además: el triunfo de D. Trinidad Muley consiste en la pacífica marcha del hijo de D. Rodrigo...— Es, no?

lo tanto, de absoluta necesidad que el hijo de D. Rodrigo, vuelva... y mate!

—Tienes razón... ¡jura la carta!—El caballo debe estar dispuesto...

—¡Toma... toma, hijo mío! (exclamó "Vitríolo" con siniestro júbilo.) La gloria de la Filosofía y mi apetecida venganza están en tus manos...— Yo creo que lograrás dar alcance á nuestro héroe en alguna de las primeras ventas... El insensato lleva tres días sin comer ni dormir, y sus fuerzas no pueden menos de tener límite, como todas.—Además: el maletín de la montura atestado de oro, según me ha dicho la "Volanta" impedirá á su caballo correr mucho.—Cuando lo encuentres, le dices que estás empleado en la fábrica de Antonio Arregui, y que su señora te ha confiado esa carta con el mayor secreto.—En seguida le contarás como de tu cosecha, que Arregui fué ayer á desafiarlo á Santa Luparita, y que por eso corría tanto la Procesión y lo encerraron á él en la Sacristía: le dirás asimismo que esta mañana venía también Antonio á provocarlo, y que, á ruegos de D. Trinidad, desistió de ello; le dirás, por último, que Soledad y su marido van esta tarde á la Rifa, y

que el orgulloso fabricante se ha ufandado hoy en calles y plazas de haber hecho huir al temido "Niño de la Bola"...— ¡Ah! se me olvidaba lo principal...— Procurarás hacerle creer que D. Trinidad Muley explicaba hoy á todo el mundo el viaje de su abijado, contando que el Niño Jesús le dirigió anoche la palabra y le mandó que se marchase del pueblo, no sin dejarle todas sus joyas al Cura, para que dispusiese de ellas á su antojo...— En fin, inventa, discurre, miente... ¡Todo es lícito, cuando se trata de salvar la sociedad!...

—¡Descuida, maestro, descuida! ¡Sé lo que tengo que decir!... (interrumpió Fílemón, dándole la mano).—¡Hasta la tarde, si es que alcanzo hoy á Manuel Venegas! Y, si no lo alcanzo, iré en su busca al fin del mundo!

—¡Eres todo un hombre!—¡Cuando yo falte, tú heredarás mi magisterio!—contestó "Vitriolo," acompañándole hasta la puerta de la botica y abrazándole paternalmente.

Y, luego que lo vió desaparecer, añadió con acento lígubre:

—¡Soledad! no dirás que te olvido...— Tú echaste mi carta á un perro para que

se la comiera... ¡Yo he echado la tuya á un tigre furioso!...—¡Estamos en paz, alma de mi alma!

## II

## LA RIFA.

Aquel mismo sol cuyos matutinos rayos habían alumbrado la solemne y conmovedora partida de Manuel Venegas, continuaba á las tres y media de la tarde su majestuosa marcha por el cielo, llevando en pos de sí las horas póstumas y sobrantes de un día al parecer ya inútil, cuyo interés y juicio histórico dieron por concluidos tan de mañana todos los habitantes de la Ciudad.

Obedeciendo, empero, la mayoría de éstos á la ley de inmemoriales costumbres, habían acudido, después de comer, á aquel anfiteatro de amarillos cerros, enajados de habitadas cuevas, donde, como todos los años, en tal fecha, debía

que el orgulloso fabricante se ha ufandado hoy en calles y plazas de haber hecho huir al temido "Niño de la Bola"...— ¡Ah! se me olvidaba lo principal...— Procurarás hacerle creer que D. Trinidad Muley explicaba hoy á todo el mundo el viaje de su abijado, contando que el Niño Jesús le dirigió anoche la palabra y le mandó que se marchase del pueblo, no sin dejarle todas sus joyas al Cura, para que dispusiese de ellas á su antojo...— En fin, inventa, discurre, miente... ¡Todo es lícito, cuando se trata de salvar la sociedad!...

—¡Descuida, maestro, descuida! ¡Sé lo que tengo que decir!... (interrumpió Fílemón, dándole la mano).—¡Hasta la tarde, si es que alcanzo hoy á Manuel Venegas! Y, si no lo alcanzo, iré en su busca al fin del mundo!

—¡Eres todo un hombre!—¡Cuando yo falte, tú heredarás mi magisterio!—contestó "Vitriolo," acompañándole hasta la puerta de la botica y abrazándole paternalmente.

Y, luego que lo vió desaparecer, añadió con acento lígubre:

—¡Soledad! no dirás que te olvido...— Tú echaste mi carta á un perro para que

se la comiera... ¡Yo he echado la tuya á un tigre furioso!...—¡Estamos en paz, alma de mi alma!

## II

## LA RIFA.

Aquel mismo sol cuyos matutinos rayos habían alumbrado la solemne y conmovedora partida de Manuel Venegas, continuaba á las tres y media de la tarde su majestuosa marcha por el cielo, llevando en pos de sí las horas póstumas y sobrantes de un día al parecer ya inútil, cuyo interés y juicio histórico dieron por concluidos tan de mañana todos los habitantes de la Ciudad.

Obedeciendo, empero, la mayoría de éstos á la ley de inmemoriales costumbres, habían acudido, después de comer, á aquel anfiteatro de amarillos cerros, enajados de habitadas cuevas, donde, como todos los años, en tal fecha, debía

celebrarse el Baile de Rifa del Niño de la Bola, y donde ocho u ocho años antes tuvo lugar la fatal subasta en que el hijo de D. Rodrigo fué derrotado por D. Elías Pérez.

No sólo este acaudalado sujeto, sino otros muchos ricos y pobres de los que allí vimos, habían muerto desde 1822 á 1840. En cambio, innumerables niñas y niños de entonces eran ya mujeres y hombres hechos y derechos; muchos solteros y solteras se habían casado y tenían hijos, y no pocos padres y madres á quienes conocimos frescos y buenos mozos figuraban ya entre los viejos y los abuelos....—Por consiguiente, el cuadro, aunque hubiese variado en sus individuales pormenores, venía á ser el mismo á primera vista y en conjunto.

Allí, en efecto, había, como antaño, clérigos y cofrades, soldados y balladoras, señores y plebe: allí se veían, á la puerta de las oscuras cuevas, hileras de sillas ocupadas por lujosas damas y endomingados caballeros: allí resaltaban á la luz del sol los animados colores de los pañuelos y sayas de las criadas y labriegas, los pintarrajados chaqueros y fajas encarnadas de los hombres

del pueblo, las medias blancas de trabilla de los que llevaban calzón corto, los refajillos colorados de las niñas pobres y descalzas que no tenían vestido, y las cobrizas carnes de los chiquelos que no tenían ninguna ropa....

También se veía allí, sobre una mesa con mantel de altar, la reluciente figura del Niño Jesús, adornada con todas las alhajas que le regalara pocas horas antes Manuel Venegas, cuyo puñal indio, de pomo de oro con piedras preciosas, seguía á los pies de la bella *Eugie*, como pintan al dragón del pecado á los pies de la Virgen María.

Las gentes contemplaban, llenas de asombro y curiosidad (y muy edificadas y reconocidas al cielo, á creer en sus terminantes declaraciones), aquellas valiosas ofrendas de la mayor ira, trocada de pronto en cristiana mansedumbre....

—Indudablemente, la idea de este maravilloso cambio llenaba en su mortífera imaginación, ganosa de emociones extraordinarias, el vacío resultante del pacífico término de un conflicto tan dramático y descomunal como el hecho tablas por la caridad de Don Trinidad Muñoz.—  
—¡Habíase frustrado la tragedia; pero

quedábase mejor y más noble asunto de perdurables comentarios; quedábase un poema religioso!

Sin embargo (y aunque difícilmente hubieran podido explicar la causa), hallábase desanimados y tristes...—Acaso les acontecía lo contrario que á Manuel Venegas, y, así como éste tenía "caridad" sin "fe," ellos tenían "fe" sin "caridad".....—O puede que todo consistiera en que los Canónigos (á quienes se aguardaba para empezar la fiesta) no habían llegado todavía; ó en que también faltaba de allí nuestro amigo el Veterano Capitán, que solía ser el gran jefe del baile y de la Rifa; ó en que había cundido la infausta nueva de que Don Trinidad Muley se hallaba enfermo en cama, con una fuerte calentura, y que había llamado á un escribano para hacer testamento, como cesionario de la mayor parte de las riquezas de su antiguo pupilo.

La llegada de Don Trajano y de la forastera, seguidos de Doña Tecla, de Pepito y de otros tertulios, alegró algo á los demás concurrentes, quienes, como de costumbre, pasaron minuciosa revista al traje, al peinado y á los adornos de

la elegantísima prima del Marqués, tratando de aprendérselo todo de memoria, así como sus menores gestos y ademanes.

Muy hermosa y gallarda iba á la verdad aquel día, con su vestido de gro celeste y su mantilla de blonda negra, que más bien servían de realce que de disfraz á las arrogantes líneas de su cuerpo; pero inútil era que las beldades del país tratasen de copiar lo que en aquella mujer de raza, educada desde la cuna por las sílfides de la elegancia y de la moda, constituía ya segunda naturaleza.

Tampoco fuera oportuno que nosotros nos detuviésemos en este acelerado epílogo á relatar todo lo que hablaron allí la madreña, Don Trajano y Pepito, acerca del chasco dado por Manuel á la expectación pública. Sólo diremos que la deidad proclamó repetidas veces que aquel desenlace había sido "muy frío" y que si como cristiana se felicitaba íntimamente del buen término del asunto, como artista, no podía menos de declarar que todo aquello era prosaico y vulgarísimo, y nada propio de un héroe de tanto corazón y arranque como ella ha-

bía supuesto al famoso "Niño de la Bola."

—En fin.... (concluyó diciendo:) ¡el drama no ha resultado romántico!

—¿Tiene usted más razón de lo que se figura! (contestó el señor de Mirabel.) ¡Para drama romántico, le falta un par de crímenes!—En compensación... (usted misma lo ha dicho), su desenlace ha sido eminentemente cristiano.

—Y ¿qué tiene que ver el arte con el cristianismo?—replicó la forastera.

—El arte romántico, ¡nada! (expuso el jovellanista.) Precisamente es hijo de la soberbia y la impiedad, y no admite más culto que el de la mujer y el de la venganza.—Los románticos son idólatras de sí mismos, de sus pasiones, de sus afectos, de sus amarillentas adoradas y de otras póbrezas terrenales "ejusdem furfuris."

—Don Trajano debe de tener razón... (observó el hipócrita Pepito); pues por ahí se dice que los más imitados con la solución amistosa del tal drama son los incrédulos de la Botica.

—¡Terrible gente! (respondió el jurista-consulto, alzando mucho las cejas.)—A mí no me asustan los milicianos naciona-

les.... —¡Ya vieron ustedes ayer qué entusiasmados y devotos iban en la Procesión!.... ¡Estos progresistas son buenos en el fondo!—¡Pero esa gente-cilla nueva que no cree en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo representa un gran peligro para el porvenir!

—Oye una palabra, Trajano.... Con permiso de los señores....—dijo en esto al discípulo de Moratin aquel otro viejo, también moderado jovellanista, que la tarde antes vimos con él en un balcón.

Y, arrimando la boca á su oído, añadió lo siguiente:

—Esa "gente-cilla" que dices, es nuestra legítima heredera....—Nosotros, con todos nuestros pergaminos y nuestra sangre azul, fuimos, cuando jóvenes, partidarios de la Razón, del Buen Sentido y hasta de aquel "Ser Supremo" que substituyó al antiguo "Jehová"....—¿No te acuerdas?

Y, al hablar de este modo, el viejo se reía cínicamente.

—¡Eso no se dice!—gruñó Don Trajano de muy mal humor.

—Te lo digo á tí.....

—¡Ni á mí tampoco!—¡Ni á tí mismo!

—Y verás cómo, con el tiempo, te acostumbra á creer que tienes otras ideas.

Peliagudo se había puesto el negocio, cuando quiso Dios que llegaran á la Rifa Antonio Arregui y la "Dolorosa," corriendo con su presencia aquella y todas las conversaciones pendientes, muy nuevos interesantes que las mismas personas que les servían de asunto.

Antonio iba sumamente descolorido y turbado, pero más obsequioso que nunca con su mujer, como haciendo público alarde de dicha conyugal, al par que buscando en el fondo una verdadera reconciliación doméstica.

Soledad no parecía la misteriosa esfinge de siempre. Había cambiado de actitud y hasta pudiera decirse que de carácter. Estaba inquieta: miraba á todos lados, y sus ojos no eran ya mudos abismos llenos de sombra, sino volcanes de amor en actividad. . . .—El preconcebido adulterio acechaba desde ellos á la honradez para herirla por la espalda.

Vestía de blanco como una novia, sin que su elegancia y donaire tuviesen nada que envidiar á la forastera. Una toca negra de encaje hacía resaltar dulcemente la blancura de su muy descubier-

ta garganta, así como los hilos de perlas que le servían de brazaletes pardeaban al querer competir con sus nevados brazos.—Estaba hermosísima; la tentación no se mostró nunca en más temible forma.

No al lado de su adorada hija, sino al lado de Antonio Arregui, habíase sentado la señá María Josefa, muy acabada por aquellos dos días de mortal zozobra; pero aún vigilante y en la brecha, como si la alarmasen tristes presentimientos.—Honor y dechado del "sexo femenino" (que tan desventajosa representación tiene en esta reducida historia), aquella noble mujer, que no se allanó, cuando moza, á las demandas de su millonario señor, sino al debido precio de su mano y de su nombre; la que después hemos visto esposa fiel, paciente y trabajadora; la madre amantísima; la amiga de los necesitados, no podía menos de hallar, y halló efectivamente aquella tarde en tan numeroso y vario gentío, miradas de compasión y de respeto por parte de otras muchas mujeres de bien; condigno premio de un largo heroísmo; elogio fúnebre, no muy antici-

dado por cierto, de la que había de morir á los pocos días.

Llegaron, al fin, los Canónigos, justificando su tardanza con la solemnidad de las Vísperas que acababan de rezar, en conmemoración de no sé qué difunto monarca vencedor de los mahometanos, ó inmediatamente comenzó la Rifa, seguida del Baile; este último al són de instrumentos moriscos, ó sea de guitarras, platillos, carranacas y castañuelas, como antes de la Conquista.

Las parejas de danzarines no se concertaron en virtud de puja, sino espontáneamente, formándolas, por tanto, mozas y mozos de la clase baja, al tenor de sus particulares inclinaciones, de donde sólo hubo que admirar el rumbo y desenfado de tal ó cual refajona metida en carnes y de coloradas mejillas, que se movía como una peonza, ó las primorosas y continuas "mudanzas" con que la "obligaba" algún pinturero bailaror de zapatos blancos.

Respecto de la Rifa, era mucho menos el interés del "señorio," pues no se bastaba otra cosa que los hilos de mar-chitas uyas, las tortas de pan de aceite y las panojas de arrugadas peras y manza-

nas (todo allí de manifiesto) que habían regalado los devotos al Niño Jesús....

De esta manera llegaron las cinco de la tarde, y ya se disponían á regresar á la Ciudad algunas familias acomodadas, entre ellas la de Antonio Arregui, cuando notóse de pronto en las más distantes y encumbradas cuevas, una gran agitación, acompañada de gritos de mujeres y niños que decían:

—¡Manuel Venegas! ¡Manuel Venegas!  
¡Allí viene! ¡Ahora cruza las viñas!  
¡Pronto llegará ahí!

Un rayo que hubiese caído en medio de la multitud, no habría causado tanto pavor.—Todo el mundo se puso de pie: cesaron la música y el baile: corrieron gentes al encuentro del temido joven, guiándose por las indicaciones de los que lo veían (pues llegaba por camino desusado); huyeron otras personas en sentido opuesto, como para librarse de la tormenta que se cernía en los aires... y aun hubo algunas que hablaron de ir á buscar á Don Trinidad Muley....

Antonio Arregui era el único que permanecía sentado, ó, por mejor decir, que había vuelto á sentarse al oír aquel temeroso anuncio.—Estaba lívido; pero

resuelto, callado, y como indiferente á lo que sucedía.

La seña María Josefa le decía llorando:

—¡Vámonos! ¡Vámonos á casa! ¡Piensa que tienes un hijo!

Otras mujeres se ofrecían á esconderlo en tal ó cual segurísima cueva.

Las autoridades procuraban tranquilizarlo, diciéndole que ellas no consentirían ningún atropello....

Antonio no contestaba á nadie.

Soledad, de pie, silenciosa, terrible, parecía aguardar la resolución de su marido.

—¡Siéntate!—dijole éste con desabrido tono y sin mirarla.

Soledad obedeció con indiferencia.

Y las autoridades y las demás gentes retiráronse de él con frialdad, en vista de que nada les respondía, yendo el Alcalde á consultar el caso con el jefe de su partido, ó sea con Don Trajano Pericles de Mirabel, á quien debía la vara.

El jurisperito informó que no podía prenderse á Manuel Venegas mientras no cometiese delito ó conato de él; pero que había que vigilarlo mucho, así como á Antonio Arregui.

La forastera, que, aunque algo asustada, estaba en sus glorias, opinó lo mismo.

Entonces rogó el Alcalde á todo el mundo que se sentara, y mandó que prosiguiesen la música y el baile, como, en efecto, así se hizo, bien que sin gana de los actores ni atención alguna de los circunstantes.

Entretanto, ya había asomado Manuel Venegas, no por el camino de la Ciudad, sino por lo alto de los cerros, cual si desde la vecina Sierra hubiera bajado á campo traviesa para caer más pronto en aquellos parajes.

Venía á caballo, y faltábanle muy pocos obstáculos que vencer para entrar en camino expedito y llegar en breves instantes al lugar de la Rifa.

La perplejidad del "Coro" era inmensa, indefinible.—¡Había cambiado tantas veces de papel en aquel drama, que ya no sabía qué actitud tomar, ni discernía acaso sus propios sentimientos!

En esto, llegó Manuel cerca de la explanada que servía de centro á la fiesta. Apeóse del caballo, cuya brida entregó al primer oficioso que se puso á sus ór-

denes, y, sin mirar, ni saludar á nadie, acercóse al sitio en que se bailaba.

Antonio giró un poco sobre la silla, hasta dar la espalda al arrogante joven, como dejando el cuidado de su propia vida á la conciencia del público y á los representantes de la Ley.

Manuel, demudado por cuarenta y ocho horas de constante martirio, febril, delirante, enloquecido por la carta de Soledad, miraba á ésta con la terrible audacia de siempre, y también con una especie de amorosa infamia y declarado triunfo que pregonaban la deshonra de Antonio Arregui, llenando de asombro á la concurrencia.—¡Indudablemente, si el esposo hubiera visto aquella mirada, su dignidad le habría hecho saltar del asiento, y abalanzarse al temerario que así le ofendía!..... Pero repetimos que Antonio no hacía caso alguno de Venegas.

Soledad, por su parte, tenía clavados los ojos en el suelo.

La madre era la única que lo veía todo; y, por resultas de ello, temblaba como la hoja en el árbol.

También temblaba el público.....; y

no fué uno solo de los presentes quien murmuró en voz baja:

—¡Esto es horrible! ¡Se masca la sangre!

Otros decían al mismo tiempo:

—¡Habéis reparado? ¡Manuel trae dentro de la faja un par de pistolas!

Y, en efecto, todos advertían que su rico ceñidor de seda marcaba en la parte anterior de la cintura dos largos bultos que daban lugar á semejante suposición.

En fin: el caso era de lo más grave y comprometido que pudieron apetecer nunca los aficionados á querellas y desastres.—Si "Vitriolo" hubiese estado allí se habría bañado en agua de rosas.

Un buen hombre, el viejo buñolero de la Plaza, tuvo entonces una idea muy feliz, nacida de su deseo de conjurar el inminente conflicto, llamando hacia otro lado la atención de Manuel y de los espectadores:

—¡Un real (exclamó), porque Manuel baile con la señora Marquesa!

Y señalaba á la huésped de Don Trajano.

El pensamiento fué muy apiadido y despertó en la gente una frenética y

dellberada alegría, que más bien era generosidad y misericordia.—La causa del Bien acababa de ganar mucho terreno.

Nadie puó en contra del piadoso anciano; y, como la más vulgar cortesía vedaba á Manuel oponerse á bailar con tan noble señora, y, por otra parte, convenia á su propósito que la ley tradicional de la Rifa fuese aquel día respetada ciegamente por todo el mundo, cedió al blando impulso con que lo animaban muchas personas, y adelantóse hacia la forastera.

Esa no se hizo de rogar, y ya estaba de pie, cuando Manuel llegó á ella sombrero en mano. Dirigió la beldad una amable sonrisa á nuestro héroe, por vía de saludo; tercióse la mantilla debajo del brazo, como si hubiese nacido en el propio Albalcín; y, tomando puesto entre las demás parejas (que hicieron alto inmediatamente, con gran respeto, para que la gentil madrileña y el famoso Manuel luciesen mejor su gallardía), rompió á bailar un fandango clásico, sobrio de mudanzas, pero voluptuoso como el que más, que arrancó mil aclamaciones á los circunstantes.

Manuel apenas se movía. Hubiera podido decirse que únicamente oscilaba, atraído por las alternadas idas y venidas de la bella aristócrata, cuyo traje de seda crujía á cada garbosa contorsión de sus brazos y talle, como las lucientes escamas de elegante culebra que se vergue y enrosca alternativamente, queriendo fascinar á la ansiada víctima.

Pero el infortunado joven, á quien la negra suerte había reservado aquel último escarnio, no levantaba la vista del suelo.

Soledad aprovechaba en tanto, la general distracción para devorar á su amante con los ojos.... Seguía Antonio casi vuelto de espaldas á su mujer y al público..... Y, como si todavía fuese posible que substituyese la comedia á la tragedia, Don Trajano y Pepito sentían unos celos feroces al pensar que no eran ellos idóneos para el personalísimo arte de Terpsicore.

Acabó de bailar la llamada Marquesa, y quedó con los brazos medio tendidos, esperando el inexcusable abrazo de ordenanza.

Manuel se detuvo, cortado...., y ella

permaneció también inmóvil, dominada por el femenino pudor.

—¡Que la abrace!—gritó el público.

Manuel avanzó tímidamente y abrazó á la hermosa forastera, entre los aplausos del gentío.

Cogióse entonces ella de la mano del joven, para que la condujese á su sitio, y díjole á los pocos pasos, deteniéndolo:

—¡Con que ya no se marcha usted!— Vaya usted á visitarme y hablaremos de América.....—Yo tengo intereses en Lima.

—Señora..... (contestó Manuel lúgubremente.) ¡Lo que ha tenido usted es la crueldad de bailar con un cadáver!

La forastera sintió un escalofrío de horror, y, soltando la mano del infeliz, lo saludó ceremoniosamente y corrió á su asiento.

—¡Es un hombre finísimo!..... ¡Un hombre delicioso!....—iba diciendo á izquierda y derecha, para ocultar su miedo y su humillación.

En aquel mismo instante, sonó una voz terrible, como la trompeta del Juicio Final: la voz de Manuel Venegas, que decía:

—¡Cien mil reales porque baile conmigo aquella señora!

Y señalaba á Soledad.

Todo el mundo se puso de pie, y Antonio el primero de todos.

Reinó, pues, una agitación indescribible.

Manuel Venegas estaba plantado en medio de la explanada, solo, con los brazos cruzados, y fijos los ojos en la "Dolorosa."

Esta y su madre contenían á Antonio, mientras que las Autoridades, los Prebendados, el señor de Mirabel y otras muchas personas de viso le decían que Manuel estaba en su derecho; que la petición era legal; que sólo podía rechazarse haciendo otra oferta mayor; pero que sería temeridad intentarlo, cuando aquel hombre poseía millones y estaba medio loco.

La gente de pelea y toda la chusma de chiquillos y pordioseros gritaban entre tanto:

—¡Ya está dicho! ¡Cien mil reales!—Si el otro no da más, que tenga paciencia!—¡Vamos, señora!... ¡Salga usted á bailar, que se hace tarde! ¡El Niño Jesús es antes que todo!—Señor Arregui, en este

sitio no se pelea más que con dinero!  
¡Suelte usted la mosca ó la mujer! ¡No  
hay escapatoria!

Antonio tuvo que desistir de su empeño de ir á concertar con Manuel un desafío á muerte (que era el plan que se deducía de sus medias palabras,) y, apremiado por el Mayordomo de la Cofradía, que gritaba con voz oficial: "¡Cien mil reales porque baile la señora de Arregui con Don Manuel Venegas!" exclamó con irritado acento:

—¡Todo mi caudal porque no baile!

—¡Eso no sirve!—¡Esa proposición es nula!—¡Desde lo que pasó aquí hace ocho años, quedó establecido que sólo se admiten pujas de dinero presente! ¡Don Elias no le pagó á la Hermandad aquellos dos mil duros, y los cofrades tuvimos que pechar con las costas del juicio.

Así dijeron á Antonio en varias formas y maneras los gritos de la muchedumbre y los discursos de las importantes personas que lo rodeaban.

Manuel seguía impassible, esperando en su puesto.

Soledad había dicho ya varias veces á su marido:

—¡Déjalo! ¡Bailaré! ¡Eso qué importa?

—¡También ha bailado la prima del Marqués!

—¡No bailas!—replicó duramente Antonio.

—Dices bien.—¡Que no baile! (exclamó la señora María Josefa).—Vámonos á casa.

—¡Eso es imposible! (repusieron los hombres graves y la autoridad.) ¡Hay que respetar las costumbres del pueblo! ¡Hay que evitar un motín! El Niño Jesus no puede perder ese dinero....

—Iré á mi casa y á casa de mis amigos por todo el oro que pueda reunir.... ¡Y pujaré hasta las nubes!....—contestóles el digno riojano.

—¡Locura! (arguyeron los otros.) ¡Pronto será de noche!—Además: ¿cómo va usted á dejarse aquí á la señora?—Ni ¿cómo llevársela, sin que baile?—¡Nadie lo consentiría!....

En tal situación, dejó su asiento la ramera, la dictadora de aquel pueblo, la mujer de todos temida y reverenciada, y, llegándose á Soledad, la cogió de la mano y le dijo políticamente:

—Señora: quisiera tener el honor de llevarla yo del brazo al baile....—Y usted, caballero Arregui, reflexione que yo mis-

ma he ballado con la persona de que se trata...—Con que vamos, señora..... Se lo suplico.....

Soledad se levantó.

Arregui no supo qué contestar, y bajó la cabeza desesperadamente.

El público abrió calle y la forastera condujo á Soledad á donde la aguardaba su atrevido amante.

Este acababa de sacar de la faja lo que había parecido un par de pistolas, y que resultó ser un par de paquetes de onzas de oro. Contó trescientas trece sobre una bandeja que le presentaba un cofrade, y dijo naturalísimamente:

—Sobra media onza.—Désela usted á cualquier necesitado.

En seguida se volvió hacia Soledad; saludóla, quitándose caballerosamente el sombrero; y, como en esto principiase la música, comenzó también el fatídico baile de aquellos dos seres que no habían cruzado nunca una palabra y que, sin embargo, podía decirse que habían pasado la vida juntos, alentados por una sola alma, subordinados á un mismo destino.

Soledad no ballaba: iba y venía de un lado á otro, con los ojos fijos en tierra,

como dominada por un vértigo. Manuel no ballaba tampoco: seguía los pasos de Soledad, mirándola frenéticamente, como el sediento mira el agua que va á llevar á sus labios.

Antonio temblaba con la faz oculta entre las manos, por no ver el ludibrio que se hacía de su honor, tal vez de su honra.....

El público guardaba un silencio medroso, que parecía la tácita expresión del remordimiento anticipado.

Detúvose, al fin, Soledad, como dando por concluida tan espantosa danza, y levantó hacia Manuel unos ojos hechiceros, voluptuosos y malignos, en que se leía toda la carta que le había escrito al amanecer...

Manuel se llegó entonces á su querida con los brazos abiertos, en los cuales se arrojó ella, sin poder dominar el amoroso arrebató de su alma y de su sangre. Recogióla el misero, y la estrechó á su corazón, como el trofeo de toda su vida... y el mundo y el cielo desaparecieron á la vista de los dos insensatos....

—¡Socorro! ¡que la ahoga!—prorrumpió súbitamente la madre, corriendo hacia ellos.

—¡Asesino!—gritó Arregui al alzar los ojos y ver lo que pasaba.

—¡La ha matado!—exclamaron otras muchas personas entre alaridos de indescriptible horror.

Y era que todos habían visto á Soledad ponerse azul, echar sangre por la boca y por los oídos, y doblar la cabeza sobre el seno de Manuel Venegas.....

¡Era que los más cercanos habían oído crugir endebles huesos entre aquellas dos férreas tenazas con que el atleta loco seguía estrechando contra su corazón á la "Dolorosa!"

¡Y el desdichado (ignorante sin duda de que le había dado la muerte,) miraba entre tanto en derredor suyo, como desafiando al universo á que se la quitara.

A todo esto, la madre había llegado, y pugnaba inútilmente por desasir á su hija de los brazos de aquel león.....

Antonio se abalanzaba por su parte al puñal que tenía á los pies el Niño Jesús, y corría hacia Manuel lanzando aullidos de venganza.....

Manuel lo vió llegar; vió que le hería; sintió el golpe; pero no hizo nada para defenderse, por no soltar á su adorada...

Sólo cuando el puñal húbole atravessa-

do el corazón, fué cuando abrió los brazos, de donde se desplomó en el suelo el cadáver de la "Dolorosa."

Cayeron, pues, juntos, los dos amantes, y la sangre de ambos, revuelta y confundida, fué devorada por la sedienta tierra.

La madre, sin sentido, formaba grupo con los muertos.

Antonio volvió á poner el puñal á los pies del Niño Jesús, y se entregó voluntariamente á la justicia.

FIN.

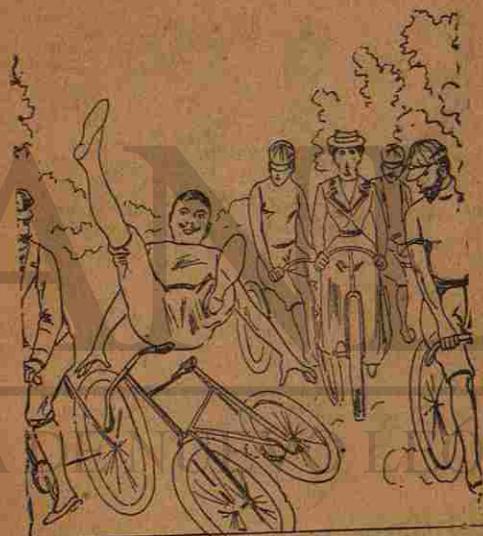
## HISTORIA SINGULAR.



Era una hermosísima mañana otoñal; Arturo, el alegre, el decidido, venía á todo correr en su hermosa máquina, seguido de sus compañeros de Club, á lo largo de la calzada de la Reforma. Había visto á su novia, y se esforzaba por aparecer como uno de los más hábiles campeones.

De pronto sus fuerzas flaquearon, abandonó involuntariamente el manubrio de la bicicleta, y antes de que sus amigos notaran que iba como barca sin timón, corriendo inminente peli-

gro, Arturo cayó, víctima de un vértigo, y perdió los sentidos. En aquel sitio no había, naturalmente, ningún recurso á la manopara prestarle los auxilios que necesitaba; pero providen-



cialment' apareció un mozo que á la sazón llevaba una caja. Una señorita, que había leído el contenido de aquella, la hizo abrir, y de una botella vació en una copa el líquido que contenía, aplicándola á la boca de Arturo, el cual se sintió inmediatamente reanimado.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

